



HARLEQUIN™

# INTENSE

LO QUIERO  
**TODDO**

KATEE ROBERT

INTENSE

LO QUIERO  
**TODO**  
KATEE ROBERT



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2018 Katee Hird

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Lo quiero todo, n.º 4 - noviembre 2018

Título original: Make Me Want

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-946-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Para Tim*

*Las segundas oportunidades conducen a las  
mejores historias.*

# Capítulo 1

Gideon Novak había estado a punto de cancelar la reunión. Lo habría hecho si tuviera un ápice de honor. Algunas cosas de este mundo eran demasiado buenas para él, y Lucy Baudin ocupaba uno de los primeros puestos de la lista. Saber de ella en aquel momento, dos años después de...

«Céntrate en los hechos».

Ella había llamado y él había contestado. Tan sencillo como eso.

El bufete de Parker and Jones estaba igual que la última vez que había entrado por la puerta. Aquel pequeño ejército de abogados se ocupaba de delitos de cuello blanco —sobre todo aquellos que pagaban bien—, lo cual quedaba patente en todos los elementos del interior. Colores relajantes y líneas marcadas proyectaban confianza y creaban un efecto tranquilizador.

Paredes azul pálido y líneas intensas no servían para rebajar la tensión que iba creciendo en su pecho a cada paso.

No solía firmar contratos con bufetes. Como cazatalentos, prefería ceñirse a las tecnológicas, corporaciones de empresas emergentes o, literalmente, cualquiera que no fuera abogado. Eran demasiado controladores y querían meterle mano a todos los detalles, y a cada paso del camino. Eran como un grano en el culo.

«Es por Lucy».

Mantuvo su expresión facial bajo control en lo que tardó el ascensor en subir al piso. Cuando la conoció, tenía su despacho en la sexta planta, donde probaba su valía ocupándose de los casos que no eran lo bastante interesantes como para que los otros abogados experimentados les dedicaran su tiempo, pero que al mismo tiempo eran lo bastante importantes como para no poder rechazarlos. El ascensor iba ya por el piso diecinueve, solo un par por debajo de Parker and Jones en persona. Le había ido bien en los dos años que habían

pasado desde la última vez que se habían visto. Muy bien.

El ascensor abrió sus puertas en una espaciosa sala de espera que en realidad no parecía una sala de espera. Cuanto más dinero tenía la gente, más cuidado había que poner para tratar con ella, y la zona de la cafetera, los sofás distribuidos por aquel espacio y las revistas de economía lo reflejaban. El acceso al corredor estaba defendido por una gran mesa y una mujer de edad con canas en la cantidad exacta para que resultasen elegantes en su cabello oscuro. Resultaba sorprendente. Se había esperado una recepcionista rubia de bote, o quizás una morena, si se dejaban llevar por el espíritu aventurero.

Pero entonces la mujer alzó la cara y tuvo la sensación de estar viendo a un general que pasara revista a sus dominios. Ya. Así que habían elegido a alguien a quien no se pudiera avasallar, si el ojo no le engañaba. Que resultaba útil para mantener a los clientes cuidadosamente ordenados.

Se detuvo delante de la mesa esforzándose por no parecer amenazador.

—Vengo a ver a Lucy Baudin —anunció.

—Le está esperando.

Y volvió a su ordenador.

Dedicó medio segundo a preguntarse qué cualificación tendría y si estaría abierta a cambiar de empresa, antes de dejar a un lado el pensamiento. No era el mejor modo de empezar la reunión con Lucy robándole a la recepcionista.

Se había pasado la semana anterior intentando dar respuesta a la pregunta de por qué Lucy lo habría buscado precisamente a él. Nueva York rebosaba cazatalentos. Él era bueno —mejor que bueno—, pero teniendo en cuenta su historial, seguro que había podido encontrar a alguien mejor para ese trabajo.

«También podrías haber dicho que no».

Pues sí, podría haberlo hecho.

Pero estaba en deuda con Lucy Baudin. Mantener una reunión no era nada comparado con el hecho de que él solito había prendido fuego a su futuro matrimonio.

Llamó a la puerta de madera oscura al tiempo que la abría. El despacho era grande y luminoso, con unas hermosas ventanas por las que se colaba Nueva York, y como único mobiliario, una gran mesa en forma de ele y dos sillas con aspecto de ser cómodas colocadas delante. Echó un rápido vistazo a la estancia antes de centrarse en la mujer que ocupaba el otro lado de la mesa.

Lucy permanecía erguida, con los hombros tensos, como si estuviera a punto de lanzarse al campo de batalla. Llevaba su melena oscura en un recogido

aparentemente fácil pero que seguramente requería un buen rato elaborar. La vio levantar la cara, lo que le hizo reparar en su boca. Las facciones de Lucy eran demasiado marcadas para poder ser calificada de belleza tradicional —habría podido ganar una pasta en las pasarelas—, pero tenía una boca generosa de labios gruesos que siempre tendía a la sonrisa.

Pero aquel día, nada de sonrisas.

—Lucy.

Cerró la puerta a su espalda y esperó a que ella tomara las riendas de la situación. Ella lo había convocado. No le resultaba natural dejar que fuera otra persona la que lo guiase, pero por ella haría el esfuerzo.

Al menos, hasta que le hubiera expuesto sus motivos.

—Gideon. Siéntate, por favor.

Señaló las sillas que había delante de su escritorio.

Quizás ella pudiera fingir que aquella era una entrevista de trabajo más, pero él no podía dejar de mirarla. Llevaba un vestido gris oscuro que realzaba la blancura de su piel y la oscuridad de su pelo, dejando el protagonismo del color a sus ojos azules y sus labios rojos, un conjunto que creaba una imagen sorprendente. Aquella mujer era un regalo del cielo. Siempre lo había sido.

«Pero tú lo jodiste todo cuando la echaste. Céntrate».

No había concertado aquel encuentro por su pasado. Si ella podía mostrarse profesional, él también se las arreglaría. Era lo menos que podía hacer.

Se acomodó en la silla y se inclinó hacia delante hasta apoyar los codos en las rodillas.

—Dices que esta reunión es por un trabajo.

—Exacto —un ligero rubor tiñó sus blancas mejillas, y las pecas que las moteaban se iluminaron—. Es confidencial, por supuesto.

No había sido una pregunta, pero la contestó de todos modos.

—No he preparado un acuerdo de confidencialidad, pero puedo hacerlo si necesitas que sea oficial.

—No será necesario. Tu palabra me bastará.

La curiosidad creció. Ya había tenido clientes en otras ocasiones que habían insistido en la confidencialidad —en realidad era más la regla que la excepción—, pero en aquel caso tenía una sensación diferente. Dejó a un lado el pensamiento y se centró en el trabajo.

—Lo mejor sería que me describieras el puesto que quieres cubrir. Me daría una idea general de lo que buscas, y a partir de ahí podremos centrar la



búsqueda.

Ella lo miró directamente a los ojos, y el azul de los suyos brilló.

—El puesto que necesito cubrir es el de marido.

Gideon movió la cabeza. Tenía que haber oído mal.

—¿Perdón?

—Un marido —repitió, levantando la mano izquierda y moviendo el dedo anular—. Antes de que pongas cara rara, deja que me explique.

No había puesto ninguna cara. Un marido. «¿De dónde narices se piensa que voy a sacar un marido?». Iba a preguntarle exactamente eso, pero Lucy se le adelantó.

—El momento no es el ideal, pero me han llegado rumores de que están considerando mi candidatura para ser socia a finales de año. Aunque algo así sería motivo de celebración, en la vieja guardia hay quien se opone vehementemente a las mujeres solteras —elevó la mirada al techo, el primer gesto típico en Lucy que la había visto hacer desde que había llegado—. Sería risible de no ser porque se interpone en lo que quiero conseguir, pero he visto cómo a Georgia la dejaban en la cuneta el año pasado precisamente por eso.

Estaba hablando en serio...

Respiró hondo, e intentó enfocar aquello con lógica. Resultaba evidente que Lucy había reflexionado detenidamente sobre todo aquello, y si estaba equivocada, no por eso tenía él que propinarle una bofetada verbal. Aquella Lucy, tan perfecta y serena, quedaba a años luz de distancia de la última vez que él la había visto, sollozando, rota, pero eso no cambiaba el hecho de que ambos eran las dos mismas personas. Tenía que poder manejar aquello con calma y hacerla entrar en razón.

Pero lo que salió de su boca no fue precisamente sereno y razonable.

—¿Es que has perdido la cabeza, Lucy? Soy un cazatalentos, no un casamentero. Y aunque lo fuera, casarse para conseguir un ascenso es un disparate.

—¿Lo es? —se encogió de hombros—. Mucha gente se casa por razones mucho menos válidas. De hecho, yo misma estuve a punto de casarme por amor, y los dos sabemos cómo terminó todo. No tiene nada de malo enfocar el matrimonio como un acuerdo comercial... muchas culturas lo hacen.

—Pero no hablamos de otras culturas, sino de ti.

Volvió a alzar los hombros, como si no le importase lo más mínimo, y él detestaba esa fingida indiferencia, pero no tenía el más mínimo derecho a

decírselo.

—Esto es importante para mí, Gideon —continuó ella, mirándolo directamente a los ojos—. No sé nada de niños —me gusta mi trabajo, y tener hijos podría interferir con él—, pero estoy sola. No estaría mal tener a alguien junto a quien volver cuando llegue a casa, aunque no sea un amor que haga temblar la tierra. Especialmente si no lo es.

—Lucy, eso es una locura —cada palabra que ella pronunciaba abría brecha en la barrera de profesionalidad que tanto le estaba costando mantener—. ¿Dónde demonios voy a encontrarte yo un esposo?

—En el mismo sitio en el que encuentras a gente que ocupe determinados puestos. Haz entrevistas. Estamos en Nueva York —y si tú no puedes encontrar a un hombre soltero que al menos esté dispuesto a considerar mi propuesta, entonces es que nadie podrá hacerlo.

Gideon iba a decirle con todo lujo de detalles hasta qué punto era imposible cuando la culpa se le agarró a la garganta y ahogó sus palabras. Aquel plan era una mierda, e imaginarse a Lucy en un matrimonio sin amor le irritaba tanto como el papel de lija en la piel, pero no era asunto suyo.

Y, en parte, era culpa suya que siguiera soltera.

Demonios...

Se incorporó. Daba igual lo que le pareciera aquel plan porque, en el fondo, estaba en deuda con ella. Sabía que el cerdo de Jeff la había engañado, pero había tardado todo un mes en decidirse a decirle la verdad. Esa era una deuda que no se iba a condonar así como así, y si había acudido a él era porque debía haber agotado las demás opciones, así que decirle que no, no iba a hacerla desistir... simplemente, buscaría otra vía.

En el fondo no tenía otra opción. Sí, habían pasado dos años desde la última vez que la había visto, pero eso no cambiaba el hecho de que él la consideraba una amiga, y nunca dejaba colgado a un amigo cuando este lo necesitaba. Era posible que su moral fuera cuestionable en muchas cosas, pero precisamente en la lealtad no lo era.

Lo necesitaba. Encontraría el modo de ayudarla aunque no hubiera estado en deuda con ella.

Por lo menos, si no estaba metido en aquella locura, dispondría de margen para protegerla. Podría hacerlo como no había podido hacerlo del dolor que Jeff le había causado.

Si idear un plan como aquel significaba que estaba loca, él lo estaba

todavía más por acceder a ello.

—Lo haré.

Lucy no se podía creer lo que acababa de salir de sus labios. Era demasiado bueno para ser cierto. Intentar reclutar a Gideon Novak para que la ayudara en su plan había sido un intento a la desesperada: él era la única persona en la que confiaba para intentar algo tan peculiar como la búsqueda de un marido, pero en el fondo no se había atrevido a pensar que iba a aceptar.

«Ha dicho que me va a ayudar». La sorpresa fue tal que la dejó muda durante cinco segundos. «Di algo. Ya sabes lo que dice el dicho: fingelo hasta que lo logres. No es más que otra prueba. Céntrate».

Carraspeó.

—Perdona, ¿has dicho que sí?

—Sí —respondió, mirándola fijamente a la cara con sus ojos oscuros de espesas pestañas, algo que siempre le había envidiado en secreto. Gideon era demasiado atractivo para su gusto. Pelo oscuro, cortado siempre en ese estilo que ella solo sabía calificar de desenfadado, mandíbula fuerte y boca firme, un conjunto que no la habría dejado dormir de no mantenerlo estrictamente confinado en la zona de «amigos».

«Antes era así».

Apartó ese pensamiento porque dejarse caer por la conejera de desesperación que era su relación con Jeff Larsson era algo que de ninguna manera iba a hacer. La relación había terminado, y su amistad con Gideon había sido un efecto colateral.

Hasta el momento presente.

Gideon se movió en su asiento, devolviéndola al presente.

—¿Y exactamente cómo has pensado proceder con todo esto?

Para eso sí que tenía respuesta. En realidad, había pasado casi demasiado tiempo revisando los pasos necesarios para lograr su objetivo con las mínimas molestias: un marido y un ascenso.

—He pensado que podías preparar una lista de candidatos adecuados. Yo saldría con cada uno una o dos veces, y reduciríamos la lista a tres.

—Ajá —murmuró, repiqueteando con los dedos sobre una de sus rodillas.

El gesto arrastró la mirada de Lucy al sur de la cara de Gideon. Llevaba un traje de tres piezas que habría resultado demasiado formal para aquella

reunión, pero él se las arreglaba para rebajarle la seriedad, y el tejido de raya diplomática gris sobre gris le daba un aire del viejo mundo, como si fuera un personaje sacado de *Mad Men*.

Y por suerte para ella, su sentido de la moralidad era más elevado que el de Don Draper, el protagonista de la serie.

Se obligó a no moverse en el asiento por el empuje de su atención. Había sido fácil mostrarse distante y profesional mientras le comunicaba las líneas maestras de su propuesta —lo había practicado del mismo modo que hacía con la declaración inicial y final en un juicio ante un jurado. Pero meterse en los detalles esenciales del plan y de las acciones que había que emprender era algo completamente distinto.

—Estoy abierta a tus sugerencias, por supuesto.

«Ahí lo tienes... mírame. Mira qué razonable puedo ser».

—Por supuesto —asintió él, como si acabase de decidir algo—. Si vamos a hacerlo, será con mis normas. Yo elegiré a los candidatos y supervisaré las citas. Y si no me gusta alguno, tendré derecho a veto.

¿Derecho a veto? Eso no formaba parte del plan.

—No —respondió, negando con la cabeza—. De ninguna manera.

—Tú has acudido a mí, Lucy. Eso significa que confías en mi buen juicio —la miró con tanta intensidad que tuvo la sensación de que su propia piel se le había quedado pequeña—. Estos son los términos.

Términos. Demonios. Se había olvidado de lo más importante... aunque tampoco tenía por qué ser lo más importante. Él no sabía que formaba parte del plan, de modo que aún no era tarde para dar marcha atrás.

Pero si lo hacía, el miedo tan hondo que llevaba arraigado del tiempo con su ex nunca sería exorcizado y se pasaría el resto de la vida —y su posible matrimonio— batallando contra las dudas sobre sí misma y su marido. La volvería loca y acabaría por envenenarlo todo.

No podía permitir que ocurriera, por humillante que le resultaba haber tenido que pedir ayuda a Gideon.

A duras penas apartó la mirada de él y tiró del bajo de su falda antes de decir:

—Hay una cosa más.

—Te escucho.

Un repentino sudor le había humedecido las palmas de las manos y las colocó abiertas encima de la mesa.

—¿Estás saliendo con alguien?

—¿Y eso qué demonios tiene que ver con todo esto?

Tenía todo que ver. Las relaciones de Gideon nunca habían ido más allá de un par de semanas, pero los últimos años podían haberlo cambiado. Para la segunda parte de su plan, era de vital importancia que ese cambio no se hubiera producido.

El Gideon al que ella conocía había sido su amigo, sí, pero también había sido la encarnación del término playboy. Nunca salía con nadie en serio. No maltrataba a ninguna mujer, pero tampoco pasaba mucho tiempo con la misma. Había oído rumores en la universidad sobre su maestría en el dormitorio, tan legendaria que muchas eran las que pasaban por alto el hecho de tener una fecha de caducidad en cuanto él mostraba el más mínimo interés.

Para resumir: era perfecto para su situación.

Solo tenía que encontrar la fuerza necesaria para pronunciar aquellas condenadas palabras. Se obligó a no mover las manos.

—Voy a necesitar... clases.

—Lucy, mírame.

Indefensa, obedeció. Se encontró con que la miraba con el ceño fruncido, como si pretendiera leerle el pensamiento.

—Vas a tener que explicarme de qué narices estás hablando.

Resultaba mucho más difícil decirlo si la estaba mirando, así que apretó los labios.

Se había enfrentado a los abogados más agresivos de Nueva York, así que tenía que ser perfectamente capaz de enfrentarse a Gideon Novak.

«Conoces las palabras. Las has practicado lo suficiente».

—Necesito lecciones en materia de sexo.

Él se quedó tan inmóvil que podría haberse vuelto de piedra, así que continuó.

—Será un matrimonio acordado, pero va a ser un matrimonio de verdad. Y como no me apetece que otro prometido vuelva a engañarme, el sexo tendrá que formar parte del acuerdo. Ha pasado mucho tiempo, y tengo que afinar mis habilidades en ese campo.

«Para no mencionar que el único hombre con el que me he acostado era Jeff, y él nunca dejaba pasar la oportunidad de decirme lo poco inspiradora que encontraba nuestra vida sexual. O que me culpase a mí de su infidelidad por ser incapaz de satisfacer sus necesidades».

Lo que Jeff pensara ya no dictaba su vida, pero mentiría si dijera que sus palabras ya no la perseguían, que no habían tenido un peso específico en el celibato que duraba ya dos años. Había disfrutado del sexo, y creía que él también. Si tan equivocada podía estar en algo tan fundamental, ¿qué iba a impedir que volviera a fracasar?

No, no podía permitirlo. Si confiaba lo suficiente en Gideon para que la ayudase a encontrar marido, tendría que confiar también en él para que crease un espacio seguro en el que enseñarle algo que obviamente necesitaba aprender para ser una esposa eficaz. Los rumores que circulaban sobre su destreza sexual solo servirían para endulzar el acuerdo, porque tenía experiencia de sobra para poder guiarla en un curso exprés de seducción.

Aún no había dicho nada.

Lucy suspiró.

—Sé que es mucho pedir...

—Te voy a parar los pies en este instante —cortó, poniéndose en pie y abrochándose la americana—. Te pasaré la factura de la búsqueda de marido. Será la misma tarifa que utilizo para un cliente normal. Yo no soy un trabajador del sexo, Lucy. No puedes agitar una varita mágica y adquirir experiencia en lo que tú quieres.

Hizo cuanto pudo por no encogerse. «Ya sabías que era un tiro al aire».

—Entiendo.

—Dicho esto... —movió la cabeza como si no pudiera creerse las palabras que él mismo pronunciaba, ni las que pronunciaba ella—. Ven a mi casa esta noche y hablamos. Después, ya veremos.

Eso... no era un no. Tampoco era un sí. Pero, sobre todo, no era un no.

—De acuerdo.

No se atrevió a decir más por miedo a que cambiase de opinión. «No me puedo creer que esto esté pasando». No parecía hacerle ninguna gracia haberle hecho la invitación. De hecho, hasta parecía furioso.

—A las siete —sentenció, clavándole la mirada—. Ya sabes mi dirección.

No era una pregunta, pero aun así, asintió.

—Allí estaré.

—No te retrases.

Y salió del despacho.

¿Qué era lo que acababa de pasar? Se estremeció. Lo que acababa de pasar era que Gideon Novak había accedido a ayudarla. Su reputación profesional

decía que siempre lograba al profesional perfecto, y la personal, que tenía cuanto hacía falta para que su matrimonio fallido arrancase como debía ser.

«Ha dicho que sí».

Teniéndole a él en su rincón, no cabía posibilidad de fracasar.

El ascenso era suyo. Ya lo podía sentir.

## Capítulo 2

Nadó largos y más largos hasta que tembló de agotamiento, pero no le sirvió de nada. Lo único que podía ver era la expresión anhelante de Lucy mientras aquellos labios pecadores pronunciaban las palabras que habría matado por escuchar tiempo atrás. Enséñame. La atracción que sentía por esa mujer solo le había acarreado problemas, y al parecer había doblado la apuesta al no decirle que no, que es lo que debería haber hecho, en lugar de decirle que viniera a su casa.

Para poder hablar.

Sobre cómo darle clases de follar.

Salió de la piscina y se quedó de pie. Había estado preparado para decirle que no, tanto a lo de la búsqueda de marido como a las lecciones, pero lo que había hecho al final había sido invitarla a su casa. ¿De qué demonios iba todo esto?

«Lo sabes perfectamente».

Deseaba a Lucy.

La había deseado desde el momento mismo en que la vio en aquel abarrotado bar de Queens seis años antes. Tenía un aspecto tan fresco aun llevando algunas copas encima que supo que había algo especial en ella.

Pero la mala fortuna quiso que Jeff Larsson pensara lo mismo que él, y ese bastardo le ganó la partida al completo: se presentó, la conoció, salió con ella y le propuso matrimonio.

Él lo había intentado todo para alegrarse por su mejor amigo —y para refrenar el deseo por la mujer de su mejor amigo—, pero nunca lo había conseguido del todo. Daba igual con cuántas chicas saliera, porque su corazón nunca había estado implicado. Cuando Jeff hizo un comentario de pasada sobre lo que parecían gustarle las morenas con pecas, había aparcado las



relaciones más largas y sus interacciones a una sola noche.

Se duchó y se vistió rápidamente. Le iba a costar llegar a su casa antes de que ella llegase, pero algo tenía que hacer para atemperarse y no correr el riesgo de tirar por la borda la precaución. La tentación de tener a Lucy en su cama, aunque fuera por una razón de mierda como aquella...

Si lo hiciera, sería bastardo y medio.

No. Iba a comprar comida para llevar, se sentaría con ella para dar cuenta de su cena china favorita y le daría una a una todas las razones por las que el sexo entre ellos no era una opción. Se mostraría sereno y razonable, y utilizaría los argumentos que fueran necesarios para hacerle entender por qué. No necesitaba lecciones. Ningún hombre de sangre caliente y un instrumento operativo iba a tener problemas con lo que Lucy tuviera que ofrecer.

Aceleró el paso al imaginarse a otra persona despertándose todas las mañanas a su lado. Al imaginarse a otro en las largas noches hundido entre sus muslos, piel húmeda contra piel húmeda...

Mierda.

Se volvió a mirar el gimnasio, considerando seriamente cancelarlo todo y pasarse tres horas metido en la piscina. Igual si estaba demasiado agotado, la furia que le ahogaba cada vez que se la imaginaba con otro hombre cesaría.

Pero no iba a ser así.

Si saber que su mejor amigo estaba con ella le había sido difícil de digerir —incluso antes de que el muy idiota hubiera empezado a tirarse a quien se le pusiera a su alcance— no iba a sentirse mejor porque fuera un desconocido. No había modo de evitarlo. Lucy iba a seguir adelante con el plan tanto si él accedía como si no. Igual conseguía hacerla desistir de lo del sexo, pero no iba a conseguir convencerla de que no necesitaba marido.

Le había fallado con Jeff. Aun siendo su mejor amigo, Gideon no se había percatado de los signos de advertencia hasta que era ya demasiado tarde —y aun entonces había dudado durante todo un mes antes de darle la noticia—. En resumen, que la había cagado bien y le había costado su amistad, algo que valoraba más de lo que se había podido imaginar.

No volvería a cagarla.

¿Quería un marido? Pues él le buscaría el hombre más honorable que fuera posible encontrar para que la hiciera feliz. Se lo debía.

Apenas había tenido tiempo para dejar la cena en el mostrador de la cocina cuando llamaron a la puerta. Bordeó el sofá y abrió.

—Llegas pronto.

—Espero que no te importe. El portero me ha reconocido, así que no te ha llamado.

Y le dedicó una tímida sonrisa que le llegó al corazón, a pesar de su determinación por hacer lo correcto.

Lucy debía haberse pasado por casa, porque llevaba unas mallas negras y una camisa fina y suelta que parecía decidida a caérsele constantemente de un hombro. Se dio cuenta de que la estaba mirando y se mordió un labio.

—Sé que habíamos hablado de lecciones, y que esto no es exactamente la seducción personificada, pero me he revisado todo el armario y, aparte de la ropa de trabajo, no tengo nada que sea, digamos, la seducción personificada.

Pues a él lo estaba matando...

Dio un paso atrás y abrió del todo.

—Estás bien.

—Bien —frunció el ceño—. Sé que estás molesto porque te haya arrinconado con algo así, pero no tienes que intentar halagarme. Te he pedido que hagas esto porque confío en que me digas la verdad. Siempre he confiado en que me dijeras la verdad.

Si hubiera sacado un cuchillo y se lo hubiera clavado en el corazón no le habría dolido más. Gideon cerró la puerta despacio, intentando mantener el control. Daba igual lo sincero que lo creyera: no iba a acceder a llevársela a la cama. No podía hacerlo.

—Esto no va a funcionar si vas a tirarte a mi yugular cada vez que diga algo. Te he dicho que estás bien y lo estás. No te dije que te vistieras para seducir a nadie, Lucy. Lo único que te he dicho es que movieras el culo hasta aquí para que pudiéramos hablar. Y eso —añadió, señalando su ropa— es perfectamente adecuado para una conversación entre amigos.

—De acuerdo. Está bien. Lo siento. Es que estoy nerviosa.

Se tiró de la camisa, que resbaló un centímetro más por su brazo.

Gideon nunca había encontrado los hombros particularmente provocativos antes, pero ahora quería recorrerle la clavícula con los labios.

«Céntrate, idiota».

Se aclaró la garganta y apartó la mirada.

—No necesitas lecciones, Lucy. Ni de mí, ni de nadie. Eres preciosa, y cualquier hombre sería afortunado si se acostarse contigo.

—Si no quieres enseñarme, no pasa nada. Te lo dije esta mañana.

Dio unos cuantos pasos y bordeó el sofá que había comprado hacía seis meses. Era gris marengo con pinceladas azul oscuro, y la vendedora le había convencido de que combinaría con la estancia de un modo que le iba a encantar. Aún estaba esperando que ocurriera ese milagro. Lucy tomó uno de los cojines absurdamente azules y lo abrazó.

—No ando buscando cumplidos, por cierto, pero gracias. Aun así, la belleza no es importante. Ya que tú no... que nosotros no... —respiró hondo—. ¿Puedo ser totalmente sincera?

—¿Es que no lo has sido hasta ahora?

Como fuera aún más sincera, iba a acabar con él.

—Vale que Jeff era un bastardo, pero eso no cambia el hecho de que, aun antes de que empezara a acostarse con todo el mundo, nunca estaba... satisfecho. A pesar de que obviamente encontraba satisfacción con esas mujeres, no se le puede cargar a él toda la culpa —explicó, tirando de las borlas del cojín.

—Habrás estado con otros hombres después de él.

—No —seguía sin mirarlo—. Estuve a punto en una ocasión, pero no podía dejar de oír su voz en mi cabeza haciendo esos comentarios tan desagradables que siempre intentaba hacer pasar por chistes, pero que yo no podía tragar. Sé que es patético, pero después de un tiempo, correr el riesgo de comprobar que tenía razón me hizo convencerme de que no valía la pena, así que decidí centrarme en el trabajo en lugar de pensar en salir con tíos... y ahora estamos aquí.

Ojalá pudiera volver atrás y darle unos cuantos puñetazos más a la cara perfecta de Jeff. Sabía que las cosas no iban del todo bien entre Jeff y Lucy, pero nunca había sido consciente de hasta qué punto su amigo había sido un hijo de perra.

—Es un cerdo.

—No te voy a quitar la razón, la verdad —esbozó una sonrisa—. Te doy las gracias otra vez por impedir que me casara con él. No sé si te lo he dicho antes, pero imagino que no debió ser fácil decir algo. Erais amigos desde hacía mucho tiempo.

Gideon se pasó una mano por la cara. Se ganaba la vida leyendo a la gente —tanto a sus clientes como a la gente que buscaba para ocupar los puestos—. La verdad, se le daba de maravilla. Esa habilidad hacía de él el mejor de su negocio, y se aseguraba el cobro del segundo bono cuando se demostraba que

la persona seguía ocupando el puesto transcurrido un año de su contratación.

Y, en aquel caso, todo su instinto le gritaba que la sonrisa tímida de Lucy ocultaba un alma herida. Si fuera un buen hombre, dejaría que otra persona le ayudase a sanar de esa herida, alguien que estuviera a su lado a largo plazo. Algo parecido al marido teórico que suponía que debía buscarle. Pero es que él no era un buen hombre.

No quería que fuese otro.

Quería ser él.

—Siéntate.

Se sentó en el sofá, aún con el cojín en los brazos.

—Vale.

No había un manual de instrucciones que te permitiera saber cómo proceder en una situación así, pero necesitaban mantener una conversación antes de seguir adelante.

—Te daré... lecciones, pero con dos condiciones.

—De acuerdo.

—Escucha primero las condiciones y luego decide si crees que podrás cumplirlas. La primera es que tendrás que comunicarte conmigo. ¿Te gusta algo? Me lo dices. ¿No te gusta? Tendrás que decírmelo también. Como finjas, se acabó todo. No podré ayudarte si no eres sincera conmigo y contigo misma.

Ella arrugó la nariz.

—De acuerdo. Soy adulta. Puedo hablar de sexo.

No hizo ningún comentario sobre el hecho de que parecía estarse convenciendo a sí misma. La confiada reina del hielo que había interpretado en la oficina había desaparecido en aquel momento, lo que le hizo preguntarse cuál de las dos era la verdadera Lucy: la abogada fría y profesional o la mujer insegura que tenía sentada frente a él.

Gideon se inclinó hacia delante.

—La segunda condición es que no estés con ningún otro hombre durante el tiempo que dure.

—¿Por qué? —preguntó—. No tengo intención de estar con nadie más, pero siento curiosidad.

—Por respeto —respondió. «Mentiroso. Son celos». Apagó la voz que oía en su interior y mantuvo el tono neutro—. Será en exclusiva, por tu parte y por la mía, hasta que nuestro acuerdo expire.

—En exclusiva —pronunció la palabra como si estuviera paladeándola—.

¿Qué fecha será esa?

«Nunca». Dios, ya estaba metido hasta las trancas y aún no la había tocado siquiera.

—Cuando elijas el candidato a marido, habremos terminado.

Ella asintió.

—Me parece razonable. ¿Empezamos ahora? —sugirió, e hizo ademán de quitarse la camisa.

—¡Relájate, por amor de Dios! —hizo un esfuerzo por bajar la voz y le tendió la mano—. ¿Quieres lecciones? Pues empecemos por lo básico. Ven.

Dejó el cojín a un lado sin mucha convicción y se levantó para acercarse a su silla. Miró su mano y acabó dándole la suya. Gideon la atrajo hacia sí despacio, dándole tiempo para que viera hacia dónde iban las cosas. Ella le dejó hacer y se acomodó sobre sus piernas, aunque estaba tan tensa que parecía que fuera a romperse.

Gideon sostuvo su mano y rozó su cadera con la otra en un gesto que podría haber sido inocente de no ser porque Lucy se había sentado a horcajadas sobre él y su pene no había leído el informe en el que se decía que había que ir despacio.

—Ay... —musitó, abriendo los ojos de par en par.

—¿Estás incómoda? —le preguntó, antes de que pudiera pararse a pensar más.

—No, no... estoy bien. En serio. Bueno, sí que me siento un poco rara. No sé. Es que no sé qué hacer con las manos, y te estoy sintiendo, y estoy un poco nerviosa...

Tenía razón. La situación era rara de narices. Pero no iba a dejarla colgada la primera noche, por surrealista que resultara todo aquello. Se había puesto en sus manos y haría lo que fuera necesario para ser digno de esa confianza. «Haz lo que tengas que hacer para que no cambie de opinión».

Habló con suavidad para no asustarla.

—Ahora voy a besarte.

—Vale.

Lucy se humedeció los labios y se inclinó despacio hacia delante.

Gideon subió la mano que tenía en la cadera para rozar su mejilla y guiarla hacia abajo, al mismo tiempo que él se erguía para rozar sus labios. Olía a cítricos, y tuvo que contenerse para no gemir. «Con cuidado», se dijo. «Con mucho cuidado». Mordió su labio inferior y después lo calmó con la lengua, y

ella apoyó las manos en sus brazos y se fue relajando junto a él, poco a poco. Gideon continuó despacio. La besó sin profundizar en el beso hasta que la sintió moverse.

Entonces, y solo entonces, entró en su boca con la lengua.

Aquel primer sabor de Lucy se le subió a la cabeza y la movió para poder hundirse más en ella y enredar sus lenguas. Lento y constante era el nombre de aquel juego.

Lucy gimió y se acurrucó en él. Su cuerpo recreó sus formas, sus pechos rozándose contra su pecho con cada inspiración. Despacio, en un movimiento tentativo, deslizó los dedos entre su pelo, como si no estuviera segura de cuál iba a ser el recibimiento que le iba a dispensar.

Quería que estuviera segura.

Se recostó contra el respaldo de la silla, y el movimiento hizo que ella se le acercara más al hundirse sus rodillas en los cojines del sofá, a cada lado de sus caderas. La oyó gemir y él devoró aquel sonido. La besó como había deseado hacerlo desde aquella primera noche, después de oír su risa contagiosa al otro lado del bar. Sabía tan bien como olía. Era tan adictiva como un día de verano en pleno invierno.

No podía saciarse.

## Capítulo 3

La incomodidad de Lucy se volvió humo en cuanto Gideon la besó. Esperaba... bueno, no estaba segura de lo que esperaba. Que la llevase al dormitorio, la desnudara y fuera directamente al grano, preferentemente con las luces apagadas para que no se pudiera ver su vergüenza.

Le acarició las mejillas y hundió las manos en su pelo en un movimiento que separó sus bocas, pero él no dejó que la distancia los separara. Con los labios fue recorriendo la línea de su cuello, lo que la erizó de pies a cabeza.

Un rescoldo, un ascua oculta en lo más profundo de su ser, comenzó a arder.

Lo estaba haciendo. Estaba sentada a horcajadas sobre Gideon Novak sintiendo su boca en la piel y sus manos en el cuerpo, algo en lo que ni siquiera se había permitido pensar hasta que había trazado aquel plan.

—Estás pensando demasiado.

—Es que no me puedo creer que esto esté ocurriendo.

Gideon le mordió suavemente el cuello.

—Si has cambiado de opinión...

—No.

Nunca se había atrevido a fantasear con él. No se había atrevido a cruzar esa línea, aunque fuese en su imaginación, pero por nada del mundo iba a dejar pasar aquella oportunidad. El calor iba creciendo con cada respiración, se iba concentrando en el centro de su ser, donde podía sentir su pene enardeciéndose justo donde ella lo quería.

«Lo deseo».

Aquella certeza la sorprendió, aunque no debería. Gideon era la sensualidad personificada, y tener toda su atención centrada solo en ella era una sensación embriagadora. Quería... quería más. Lo quería todo. Todo cuanto pudiera darle. Gimió.

—Más.

Gideon se apoderó de su boca. No había otro modo de decirlo. La reclamó, estableció su dominancia con un movimiento de la lengua, englobando todo su mundo en aquel contacto. Sabía a menta... una sensación sorprendente e inesperada.

Igual que el hombre.

No era suficiente. Había demasiada ropa entre ellos. Estaba sintiendo sus hombros tensos, podía probar la definición de sus músculos al deslizar las manos por su pecho, pero aquella camisa abotonada le impedía el contacto de piel contra piel que tanto anhelaba.

Sentía los pechos tensos, los pezones tan endurecidos que casi le dolían. Por lo menos las mallas de yoga que llevaba no fueron una gran barrera cuando movió las caderas. Sus pantalones tampoco lograban ocultar el tamaño de su pene, y aquel pequeño movimiento le supo delicioso. Embriagador. Volvió a hacerlo.

Gideon puso una mano en su cadera y, durante un segundo aterrador, pensó que iba a detenerla, a decirle que los adultos no se dedicaban a toquetearse en el salón, pero lo que hizo fue animarla. No había dejado de besarla, no había dejado de explorar su boca, como si besarla fuese el principio y el fin, en lugar de solo el primer paso para llegar al sexo.

«Dios, estoy tan destrozada».

Él le apretó las nalgas y le mordió el labio inferior.

—¿Cómo vamos?

—Bien.

¿Era esa su voz? Se diría que estaba haciendo algo que requiriera mucho más esfuerzo que besar a Gideon Novak. «Si esto solo es besar, no sé si voy a sobrevivir al sexo...».

«¿Y a quién le preocupa sobrevivir? Sería un modo glorioso de irse».

Tiró de ella por la cadera, alineando su pene con el clítoris.

—¿Y ahora?

Soltó el aliento entre los dientes. «Por favor, no pares». Iba a correrse si seguían así.

—Muy bien, pero...

No quería hablar de ello, ni quería hacer nada que pudiera detenerlo, así que fue a por otro beso.

Pero él la sujetó por el pelo.



—¿Pero?

Su insistencia en la sinceridad le había parecido una buena idea en aquel momento —¿cómo iba a mejorar si no sabía lo que estaba haciendo mal?—, pero en la práctica estaba sintiendo como si la estuviera desnudando de un modo que nada tenía que ver con el sexo. Cerró los ojos porque era más fácil contestar cuando no se estaba enfrentando a su mirada.

—¿Toquetearse así no es... algo... inmaduro?

«¿Te vas a burlar de mí si llego al orgasmo con esto? ¿Harás un chiste sobre telarañas, o sobre cuánto tiempo hace que no...?»

—¿A ti te lo parece?

—No.

De hecho, le estaba haciendo excitarse más de lo que debería, y le parecía incluso un poco sucio. Lo deseaba demasiado, y ese era el problema. Se obligó a abrir los ojos y lo encontró observándola con expresión pensativa.

—¿Qué?

—El placer es algo a lo que no se le puede poner límites, Lucy. No hay un modo correcto o incorrecto de disfrutarlo. ¿Le dirías a alguien que se estuviera comiendo uno de esos postres de dos chocolates que tanto te gustan que lo está comiendo mal si lo hiciera de un modo distinto a ti?

—Por supuesto que no.

¿Cómo era posible que se acordase de su postre favorito?

—Entonces, ¿por qué esto va a estar mal? —la animó a moverse sobre él—. A mí me gusta. A ti te gusta. No hay razón para plantearse otra cosa.

Dicho así, parecía tan simple... Engañosamente simple. Iba a hacerle otra pregunta, pero él la hizo callar. Aquella inseguridad no era propia de ella. Aquello no era sino el fantasma de su relación con Jeff en su interacción. Lo que se temía que iba a ocurrir.

—Gracias por acceder a esto, Gideon. No tenías por qué y...

—Lucy —la interrumpió, sujetando su cara entre las manos. Sus ojos oscuros estaban tan serios... —. Deja de darme las gracias. Por lo de emparejarte, vale, pero por esto no. Estás loca si crees que no estoy obteniendo nada de ello... lo mismo que tú. Disfrútalo. Disfruta de mí. Es tan sencillo como eso.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Era imposible ahogar la voz maliciosa que había pasado demasiado tiempo acechando en segundo plano. Al menos, no del todo. «Qué mierda». Apretó los labios.

—Quiero tener sexo ahora.

—No.

—¿Qué?

—Que no.

—No— repitió incorporándose, lo que a ella la obligó a apoyarse en sus hombros. A continuación Gideon se puso de pie, llevándola a ella en brazos —. ¿Quieres que te enseñe? Entonces, las condiciones las pongo yo. Estabas disfrutando como una loca y algo te ha hecho parar.

La tumbó en aquel sofá ridículamente cómodo y su peso la hundió en los cojines. Qué bien se sentía.

Y qué miedo le daba.

—Gideon.

—Mis condiciones, Lucy.

Volvió a besarla. Antes había sido dulce, luego intenso, pero de lo que no se había dado cuenta era de que se estaba conteniendo. La besó como si fuera su dueño. Se apoderó de su boca, animándola a hacer lo mismo.

Lucy fue capaz de contenerse durante un solo segundo; fue imposible mantener la distancia con su presencia llenándolo todo, así que se dejó ir, enredando su lengua con la de él. Y en cuanto lo hizo, él comenzó a moverse.

Estar encima de él había estado bien, pero no era nada comparado con tener su peso empujándola contra el sofá, sintiendo el empuje de su pene contra el clítoris. Un largo movimiento hacia arriba y luego otro hacia abajo, retirándose. El deseo que había estado en compás de espera mientras la inseguridad se enseñoreaba en ella se rindió —y pagó los intereses—. Como si hubiera estado esperando a que se dejase ir y a que disfrutase del momento tal y como era. Placer. Sin preguntas.

Arqueó la espalda para fundirse con él.

—Esto me gusta.

Gideon pasó una mano por debajo de su rodilla y tiró hacia afuera de su pierna para abrirla más. Volvió a besarla y continuó con ese movimiento lento que hacía que saltasen chispas de sus terminaciones nerviosas. Su cuerpo cobró tensión con cada movimiento hasta que se sintió al borde del precipicio y se revolvió bajo su peso, intentando acercarse más, hacerlo llegar donde lo necesitaba, hacer lo fuera necesario para saltar al vacío.

—Gideon, por favor...

Se separó de ella y Lucy gimió por la pérdida, pero no la hizo esperar

mucho. Deslizó una mano por debajo de sus mallas y de sus bragas, un movimiento tan brusco que, en otras circunstancias, le habría hecho sonreír, pero estaba demasiado ocupada conteniendo el aliento. «Estás tan cerca. Tócame, por favor. Solo tócame».

Y lo hizo.

Con dos dedos en forma de uve avanzó por el mismo camino que antes había recorrido con el pene. Bastaron tres movimientos para que ella se deshiciera entre sus brazos, el placer arrancándole un gemido y borrando todo pensamiento de su cabeza que no fuera aquel chispazo delicioso. Gideon fue suavizando sus besos hasta dejarlos reducidos a un mero roce de labios y se hizo un poco a un lado para que su peso no descansara por completo en ella.

Lucy parpadeó. El techo gris claro se materializó e intentó reconciliarse con lo que acababa de pasar. «Acabo de correrme. Sin presión. Sin tener que forzarlo o fingirlo». Un orgasmo como la copa de un pino, obra de Gideon.

—Guau.

Fue decir la palabra y encogerse. «Qué estupidez». No era virgen, y tampoco una adolescente tonta, independientemente de lo que acabaran de hacer.

Gideon se sonrió.

—Los hay de todos los sabores, Lucy.

Sabía que no debía, pero no pudo evitar comparar lo que acababan de hacer con sus experiencias con Jeff cuando empezaron a salir. El día y la noche. Aunque a los dos les había costado un poco llegar al sexo, él siempre se mostraba impaciente cuando estaban juntos, como si no pudiera esperar a dar el siguiente paso. Eso añadido al hecho de que su naturaleza competitiva le hiciera necesitar que ella alcanzara el orgasmo varias veces consecutivas había dado como resultado que ella se mostrase tensa cada vez que estaban juntos y a solas. Las cosas cambiaron un poco cuando por fin tuvieron sexo, pero a partir de ese momento hubo otros factores que entraron en juego.

Aburrida.

Poco inspiradora.

Como follar con una muñeca.

—Lucy, mírame.

La voz de Gideon la sacó de la película de terror que era su pasado.

Ella negó con la cabeza. «Dios, ni siquiera esto sé hacerlo bien». Lo que acababan de hacer era increíblemente perfecto y ella tenía que echarlo a

perder dejando que las dificultades que había tenido con su ex se colaran.

—Lo siento.

—No, soy yo quien lo siente.

Y le acarició el pelo con un gesto tan tierno que se le hizo un nudo en el estómago. Sus ojos oscuros se alejaron como si estuviera viendo algo que ella no podía ver.

—Sabía que Jeff era un imbécil, pero no me imaginaba el pedazo de mierda que era en realidad. Si lo hubiera sabido, te hubiera advertido antes de que te hundiera las garras.

—Habría dado igual —contestó.

Seis años atrás, en plena carrera hacia la edad adulta, estaba tan convencida de que sabía lo que hacía que no habría escuchado a nadie. Ni a su hermana, ni a sus amigas, ni a sus instintos. Aunque habría sido muy agradable poder pensar otra cosa, tampoco le habría escuchado a él.

Pero estar tan cerca de él, hablando así, mientras su cuerpo aún cantaba por el placer que le había dado... era demasiado íntimo. Era demasiado revelador. Era demasiado, y punto.

Se levantó del sofá. Bastó una rápida ojeada a sus pantalones para confirmar que seguía estando dolorosamente excitado. «Buen trabajo, Lucy. Tú disfrutando de tu orgasmo y sin importarte que él siga necesitando».

—¿Quieres que...

—Estas lecciones no son para mí —se levantó—, sino para ti. Y ahora necesitas espacio.

Cierto. Aquel espacioso salón le estaba resultando de pronto demasiado pequeño. Las paredes se le estaban echando encima a pesar de que el corazón le iba a toda velocidad.

—Yo no te lo he pedido.

—No tienes que darme explicaciones —dijo, y esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Esta noche hemos hurgado en algunas heridas viejas, y si eso significa que necesitas poner algo de distancia, que así sea. Estás siendo sincera, y no voy a ser yo quien te castigue por eso. Si vas a irte a casa, te pediré un taxi —añadió, echando mano del teléfono que tenía en la mesita auxiliar.

Debería decirle que no, que era más que capaz de pedirse un taxi ella sola,

y que al metro aún le quedaban horas de funcionamiento, pero si Gideon podía respetar su necesidad de salir corriendo sin que su orgullo se resintiera y sin montar una escena, ella también podía respetar su necesidad de asegurarse de que llegara sana y salva a su casa.

—De acuerdo.

Rápidamente hizo una llamada.

—¿Cómo tienes la agenda mañana?

El cambio de tercio la dejó desorientada.

—Tengo un juicio por la tarde, así que andaré con los últimos preparativos.

Iba a ser un caso de los más rápidos. La policía no había manejado con el debido cuidado las pruebas y el detective jefe tenía una especie de *vendetta* contra su cliente. Tenía la intención de que lo desestimaran.

—Conozco esa expresión. Lo tienes en el bote.

Volvió a tener una de esas sensaciones extrañas en el estómago que no le resultaban del todo desagradables. Lo había dicho con tanta confianza, casi como si no le cupiera la menor duda de que fuese a ganar.

—Estaré libre por la noche —dijo, apartándose un mechón de pelo de la cara.

«¿Para otra lección?». No podía decir si estaba deseando que llegase o temiendo el momento. «Mentirosa. Ni siquiera te has ido, y ya estás deseando la segunda ronda».

—Bien.

Se levantó y Lucy sintió, de pronto, que ocupaba demasiado espacio. En parte esperaba que fuera a tocarla, y sintió que se tensaba. Pero Gideon se dirigió hacia la puerta.

—Mañana tendré una lista preliminar de candidatos y podremos revisarla durante la cena.

—Eso te lo pagaré —sentenció, y lo miró fijamente al verlo apretar los dientes—. No te pongas así. Si yo fuera un cliente normal, pagaría y tú no dirías ni mu porque así es como se hacen las cosas.

—Tú no eres un cliente cualquiera, Lucy. De hecho, no hay nada «normal» en todo esto.

Eso no podía discutírselo, pero tampoco quería decir que hubiese ganado la batalla.

—Yo me ocuparé de hacer las reservas y te escribiré con los detalles.

—Cabezota.

La sensación que tenía en el estómago se le avinagró. Jeff le dedicaba ese adjetivo como quien hablase de una maldición con demasiada frecuencia. «Basta. ¡Basta ya, por Dios! Jeff es el pasado, y él está aquí».

—Es mi mejor cualidad.

—No te voy a contradecir en eso —abrió la puerta para que saliera—. Hasta mañana.

—Hasta mañana entonces.

De camino al ascensor, se detuvo unos cuantos pasos antes de llegar y tuvo que apoyarse en la pared para intentar apaciguar su corazón. No sabía que podía ser así. El... él había cuidado de ella, tanto física como emocionalmente. La había conducido al orgasmo para después reconocer y respetar el pánico que la había empujado a marcharse. No se lo esperaba, y no sabía qué hacer con una versión de Gideon distinta a la que se esperaba.

«¿Dónde me he metido?».

## Capítulo 4

—Estás como una puta cabra.

Gideon ni siquiera levantó la vista del ordenador.

—No hace falta que me lo digas.

—Pues te lo voy a decir de todos modos. ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? ¿Casamentero? ¿Casamentero para Lucy Baudin?

Roman Bassani hablaba mientras iba y venía de un lado a otro de la habitación, lo cual le estaba poniendo de los nervios.

—Sé que íbamos a comer juntos, pero ha surgido esto y no podía esperar. Voy a tener que darte un vale.

Escribió otro nombre y pasó al siguiente candidato de su lista preliminar. Roman se dio otra vuelta por el despacho, lo que ya le hizo maldecir.

—Siéntate o lárgate. Me estás distrayendo.

—Es que necesitas una distracción. Bueno, qué narices... lo que necesitas es una maldita intervención.

Roman se dejó caer en la silla que había al otro lado de su mesa y se repantingó. Se habría sentido como pez en el agua en un anuncio de perfume, con lo atractivo que era y con el modo que parecía que posaba sin darse cuenta de que lo hacía. En cualquier otro hombre, esa actitud afectada habría cabreado a Gideon, pero es que Roman era... pues Roman. Demasiado franco, demasiado desenvuelto, demasiado cómodo estuviera donde estuviese. Eso formaba parte de lo que le hacía ser tan bueno en su trabajo: que nunca había tenido que enfrentarse a un desafío que no estuviese convencido de poder acometer.

Si era merecedor o no de esa confianza era harina de otro costal.

—Gideon, ¿por qué haces esto? Espera... no me lo digas. No te seguirás sintiendo culpable por no haberle dicho que Jeff era un cretino, ¿no? Mira, la

cagamos todos. Tú fuiste el único que intervino, y eso es algo con lo que tengo que vivir —hizo una mueca—. Me convencí a mí mismo de que ni era asunto mío ni era mi sitio.

—A Jeff se le da de maravilla darle la vuelta a cualquier situación para que acabe beneficiándolo a él.

—Eso no cambia nada —respondió Roman, encogiéndose de hombros—. Ni siquiera el hecho de que no estás cualificado para ser un casamentero, y mucho menos para Lucy. Es una buena chica y se merece un profesional, maldita sea. Conozco unos cuantos en la ciudad. Puedo pedir que me hagan un favor y que la pongan la primera de la lista. Así podríamos ventilar este tema sin que nadie tenga que cruzar ninguna línea.

Intentó ser racional y considerarlo en serio, pero fracasó estrepitosamente. La línea ya la había cruzado la noche anterior y no había marcha atrás.

—No. Me lo pidió a mí, y yo lo haré. Y haz el favor de no pensar chorradas, Roman. Ya te metes bastante en la vida de todo el mundo, y no tengo interés alguno en que me pongas en la lista.

—Ni que fueras a dejarme hacerlo —suspiró exageradamente—. Eres más malo que la quina.

—Y tú me estás haciendo perder el tiempo. A menos que tengas a alguien que valga la pena añadir a la lista, lárgate.

Se dio cuenta del error que había cometido en cuanto vio que su amigo se incorporaba para asomarse.

—¿Quién está en la lista?

«Mierda».

—Nadie.

—¡Vamos! —Roman se levantó de la silla y abalanzándose sobre la mesa le arrancó el papel de debajo de la mano. Sus ojos azules se abrieron como platos—. ¡Venga, Gideon! Has puesto a Aaron Livingstone. Apuntando alto, ¿eh?

—Ella lo merece —replicó, y de un tirón volvió a hacerse con el papel.

Roman se le quedó mirando un momento en silencio.

—Interesante.

—Hay que joderse, Roman, ¿es que no tienes alguna empresa que comprar o algún niño al que aterrorizar?

Aún le quedaban varias horas para trabajar antes de reunirse con Lucy. La dirección que le había enviado no quedaba lejos, pero en hora punta el tráfico



era un asco, así que había reservado un tiempo de más, pero no por eso iba a andar dándole vueltas a la condenada lista todo el rato.

Su amigo señaló dos nombres de la lista.

—Quita a Travis y a David. Son unos gilipollas con las mujeres, aunque los dos lo ocultan bien.

Gideon tachó los dos nombres.

—No lo sabía.

—¿Por qué ibas a saberlo? No sales, y aunque no estás mal y puedas llamar la atención de algunas, es desde la distancia. La gente no se siente inclinada a confiar en ti porque es posible que les arranques la cabeza si te hacen perder el tiempo.

Gideon lo miró fijamente.

—¿Has terminado?

—Aún no —le dedicó una sonrisa perezosa—. La cuestión es que la gente conmigo sí habla, y utilizar eso como un recurso es lo más inteligente que puedo hacer. Aaron Livingstone es un tío legal como pocos. Si tiene algún esqueleto en el armario, lo ha enterrado bien. Los otros dos que quedan en la lista están en el aire. Averiguaré lo que pueda y te cuento.

Contuvo las ganas que sintió de hacer una réplica en condiciones, pero lo cierto era que Roman tenía razón. La gente no se abría a él. A sus clientes solo les interesaba que el trabajo estuviera hecho y tenía una de las mejores reputaciones de su sector. Los candidatos que recomendaba a sus clientes solo se preocupaban por acabar en una empresa que les pagase bien para poder hacer lo que más le gustase. ¿Amigos? Tenía. Pero prefería mantenerlos a distancia.

Roman nunca había sabido captar indirectas.

—De acuerdo. Hazlo.

—Es encantador que pienses que necesito tu permiso —sonrió—. Me paso dentro de unos días y te cuento lo que haya logrado averiguar.

Una llamada habría sido preferible, pero conocía lo suficientemente bien a Roman para saber que esa discusión no tendría sentido.

—Bien —suspiró.

—¡Levanta ese ánimo, hombre! Bromas aparte, si vas a hacerlo, tienes que hacerlo bien. Sé que tu historia con Lucy es complicada, pero tienes que esmerarte porque, si no, pueden surgir un montón de complicaciones potenciales.

Lo de la noche anterior había sido, qué duda cabe, una complicación larga y condenadamente buena. Casi habían pasado ya veinticuatro horas y aún tenía su sabor en la boca... haciéndole desear más, algo que constituía en sí mismo un camino muy peligroso que recorrer.

Lucy no era para él.

Debía tenerlo presente.

Si lo quisiera a él, se lo habría dicho. Incluso aquella versión medio tímida de ella no se lo habría pensado dos veces antes de plantárselo. Era una mujer directa, de lo cual dejaba prueba más que sobrada el hecho de que su plan existiera. Pero no se había presentado en su despacho pidiéndole que desempeñara el papel de marido.

Marido.

¿Cómo sería eso?

Gideon movió la cabeza y miró a su amigo.

—Lo tengo bajo control.

—Sigue diciéndote eso —respondió cuando se alejaba ya hacia la puerta—. Mañana me paso, pero por si no te veo antes, ¿lo del viernes sigue en pie?

—Sí.

Tenían una reserva hecha para la sala VIP de Vortex el viernes por la noche. Era el único encuentro social al que seguía asistiendo, aun a pesar de haberse encontrado con Jeff allí en varias ocasiones. Menos mal que ese imbécil había empezado a ir cada vez menos desde que rompió el compromiso con Lucy. La gente había empezado a ver más allá de su fachada de galán encantador y lo dejaba en evidencia cuando se comportaba como un ser despreciable.

—Te veo entonces —Roman abrió la puerta y se detuvo—. Deberías llevarla.

Gideon apartó una vez más la vista de la lista de nombres.

—¿Qué?

—Deberías llevar el viernes a Lucy. Conozco a Aaron Livingstone desde que trabajamos juntos el año pasado. Podemos preparar un encuentro relajado. Con los otros dos estás solo, pero no creo que Aaron acepte una cita a ciegas solo para pasar el rato.

Gideon conocía a Aaron de pasada, así que no podía llevarle la contraria.

—Hazlo —respondió, antes de que pudiera pensar media docena de razones por las que era una mala idea. Porque no lo era. El problema era suyo si no quería verla con otra persona, y no de ella.

Esperó a que Roman cerrase la puerta antes de tomar el teléfono. Tanto Mark como Liam eran conocidos de los últimos años que le habían parecido tíos íntegros. Tantearía su interés y le llevaría la lista a Lucy para ver qué le parecía.

Imaginar que podía terminar con uno de esos tíos le pesaba como una piedra en el estómago. Dudó. La lista lo miraba. Sería lo más fácil del mundo sabotear aquello. Lo único que tenía que hacer era darles información falsa sobre Lucy y ellos dirían que no. O darle a ella información falsa que demostrase que encontrar a alguien con quien salir en Nueva York era una mierda.

—No.

Le había prometido que haría cuanto estuviera en su mano, y eso era lo que iba a hacer. Ya le había mentido en otra ocasión, y su mentira a punto había estado de destruirlos a ambos, así que no iba a volverlo a hacer. De hecho, se encontraba en aquella situación por lo que había ocurrido antes. Joder.

Lo iba a hacer bien. Tendría que ser un bastardo sin corazón para actuar de otro modo. La única opción era encontrarle un marido.

Y daba igual lo que le costase lograrlo.

Lucy iba ya por la segunda copa de vino cuando vio a Gideon avanzando hacia su mesa por la estancia sutilmente iluminada. Era bastante más alto que el maître, y el pobre hombre no dejaba de mirar hacia atrás como si temiera que Gideon fuese a arrollarlo. La idea le hizo sonreír, y casi bastó para que se olvidara de su nerviosismo.

Se había despertado aquella mañana después de tener el sueño más caliente de toda su vida, protagonizado precisamente por Gideon Novak. Empezaba exactamente del mismo modo que su encuentro de la noche anterior, pero no se habían detenido hasta quedar desnudos en su cama, ambos temblando por su respectivo orgasmo. Sintió un repentino calor al recordarlo y tomó otro sorbo de vino.

¿Cuál era el protocolo para saludar a un hombre que la noche anterior había utilizado sus dedos para que ella se corriera en su sofá? No estaban saliendo, de modo que un beso no le parecía apropiado. Tampoco eran ya amigos, así que un abrazo era demasiado, y un apretón de manos era igualmente absurdo.

Él le ahorró la decisión al sentarse antes de que ella hubiera podido

levantarse. Gideon le lanzó una mirada al maître. Seguramente pretendía indicarle educadamente que se alejara, pero en realidad resultó feroz. El hombre se alejó casi corriendo.

—Tienes que trabajarte la actitud.

—Mi actitud es correcta.

—Sin duda, pero resulta intimidatoria. Sabrás que muchas mujeres juzgan a un hombre por cómo trata a los camareros en la primera cita. Tú acabas de quemar la posibilidad de una segunda cita, y aún no estamos ni en los aperitivos.

Gideon enarcó las cejas.

—Deduzco que has tenido un buen día en los tribunales.

—No estamos hablando de mí —replicó, inclinándose hacia delante. Estaba disfrutando de pincharlo un poco—. Aunque el cambio de tema ha sido bastante suave.

Él esbozó una breve sonrisa.

—Sí que lo ha sido, pero no estamos aquí para hablar de mis posibles citas, sino de las tuyas —levantó la mirada al ver que se acercaba un camarero y se dio cuenta del esfuerzo que hizo por sonreír. Le salió una mueca algo contraída, pero era mejor que nada—. Yo quiero un *seven and seven* —miró su copa de vino medio vacía—. ¿Otro?

—Perfecto.

No solía beber más de dos copas, pero había sudado la gota gorda en el caso que le había tocado presentar aquella mañana, aunque había conseguido que el juez desestimase el caso en su totalidad. Era un logro que debería ser la guinda para su ascenso, pero cuando Rick Parker había pasado por su despacho a darle la enhorabuena, había hecho un comentario sobre el tío grande y ceñudo que había ido el día anterior a verla porque claro, tan importante como sus habilidades profesionales era saber con quién salía o dejaba de salir.

Que le dieran... La actitud de Parker no iba a echarle a perder la noche.

—Háblame de ese caso.

Estaba a punto de centrar de nuevo la conversación, pero lo cierto era que no tenía a nadie con quien hablar de ello. Su hermana la apoyaba siempre y era maravillosa, pero Becka tenía sus propias cosas y el derecho no le interesaba lo más mínimo. ¿Salir juntas a tomar una copa y charlar sobre la vida y sobre lo que sus padres se trajeran entre manos? Por supuesto. ¿Compartir los

detalles del caso en el que estuviera trabajando? Ni de coña. Y lo cierto era que Gideon parecía interesado de verdad.

—Hoy he conseguido que rechacen el caso. Lo único que tenían eran pruebas circunstanciales y una mala opinión de los antecedentes de mi defendido. También estaban tan convencidos de que el delito lo había cometido él que no habían mirado a nadie más. Cualquiera fuera de la sala habría llegado a la misma conclusión, pero nunca se sabe con el juez Jones.

—Fantástico, Lucy. Enhorabuena.

—Gracias —sonrió, y tomó un sorbo—. ¿Y qué tal tu día?

—Productivo —respondió, y sacó una tableta de su maletín—. Tengo algunas cosas que quiero enseñarte.

La desilusión le quemó la lengua cuando Gideon la empujó suavemente hacia ella por encima de la mesa. Apenas habían empezado a conversar cuando ya estaban otra vez en modo trabajo. «Tú lo contrataste por una decisión de trabajo. No puede ser dos cosas a la vez». No era justo pedirle que volviese a ser su amigo al mismo tiempo que su cliente.

Se acercó la tableta. Había fotos de tres hombres. Hizo clic en la primera — un tío rubio con barba corta y un traje serio y caro— y encontró un archivo: *Aaron Livingston, nacido el trece de mayo de...*

Había compilado una lista de información que abarcaba desde su lugar de nacimiento hasta su instituto y universidad —y su nota media—. También había una nota con posibles gustos y aversiones.

—¡Vaya, Gideon! No haces nada a medias, ¿eh?

Había compilado la misma información para los otros dos hombres. Resultaba curioso que los tres fuesen de allí y que hubieran ido a prestigiosas escuelas de negocios donde se habían graduado entre los primeros de sus clases. Los tres habían pasado a trabajar a sus respectivas empresas y parecía irles bien.

Si hubiera tenido que utilizar la información sin ver sus fotos, no habría sido capaz de escoger a alguno de ellos en una fila de hombres.

—Esto es... ¡guau!

—Eso ya lo has dicho —respondió, frunciendo el ceño—. ¿Ocurre algo? Pensaba que buscarías a alguien de tu misma clase social y que desarrollara un trabajo de cuello blanco. Para eso acudiste a mí, ¿no?

Sí, al menos en teoría. En realidad, todo aquello estaba saliendo de un modo muy distinto a como ella esperaba. No tenía ningún sentido,

especialmente porque verdaderamente estaba saliendo exactamente como esperaba.

—No, está todo bien. Son unos candidatos excelentes.

Viéndolo así, la situación se volvía mucho más real. Dentro de muy poco iba a estar sentada al otro lado de la mesa con uno de aquellos hombres, y no con Gideon, y estaría torturándose sobre si pretenderían besarla después de la cena o si es que esperaban que ocurriera algo más.

«No estoy preparada».

Tomó un trago de su copa de vino.

—¿Podemos pedir la cena para llevar?

## Capítulo 5

Tan nerviosa estaba que se había quedado sin voz. Iban caminando a su casa. Había escogido deliberadamente un restaurante cerca de su apartamento para que no tuvieran que preocuparse por buscar un taxi. Asintió a modo de saludo dirigido al portero cuando les abrió la puerta, entraron en el ascensor y pulsó el botón.

Gideon la siguió y se apoyó en un lateral. La comida que llevaban en la bolsa de papel olía a las mil maravillas, pero su apetito se limitaba al hombre que la portaba. Tuvo que entrelazar las manos para no tocarlo.

—Esta noche quiero avanzar.

—Te escucho —respondió, alzando las cejas.

¿Por qué le resultaba tan difícil decir esas cosas en voz alta? Era una mujer adulta. Debería ser capaz de expresar sus necesidades con sinceridad y sin temor a que alguien se riera o la rechazara.

Apretó los puños y alzó la barbilla. Los espejos que cubrían las paredes del ascensor reflejaban una versión de sí misma que parecía preparada para varios asaltos ante el juez.

—No quiero esperar más. Lo quiero todo.

Un silencio de depredador se apoderó del espacio y de sus ojos se desprendieron chispas.

—Los pasos pequeños son la opción más inteligente.

—No hay nada inteligente en todo esto y los dos lo sabemos.

La noche anterior la había dejado inquieta de un modo que no se esperaba, y si fuera más inteligente y menos terca, habría cancelado todo aquello, en lugar de estar empujándose a sí misma y a él hacia algo de lo que ninguno de los dos podría salir después.

La puerta del ascensor se abrió y echó a caminar sin dilación por el

corredor hacia su puerta. Solo había cuatro apartamentos en aquel piso, cada uno ocupando una esquina del edificio. El suyo daba al sudeste, así que solía despertarse con la luz del sol entrando por la ventana, al menos los días que no se había levantado aún cuando no había amanecido.

Abrió y esperó a que Gideon entrase. Él se detuvo nada más entrar, de modo que apenas le quedó sitio a ella para traspasar el umbral y quedarse detrás de él. Intentó ver el piso como él lo vería. El concepto de planta abierta quedaba encuadrado por los ventanales de suelo a techo. La cocina quedaba a la derecha, y los armarios blancos tenían toques de color turquesa en unos agarradores que había encontrado en Internet. En el salón había una televisión de buen tamaño que apenas usaba, y dos sofás cortos dispuestos en una uve abierta. Su gato, Garfunkel, levantó la cabeza y le dedicó a Gideon una mirada letal.

Gideon se acercó a la encimera de la cocina de mármol blanco con sombras grises y dejó en ella la bolsa de la comida. Se dio la vuelta y la miró con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Por qué el cambio de sitio?

—Puede que solo porque te deseo.

Era la verdad, pero no toda la verdad.

—Sinceridad, Lucy —replicó él, moviendo la cabeza.

¿Por qué habría aceptado esa cláusula en concreto? Se tiró del borde de la falda de su entallado vestido azul.

—Estoy nerviosa. Lo de anoche estuvo bien, pero no esperaba ese nivel de reacción y tengo miedo de que, si no lo superamos, vaya a cambiar de opinión.

—Superarlo... —murmuró Gideon—. El sexo no es algo que se supera. Si piensas así, algo no va bien.

Algo que él estaba decidido a arreglar, a juzgar por la expresión de su cara.

—No pasa nada. No es eso lo que quería decir. Lo que me agobia es la espera. Lo de si lo haremos o no lo haremos me está volviendo loca. Quiero quitarme la duda del tirón, como quien se quita una tirita.

Se la quedó mirando un momento e inesperadamente se echó a reír.

—¡Una tirita! Joder, mujer, de verdad que me desarmas —se pasó una mano por la cara—. Se supone que la espera hay que disfrutarla.

Se le ocurrían un montón de palabras para describir cómo se sentía allí con Gideon, de pie, en su apartamento, sabiendo que estaban solos y que podían hacer lo que quisieran durante horas. El placer no era lo primero de la lista.



Estaba demasiado caliente, sentía los pulmones demasiado tensos, el centro de su ser gimiendo de necesidad. Pero conocía esa expresión. Si no hacía algo atrevido, iba a pisar el freno y la obligaría a sentarse y a hablar de ello. Para tratarse de alguien con reputación de implacable, Gideon estaba siendo tremendamente cuidadoso con ella.

Sabía por qué. Le quedaba culpa por no haberla avisado de inmediato de la forma de ser de Jeff. Pero nada de todo eso le importaba en aquel momento.

Lo único que le importaba era superar aquel momento para poder volver a respirar con normalidad.

Antes de que pudiera convencerla de lo contrario, se bajó la cremallera del vestido y se lo quitó, apartándolo con un pie sin mirarlo a él. Si se paraba a pensar que estaba plantada delante de Gideon con tan solo unas braguitas de encaje color nude, se moriría de inmediato.

Pasó un segundo. Y otro.

Y siguió sin decir nada.

«¿Qué está haciendo?».

Seguramente buscando una salida honrosa que no fuera lanzarse por la ventana más próxima.

«Basta ya». No podía ser tan débil. Tenía un buen cuerpo. Comía bastante bien e iba al gimnasio al menos tres veces por semana. La noche anterior, la reacción física de Gideon había demostrado que la deseaba. No había satisfecho su deseo, pero no parecía afectado lo más mínimo.

Entonces, ¿por qué se había quedado allí plantado sin decir ni mu?

«Deja de esperar a que sea él quien dé el primer paso. Hazlo tú».

Haciendo acopio de valor, levantó la cabeza y lo miró. El primer paso supuso un esfuerzo mucho mayor de lo que se había imaginado, y la intensa mirada de sus ojos no la ayudó demasiado. Permanecía inmóvil, con todos los músculos tensos, y aunque le arrancaran la piel a tiras no sería capaz de distinguir si era para no saltar sobre ella o para no salir huyendo.

«Pues solo hay un modo de averiguarlo».

Dio los pasos que la llevaron a la distancia mínima para poder tocar y, con vacilación, apoyó las manos en su pecho.

«¿Por qué no dice nada?» .

Esperó unos segundos más, pero el único sonido que había en la cocina era el suave silbido de sus respiraciones aceleradas.

Igual había malinterpretado la situación. «Ay, Dios, ¿qué he hecho?».

—Si has cambiado de opinión, solo tienes que decírmelo. Podemos fingir que nada de todo esto ha ocurrido.

Gideon no podía apartar la mirada de Lucy. Era perfecta. Claro que eso ya lo sabía, pero verla sin ropa delante de él era algo completamente distinto. Sus pechos eran pequeños y firmes, acabados en pezones de color rosa oscuro. Se obligó a no acariciarla cuando ella lo hizo con su pecho, arriba y abajo.

—Gideon...

Le había hecho una pregunta, ¿no?

—¿Qué?

Su mirada se perdió más allá de su pequeña cintura y de las braguitas de encaje, tan finas que se podía ver la sombra de su vello púbico debajo. Se aclaró la garganta y volvió a mirarla a la cara.

Lucy frunció el ceño levemente.

—¿Has cambiado de opinión?

—No —respondió, y por fin se permitió cubrir sus manos con las suyas—. Joder, no puedes esperar que un hombre te tenga delante desnuda y sea capaz de tener una conversación al mismo tiempo.

—Qué dulce eres.

Parecía pensar que mentía. Lo leía en su cara.

Quizás no estaba manejando bien la situación. Sabía que Jeff la había hecho daño con sus actos, y luego ella le había dicho que no había estado con nadie desde entonces, con lo cual él había pasado a tratarla de inmediato como a una virgen inocente. Y era inocente en algunos sentidos, pero siendo tan cuidadoso con ella, había creado el espacio suficiente para que dudase de sí misma, y de él.

Mierda.

Llevó las manos de ella a sus hombros y comenzó a desabrocharse la camisa.

—No me crees y no te culpo por ello, pero si no vas a hacerme caso cuando te digo que eres una diosa en persona, te lo voy a demostrar.

Lucy había clavado la mirada en las manos de él mientras desabrochaban la camisa y continuaban con los pantalones.

—Te creo.

—No, no me crees —se quitó los zapatos y se bajó los pantalones. Lucy movió la cabeza como si pretendiera librarse de un leve mareo e hizo que la camisa le resbalara de los hombros. Él la dejó caer al suelo, de modo que la

única barrera que quedase entre ellos fuera la ropa interior. Con un solo dedo, tiró del encaje de las braguitas—. Estas tienen que desaparecer.

—Tus calzoncillos, también.

Dio un paso atrás y con un movimiento fluido se deshizo de su boxer. Ver que a Lucy se le quedaba la boca abierta le resultó ridículamente satisfactorio. La vio estudiar cada parte de su cuerpo, empezando por la cabeza, bajando por el cuello, los hombros, el pecho, el estómago y finalmente, su pene. Ver cómo su expresión se volvía hambrienta le hizo enardecerse.

Ninguna mujer lo había mirado nunca como había hecho Lucy. Como si fuera un regalo que le hubieran dejado bajo el árbol de Navidad, solo para ella. Semejante expresión amenazaba con transformar aquella interacción en algo que nunca iba a poder ser, así que trató de pensar en otra cosa. Le deseaba físicamente. Fin de la historia.

—Gideon, eres perfecto —se quitó las braguitas sin apartar la mirada de él—. Quiero decir que... te había visto antes en bañador, pero esto es diferente —volvió a acercarse, pero apareció una delgada línea en su entrecejo—. Es raro, ¿verdad? Nunca te había considerado un hermano o algo así, pero eres familia.

Familia.

Se había obligado a olvidar ese sentimiento de pertenencia que Lucy parecía extender donde quiera que fuese. Cuando salía con Jeff y con ella, nunca se había sentido como una tercera parte, sino como parte de la unidad. De todas las cosas que había echado de menos cuando cortó la comunicación con ellos, esa ocupaba uno de los primeros puestos de la lista.

—Yo nunca te he visto como a una hermana.

—Lo sé —se sonrió—. A veces te pillaba mirándome, no muchas, y nunca hiciste nada raro, pero... yo lo sabía.

Creía haberlo disimulado bien. Dejó a un lado el pasado, igual que venía dejando a un lado tantos sentimientos inconvenientes que parecían aflorar a la superficie con más frecuencia cuanto más tiempo pasaba con Lucy.

—Es que no es raro.

—Supongo que no.

Cuidadosamente deslizó las manos por sus pectorales hasta rodearle el cuello y dio el último paso hasta que quedaron pecho contra pecho. Él apoyó las manos en su cintura, pero la sensación fue demasiado agradable para limitar el contacto, así que le acarició la espalda hasta llegar a las nalgas.

No había nada más que decir. Habían llegado al punto de no retorno desde el momento en que el vestido de Lucy cayó al suelo.

—Dormitorio.

—Por aquí... ¡oh!

La tomó en brazos y atravesó el salón hacia el lugar donde estaba la puerta que le había indicado. Su dormitorio era puro Lucy: un precioso cabecero de madera, más almohadas de las que una sola mujer podría necesitar y un edredón amarillo brillante salpicado de flores que iluminaba la habitación aun cuando solo alumbraba una lámpara que debía haber dejado encendida.

La dejó sobre la cama y se colocó entre sus piernas. Tenía la firme intención de ir despacio y de tener una conversación detallada sobre cómo debía proceder.

Firme. Intención.

Pero Lucy le rodeó la cintura con las piernas y arqueó la espalda para recibirle, y el tan honorable plan desapareció como si nunca hubiera existido. Quizás, en realidad, nunca había existido. Quizás se había venido mintiendo sistemáticamente. Daba igual. Bajo sus manos estaba la suavidad de su piel, el roce en todo su cuerpo, sus labios en su cuello.

La besó. Podía no saciarse nunca de su sabor a sol, y no iba a perder la oportunidad de sumergirse en esa sensación. Aquello estaba ocurriendo. Iban a cruzar la línea que él siempre había considerado inalcanzable.

Bajó una mano para llegar a apretar su nalga y levantarla para que encajase mejor contra él. La tentación de hundirse en ella era casi insoportable, pero aquello no era por él, sus deseos o sus necesidades.

Aquello era por Lucy.

No se había controlado a sí mismo y a su deseo por ella durante tanto tiempo para contentarse con algo que no fuese la experiencia total. No quería pasar por alto ni una sola cosa. Fue besando su cuello y acarició sus pechos.

—Perfecta... Joder, todo en ti es perfecto.

Ella se rio con nerviosismo.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Y volveré a decirlo —le lamió un pezón—. Preciosa, sonrosada y... condenadamente perfecta para follar.

—No te pares —hundió las manos en su pelo y lo empujó contra sí—. Más...

Apoyó suavemente los dientes encerrando su pezón y fue aumentando la

presión a medida que ella se iba volviendo loca. No había cerrado los ojos ni un momento. Gideon lo quería todo, cada matiz de su expresión, cada reacción. Todo.

Un ligero rubor le cubrió las mejillas salpicadas de pecas y el pecho, y sus pequeños senos se movieron al compás de su respiración entrecortada. Pasó a prestarle la misma atención al otro pezón pero sin dejar de acariciar el primero, pellizcándolo con la misma presión que le había aplicado con la boca.

Ella se estremeció y movió las caderas.

—Gideon... ¡oh, Dios! Creo que podría correrme solo con esto.

—Aún no he terminado.

Depositó un último beso en cada pezón y se bajó de la cama hasta arrodillarse al lado. Entonces tiró de sus caderas para colocarla justo al borde. Tan cerca que podía verlo todo de ella.

Deslizó el pulgar entre sus pliegues.

—Necesitas más.

—¡Sí!

Utilizó los pulgares para separarla.

—La próxima vez serás tú quien me diga exactamente lo que quiere.

—¿La próxima vez? —levantó la cabeza y lo miró aturdida—. ¿Por qué la próxima vez?

—Porque soy un cerdo egoísta —la boca se le hacía agua de estar tan cerca de la parte más íntima de Lucy. Su clítoris estaba tan sonrosado como el resto de su piel, húmedo, pidiéndole, casi rogándole que lo lamiera. Y no había una sola razón para no darle exactamente lo que quería—. Espero que estés preparada.

## Capítulo 6

Lucy nunca había disfrutado del sexo oral. No demasiado. Era otro aspecto en el que la competitividad de Jeff amargaba cualquier sombra de placer que ella habría podido obtener del acto. Tenía una serie de pasos que encadenaba con el objetivo de que ella se mojara lo suficiente para que él la penetrara y, si había de decir la verdad, siempre había sospechado que le gustaba tan poco el acto como a ella, pero en la ocasión en que se le ocurrió sacar el tema, tuvieron una de las peores peleas de su historia juntos.

El primer roce de la barba de Gideon contra la cara interior de sus muslos apartó de su cabeza todos los pensamientos sobre su ex. No fue directo a su clítoris, sino que arrastró la mejilla contra su otro muslo, utilizando el movimiento para hacer que abriera más las piernas.

Levantó la cabeza lo justo para ver que él la hundía para lamerla con un solo y largo movimiento. A continuación volvió a hacerlo —como si fuera su sabor favorito de helado. Teniendo en cuenta el frenesí que llevaban hasta entonces, había esperado que aquello fuese igual de rápido...

«Debería haber sabido que no podía darse nada por sentado sobre Gideon. En particular después de la última vez».

Separó sus pliegues y metió la lengua en ella con un gemido gutural que confirió al acto un insoportable velo erótico. Sus pensamientos se detuvieron y la mente se le quedó gloriosamente en blanco.

—Dios bendito...

No pareció haberla oído porque siguió penetrándola con la lengua como si no pudiera saciarse de ella. Agarraba sus muslos con las dos manos, manteniendo sus piernas abiertas aun cuando los músculos le temblaban por el esfuerzo de reaccionar, de moverse, de hacer lo que fuera.

Lucy movió incontroladamente la cabeza. Las sensaciones eran demasiado y

no eran suficiente y no sabía cómo ponerlas en palabras. Las palabras se le amontonaban en la garganta, demasiado en carne viva y vulnerable para ponerles voz, pero entonces sintió sus dientes y todas salieron de golpe.

—El clítoris... Gideon, el clítoris. Usa los dientes.

Como había hecho con los pezones. Como estaba haciendo en aquel momento con sus labios.

Todo su cuerpo se tensó, y la sensación se intensificó cuando él hizo exactamente lo que le había pedido. No había posturo de macho o declaraciones de que era capaz de darle placer sin un manual de instrucciones. Gideon, simplemente, escuchaba.

Sorbió su clítoris hasta introducirse en la boca y colocó los dientes contra aquella sensible terminación nerviosa. Ella se arqueó hasta casi levantarse por completo de la cama, y él utilizó el movimiento para deslizar las manos debajo de sus nalgas y alzarla para poder darse mejor aquel festín.

Porque eso era exactamente: un festín.

No hubo nada delicado o tentativo en sus caricias. Fue a por su clítoris con una intensidad al borde del dolor, una intensidad que envió descargas del placer más puro por su cuerpo. Sus músculos se tensaron aún más, tan a punto de llegar al precipicio que no podría decir cuánto más iba a resistir.

Gideon levantó la cabeza lo justo para hablar, de manera que le rozaba la carne enardecida con cada palabra.

—¿Quieres correrte así?

Que le hiciera aquella pregunta era lo más sexy que le había ocurrido nunca. Elegir. Tener el control. ¿Quién iba a imaginarse semejante afrodisíaco?

Estuvo a punto de decir que sí. Estaba tan cerca del orgasmo que temblaba de necesidad y le costó un triunfo centrarse en modular palabras que no fueran sí sí sí sí sí. ¿Quería que siguiera haciendo lo que había estado haciendo? Pues claro.

Pero quería más sentirle dentro.

Se humedeció los labios.

—Quiero...

¿Cómo quería tenerlo? «De todas las formas posibles».

¿Y en aquel momento?

—Quiero montarte.

Un músculo le tembló en la mandíbula y las manos se le estremecieron.

—¿Tienes preservativos?

—Sí.

Señaló la mesilla con un dedo tembloroso.

Los que había comprado después de su ruptura habían caducado hacía años, víctimas de sus problemas de autoestima, de modo que había comprado una caja aquella mañana. Incluso le había quitado el celofán para que pudieran ganar tiempo. La verdad es que le había parecido presuntuoso en extremo sentada allí, sola, en su cama, Garfunkel mirándola y emitiendo su juicio de felino. Y en aquel momento deseó habérselo puesto ya a Gideon.

La soltó despacio como si le doliera alejarse. Ella se incorporó para verle abrir el primer cajón. Y al percibir cómo le brillaban los ojos oscuros recordó qué otra cosa había en ese cajón.

—Ah...

Sacó un vibrador rosa.

—Ya hablaremos de esto —volvió a dejarlo en el cajón y sacó un condón—. Ábrelo. No vamos a hablar. Me voy a masturbar mientras te veo usarlo.

Los ojos se le abrieron de par en par al imaginárselo. Él sentado, apoyado en el cabecero con el pene en la mano. Ella tumbada boca arriba con las piernas abiertas, usando su juguete. La vagina se le contrajo.

—Quiero hacer eso. Luego.

—Luego —dijo él. Sacó el condón y se lo colocó.

Ella se levantó y le hizo sentarse en el borde de la cama.

—Así.

Se sentó sobre sus piernas y colocó su pene en la entrada. Con el deseo guiándola, fue fácil decir cosas que en otra situación la vergüenza le habría impedido pronunciar.

—Bésame mientras te monto.

—No tienes idea de lo jodidamente sexy que es que sepas exactamente lo que quieres.

Se echó hacia atrás lo suficiente para que ella pudiese apoyar las rodillas en el colchón. Entonces le pasó un brazo por la cintura y hundió la mano libre en su pelo. Tiró un poco.

—¿Sí?

Ella gimió.

—Sí.

Le volvía loca que Gideon no la tratase como si se fuera a romper. No dudaba lo más mínimo si le pedía que la mordiera más, que apretase más.



Cosas que nunca se habría imaginado que desearía hasta que él se las había dado.

Dobló las piernas hasta que quedó por completo dentro de ella. Tuvo que hacer una pausa para acostumbrarse a la sensación casi incómoda de sentirse llena. La sensación pasó rápidamente, disipándose para dar paso a un placer absoluto. Apoyó las manos en sus hombros y lo besó al tiempo que empezaba a moverse. Su posición hacía que él se frotara contra su clítoris con cada movimiento de modo que, a pesar de que intentaba contenerse, su orgasmo asomaba en el horizonte.

Sus movimientos se volvieron convulsos.

—Gideon...

Poniendo las manos en sus caderas, la ayudó a mantener el ritmo que necesitaba para llegar donde quería llegar.

—Cuánto me gustas, joder.

—Tú... también.

Abrió los ojos. No sabía cuándo los había cerrado. La expresión que le vio en la cara le robó el aire de los pulmones. Posesión. Deseo. Necesidad. Era demasiado.

Lucy gritó su nombre al llegar al orgasmo. Él siguió moviéndola, manteniendo vivo el momento, hasta que sus músculos se rindieron y se derrumbó sobre él.

Con cuidado, salió de ella y se tumbaron juntos en la cama. Gideon se colocó a su espalda, pegado a ella, acariciándole suavemente el brazo, la cadera, el estómago, mientras ella miraba el cuadro de la pared y volvía a aprender a respirar. Poco a poco fue haciéndose consciente de una parte muy específica de él que se apretaba contra sus nalgas.

—No te has corrido.

—Aún no.

Aún no.

¿Quién iba a decirle que esas dos palabras iban a ser las más sexys que iba a escuchar en toda la vida?

Gideon siguió acariciándola suavemente hasta que Lucy se arqueó contra él. Considerando que estaba ya recuperada, deslizó una rodilla entre sus piernas, dejándola abierta para él. Deslizó una mano con cuidado entre sus muslos y comprobó su reacción.

—Dime lo que quieres —susurró Gideon.

—A ti.

La besó en la nuca.

—Ya me tienes.

«Por ahora».

—Dime qué otras fantasías has tenido.

La imagen de verla usando su juguete delante de él bastaría para mantenerlo despierto por la noche durante en el futuro. Era un idiota por darle a su imaginación más imágenes, pero las ansiaba del mismo modo que ansiaba tenerla a ella.

—¿Quieres mi lista de caprichos sexuales? —su tono divertido se tornó en gemido cuando le acarició el clítoris suavemente—. No puedes pretender que piense si me haces eso.

—Considéralo inspiración.

Le gustaba la idea de ser el que la ayudase a tachar cosas de esa lista. Joder, lo que le gustaba era el hecho de tenerla en la cama en aquel momento, y de seguir teniéndola mientras pensara que tenía algo que enseñarle.

Lucy echó un brazo atrás para acariciarle el pelo.

—En realidad no lo he pensado.

—Mentirosa —tomó el movimiento como una invitación y deslizó el otro brazo por debajo de ella para poder alcanzar sus pechos—. Seguro que hay unas cuantas cosas que has guardado en un rincón de la cabeza sobre esto, algo que siempre hayas deseado probar.

Algo que solo él pudiera darle. Al menos, por el momento.

Ella dudó. Casi podía oír los engranajes de su pensamiento dándole vueltas y considerando si desnudarse de ese modo. Podría decirle que ya se habían desnudado uno delante del otro, pero aquello era distinto.

Dejó quietas las manos esperando su respuesta.

—No pares —cubrió la mano que tenía entre las piernas con la suya, guiándolo hasta su clítoris y luego más abajo, para animarlo a que metiera un dedo dentro. Gimió—. Siempre he querido hacerlo en el probador de una tienda de lujo —de lencería, quizás, si no es demasiado cliché —se tensó—. Mierda... lo estoy haciendo otra vez. Dios, es tan difícil parar...

—Creo que podríamos conseguirlo —la besó en el cuello y le susurró al oído—. Quiero verte de verde, verde jade brillante.

Lucy bajó la cabeza para dejarle hacer.

—Creo que podríamos conseguirlo —repitió ella.

—Qué caritativa.

Hizo una pausa en sus caricias el tiempo necesario para guiar su pene hasta ella. Lucy lo acogió rodeándolo, apretándolo, y él pudo apenas contener una maldición.

Tantas veces se había imaginado cómo sería tener a Lucy en su cama... pero ni una sola de sus fantasías se había acercado a la realidad. Era la perfección. Cada movimiento, cada palabra, cada suspiro... los guardó todos en la memoria. Disponía de un tiempo limitado para acumular lo necesario para llenar toda una vida.

Una preocupación para otro día.

Aquella noche, estaba dentro de Lucy.

Lo de mañana, podía esperar a mañana.

Gideon estaba sentado en el salón de Lucy comiendo sobras recalentadas. Ella estaba sentada con su gato en el regazo y una manta brillante por los hombros mientras intentaba ordenar la comida de su plato de modo que pudiera comérsela. Gideon alargó el brazo y le quitó el gato de las piernas.

O lo intentó, porque Garfunkel no tenía intención de ir a ninguna parte en contra de su voluntad y para ello maulló de tal manera que le puso el vello de punta. Antes de que pudiera reaccionar, el animal bufó y le clavó las garras en el antebrazo. Soltó una palabrota, pero resistió las ganas de dejar caer a aquella horrible bestiecilla. Lo sujetó hasta que estuvo cerca del suelo.

—¡Dios mío! —Lucy dejó a un lado la comida y le agarró la muñeca—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Él apretó los dientes mientras ella le limpiaba los arañazos, que se inflamaban rápidamente, con una servilleta.

—Me ha parecido que comerías más fácilmente si no te ocupara tanto sitio en las piernas.

—No te equivocabas, pero por si no te has dado cuenta, Garfunkel es muy territorial. Y no le gustan demasiado los hombres.

—¿Tú crees? —le quitó la servilleta y se apretó el brazo con ella—. No pasa nada. Tendría que habérmelo imaginado.

En su estilo de vida no había sitio para una mascota, pero de haberlo, sería un perro, sin duda. Los gatos solían ser un poco cabrones en general, y tenía la sensación de que si adoptaba uno, sería el más cabrón de todos. Cosa del

karma.

Aunque Garfunkel era un serio aspirante al título.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada —se sentó junto a ella en el sofá con su plato de comida—.  
¿Cómo te sientes?

—No estoy herida —respondió, y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá para dedicarle una sonrisa adormilada—. Me había olvidado de lo relajante y bueno que podría ser el buen sexo.

Prefirió contener el comentario que se le vino a la cabeza. Era el orgullo lo que le habría empujado a decirlo y no tenía derecho. No en la situación actual. Estaba allí para un fin en concreto y no podía permitirse olvidarlo ni un momento. Lucy no iba a ser para él de modo permanente. Aquello era solo una ventana a lo que podría haber sido en otra vida, si las cosas hubieran ocurrido en una secuencia diferente. Pero no había sido así, y por eso Lucy y él estaban allí.

—¿Qué te ha hecho elegir a esos hombres en concreto?

Tardó unos segundos de más en seguirla en el cambio de tema. No quería hablar de otros hombres teniendo aún su cuerpo en el recuerdo y su olor en la piel. Le parecía que estaba mal en muchos sentidos. Le parecía una intrusión.

Pero en realidad no lo era.

Lucy le había pedido una serie de cosas y lo del sexo había sido un pensamiento posterior, y que para él no fuera un pensamiento posterior no le daba derecho a reprocharle que siguiera con su idea inicial en la cabeza, así que hizo cuanto pudo para seguir adelante.

—Todos son hombres ambiciosos que la gente dice que son sinceros, y tienen la edad suficiente como para pensar en sentar la cabeza. A Mark Liam yo mismo le busqué el puesto de trabajo que tiene actualmente, así que hice toda la investigación necesaria ya entonces. Tienen historias sólidas. Nadie los califica de falsos o de abusivos en ningún sentido. Son tíos majos, tan majos como el que más.

Se había asegurado. Incluso teniendo solo veinticuatro horas para hacerlo, los había investigado a fondo, llegando incluso a llamar por teléfono a varias antiguas novias, aunque no estaba dispuesto a revelárselo. Ninguna de ellas había dicho nada que hubiese disparado las alarmas.

Pinchó un guisante con el tenedor.

—¿Y Aaron?

—Es el mejor de los mejores. El año pasado intenté sondearlo para uno de mis clientes y ni siquiera me dio la hora.

Ella lo miró alzando las cejas y él se removió inquieto.

—Por supuesto hay más razones detrás de esa reacción, pero tiene una reputación excelente, y Roman es amigo suyo.

No le gustaba ver aquella expresión en su cara, como si se estuviese resignando a vivir la vida a medias.

—Lucy, si quieres cambiar la dirección de todo esto, podemos hacerlo. Aunque tengas las citas con estos hombres, no hay nada escrito en piedra.

—Sé que tienes buena intención, pero te agradecería mucho que dejases de intentar convencerme para que me olvide de esto.

Gideon intentó controlar su temperamento, pero se había contenido demasiado aquellos dos últimos días. Demasiado. No era su forma de ser habitual, y le pesaba ya mucho.

—No estoy intentando convencerte de que dejes esta mierda. Lo que hago es darte opciones. Y si quieres tener una posibilidad de que esto funcione, tienes que dejar de ponerte tan a la defensiva. Te estoy ayudando con esta locura, así que tienes que echarme un hueso de vez en cuando.

Ella dejó su tenedor.

—Creo que deberías marcharte.

Mierda. Iba a disculparse, pero se detuvo. Lucy podía ser frágil en cierto sentido, pero no estaba rota. Debía tenerlo presente y no tratarla con guantes. Sin embargo, dejar que cometiese el mayor error de su vida porque se sentía culpable por el fracaso de su última relación era una verdadera mierda.

No podría decir que supiera cuáles eran sus opciones, pero tenía que averiguarlo, y pronto.

Mientras, mejor que saliera de allí lo antes posible, antes de que terminase diciendo algo que acabasen lamentando los dos. Se levantó y se abrochó los últimos botones de la camisa.

—Mañana te escribiré un correo con los detalles.

—Bien.

Seguía sin mirarlo.

Dudó, pero no había nada más que decir. El sexo había cambiado las cosas. Tener una prueba fehaciente de lo honda que era la conexión que había entre ellos había bastado para dejarlo aturdido. Ella también tenía que haberlo sentido. No cabía otra posibilidad.

Solo faltaba lograr que lo admitiera.

## Capítulo 7

—Perdona... ¿acabas de decir que tienes una cita?

Lucy hizo girar el vino blanco sin mirar a su hermana pequeña.

—No sé por qué te sorprendes tanto.

No había querido confesar su plan, pero le estaba poniendo el cuerpo del revés no poder hablar de ello al menos con una persona. Gideon no contaba, sobre todo porque sus reacciones eran consistentes con lo que ella esperaba y sus propias reacciones no cooperaban precisamente.

—Porque lo estoy. Todo era trabajo, trabajo, trabajo. ¿Cuándo has tenido tiempo para organizar una cita? —Becka se inclinó y tomó una patata del plato que había en el centro de la mesa—. Y no es una pulla. Son hechos. Estoy en tres de esas guarrerías de webs de citas y me cuesta Dios y ayuda encontrar tíos que no sean candidatos a ¡oh, con lo majo que parecía!

Lucy suspiró.

—No todos pueden ser asesinos en serie, Becka.

—Con uno que haya, basta —frunció el ceño—. Además, no estamos hablando de mí, sino de ti.

Ahora que había llegado el momento de hablar, no sabía por dónde empezar. O si debía confesarlo. De hecho, si no hubiera quedado antes con su hermana a tomar una copa, estaría en casa, llorando. Habían pasado dos días desde que había visto a Gideon y, aparte de unos cuantos correos confirmando su primera cita, no habían hablado. Sabía que se había comportado fatal con él, pero no era propio de Gideon evitar el conflicto.

Y no es que tuviese que haber un conflicto. No lo había. Simplemente no quería que pensara que el sexo que habían tenido juntos le daba permiso para obligarla a renunciar a su plan. Había tomado la decisión. Tenía que respetarlo. Si por ello decidía que no quería continuar con sus lecciones...

bueno, pues que así fuera.

«A menos que no quiera continuar por otra razón...».

—¿Estás bien?

Parpadeó e intentó centrarse en el rostro de su hermana. Becka se había cambiado el color del pelo, y ahora lo llevaba de un azul brillante que era exactamente el mismo que el de sus ojos. El *piercing* que llevaba en un labio brillaba a la luz del pequeño bar de *hipsters* donde siempre se reunían. Había hecho de su look alternativo todo un arte. Nunca tenía problemas con los hombres, por mucho que se lamentara de sus citas.

Lucy intentó sonreír.

—Es solo una crisis de fe. Ya sabes...

—No hagas esto. Si no quieres contármelo, genial, pero no me des palmaditas en la cabeza. Ya no tienes que protegerme, Lucy. Lo sabes, ¿no?

—No es que pretenda protegerte.

Y no lo era. Habían tenido una buena niñez. Unos padres distantes, pero decentes. Un estilo de vida de clase media. No había ocurrido nada traumático que pudiese haber desestabilizado sus vidas.

Pero Becka seguía siendo su hermana pequeña. De niñas, era la tímida de las dos, el ratón de biblioteca, un poco rara para encajar con el resto de críos de su curso, lo cual la había hecho pasto del acoso escolar, y como sus padres no se habían dado cuenta, Lucy se había cuidado de ella. Y desde entonces, no había dejado de hacerlo. Aunque últimamente Becka peleaba sus propias batallas.

Pero su hermana tenía razón. Contener el torbellino que llevaba dentro no le estaba haciendo ningún favor. Había hablado de ello con Gideon, pero no era precisamente imparcial. Tampoco Becka lo era.

—Es que... sé que han pasado dos años, pero sigo teniendo los comentarios de Jeff dándome vueltas por la cabeza. Es patético, y debería haberlo superado ya, porque a él sí que lo he superado. No sé qué me pasa.

—No te pasa nada —Becka le rellenó la copa de vino—. No es como si hubieras tenido una relación de un mes y que el mal rollo te estropeará la vida. Jeff y tú estuvisteis juntos, ¿cuánto? ¿Cuatro años? ¡Ibas a casarte con él! —entornó los ojos—. Aunque más le vale que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse, porque uno de estos días me voy a liar a darle patadas en el culo.

—¡Becka!

—Lucy —dijo, imitando su voz—. Pero ese día no es hoy. Yo creo que estás



teniendo una reacción normal, y ya está. ¿Por qué quieres hacer esto ahora? Lo de las parejas está ahí, pero imagino que no te vas a meter en la cama con esos tíos para hacerles el rodaje, ¿no? —sonrió—. Aunque no está mal la idea.

Intentó imaginárselo, salir solo una noche con cada uno de los tíos de la lista de Gideon, pero de inmediato rechazó la idea.

—No.

No le parecía bien, y tampoco quería pasar mucho tiempo pensando por qué. «Le prometí a Gideon que las relaciones serían exclusivas». Eso era. Sin duda.

—Pues deberías probarlo —Becka tomó unas cuantas patatas más—. Vas a estar bien, te lo prometo. Lo de salir con tíos es raro, y es difícil llegar a conocer a la gente, pero tienes a una celestina en tu rincón. Todo saldrá bien.

No podía decirle a su hermana que Gideon Novak era la celestina. Becka había estado con él en varias ocasiones y le daría un ataque si lo supiera, y ya que habían conseguido mantener aquella conversación sin que su hermana pensara que había perdido la cabeza, preferiría seguir así.

—Seguro que tienes razón.

—La tengo.

Su teléfono sonó y el corazón le dio un vuelvo al ver el nombre de Gideon en la pantalla.

—¿Diga?

—Me reuniré contigo diez minutos antes. ¿Estarás preparada?

Parpadeó.

—Perdona, ¿qué?

—La cita, Lucy. Dime que no te has olvidado.

La irritación que percibió en su voz le molestó.

—Por supuesto que no, pero no esperaba que tú estuvieras presente —ya le ponía bastante nerviosa salir con Mark Williams para tener que hacerlo encima bajo la atenta mirada de Gideon—. Eso es inaceptable.

—Son mis reglas. Tendrás que estar preparada diez minutos antes —dijo, y colgó.

Lucy dejó el teléfono despacio sobre la mesa y miró a su hermana, que por supuesto, la observaba.

—¿Qué?

—Esa película ya me la sé. La de dejar despacio el teléfono por no lanzarlo contra la pared. ¿Quién te ha cabreado así?

—Es una larga historia, y por desgracia, tengo que marcharme para no llegar tarde.

«Para no llegar tarde a llegar antes. Lo mato». Sacó el monedero e hizo una seña a la camarera.

—¿A la misma hora la próxima semana?

—Claro. Tú eres la que tiene los horarios de locura —contestó, y apuró su bebida—. Y sea quien sea el que te haya llamado, dale caña, hermanita.

—Pienso hacerlo.

Dejó el dinero en la mesa y se levantó. Aceptaba la dirección de Gideon en la alcoba porque eso era exactamente lo que le había pedido. Aceptaba su lista de hombres por la misma razón. Pero se negaba a aceptar que tomase el control de los demás aspectos de aquella búsqueda de pareja.

Vetaba y elegía a los candidatos, sí, pero solo era cosa suya y de cada uno de aquellos hombres individualmente ver si había algo que pudiera funcionar. El papel de Gideon terminaba en el mismo segundo en que el otro hombre y ella llegasen a un acuerdo, a pesar de que esa idea le pusiera patas arriba el estómago.

No importaba.

Lo que sí importaba era que estuviese intentando pasar por encima de ella como una locomotora. Tenía que disponer de libertad para poder digerir la idea de pasar el resto de su vida con el hombre sentado al otro lado de la mesa, y no podía hacerlo con Gideon pegado a la espalda porque tenía la impresión de que acabaría comparándolo con todos y tergiversaría su percepción.

Porque ¿quién podría compararse con Gideon Novak?

Gideon miró el reloj por tercera vez. ¿Dónde demonios se había metido? Se volvió a mirar calle abajo justo cuando Lucy giraba en la esquina. No parecía preocupada por llegar tarde, ni particularmente contenta de verlo. Señaló su reloj.

—Teníamos un acuerdo.

—Falso. Tú me dijiste algo, y yo no estuve de acuerdo.

Se cruzó de brazos, lo que le hizo reparar en su vestido.

—¿Qué llevas puesto?

Era una cosa de encaje azul pálido que daba la ilusión de mostrar más de lo

que enseñaba en realidad. Se le ceñía al cuerpo y los orificios del encaje mostraban un forro del mismo color que la piel que, al primer vistazo, daba la impresión de que estaba desnuda.

Le encantaba.

Le reventaba.

—Un vestido —contestó ella, con el ceño fruncido—. No me hables en ese tono sobreprotector, Gideon. Es un buen vestido.

—Es inapropiado para una primera cita. Se va a sentar al otro lado de la mesa y a pasarse la noche pensando en follar contigo.

Lucy sonrió, y sus labios color ciruela reflejaron la negrura de su pelo, que llevaba suelto en suaves hondas sobre los hombros.

—En ese caso, está cumpliendo su función. Ahora, si me haces el favor de quitarte de en medio, ya sigo yo a partir de aquí.

Pasó a su lado y entró al restaurante.

Unos celos ardientes y venenosos le bajaron por la garganta. No tenía derecho, igual que nunca lo había tenido, pero eran mil veces más intensos ahora que habían puesto el sexo sobre la mesa. Gideon entró tras ella y sujetó su codo con la mano para guiarla aparte, al pequeño pasillo que daba al guardarropa.

Allí la luz era más suave que en la entrada, más íntima. Apoyó las manos en la pared, a ambos lados de sus hombros.

—Joder, me vuelves loco.

—Pues ya somos dos —replicó, clavándole un dedo en el pecho—. Es posible que tengas la sartén por el mango en algunas cosas, pero tienes que darme espacio para respirar. Tener una fecha en el horizonte ya me va a poner los instintos patas arriba, y no necesito que tu presencia constante haga lo mismo.

Ya pensaría más tarde en eso. En aquel momento solo podía centrarse en la primera parte de la frase.

—Si la fecha es demasiado apretada, retrásala. Has sido tú quien la ha fijado.

—Se queda así —alzó la cara—. Ya llego tarde a la cita, y no quiero tener esta conversación por enésima vez. Límitate a darme tiempo para respirar.

Se separó de la pared aunque era lo último que quería hacer. Sabía que no debía presionarla, pero no podía evitar hacerlo. La deseaba y ella lo deseaba a él, al menos físicamente.

«¿Y si pudiera ser más que solo físico?».

«¿Y si fuera en serio?».

El pensamiento lo dejó paralizado.

Vio que Lucy saludaba a la maîtresse y la seguía hacia el fondo del restaurante, pero era incapaz de moverse. Todo aquel tiempo había dejado que Lucy llevara el control de las cosas, al menos hasta cierto punto, ya que sabía del daño que Jeff le había hecho y del que se culpaba, al menos un poco. Esa culpa era la misma razón por la que no la había obligado a enfrentarse al hecho de que había algo más que amistad entre ellos.

Pero ¿y si lo hacía?

Podía ir a las claras, y Lucy le diría que se perdiera, y con buenos motivos. Tenía el punto de mira puesto en el premio y no iba a detenerse por una fuerza externa, aunque esa fuerza fuese él.

Si pudiera hacerla cambiar de opinión, sería otra historia.

Gideon sonrió.

Que tuviera su cita con Mark. El tío era majo, pero él se la llevaría a la cama hasta que estuviera tan llena de él que se olvidara hasta de su nombre.

Un hombre levantó la cabeza cuando Lucy se acercó a la mesa que la maîtresse le había indicado. Tenía aire de *hipster* y resultaba mono, con una barba recortada y gafas que habrían parecido raras cinco años atrás pero que ahora parecía llevarlas todo el mundo. Lo único que le faltaba eran unos tirantes y una pajarita, pero en su lugar llevaba camisa abotonada hasta arriba y pantalones de vestir. Cuando se levantó para ofrecerle una silla, pudo ver que tenía una espalda ancha y unos músculos bien definidos.

«Demasiados músculos. Demasiado vello facial. Ay, Dios... ¡basta! ¿Pero qué me pasa?».

Él ocupó su sitio y la sonrió. Tenía unos dientes muy blancos y bien colocados.

—Lucy, supongo. Si no, esto iba a ser muy raro.

Eso la hizo reír.

—Sí, soy Lucy —le ofreció una mano—. Y tú debes ser Mark.

—El mismo.

Su apretón de manos fue firme, y eso le gustó. Muchos hombres, sobre todo aquellos que trabajaban en grandes corporaciones, tendían a estrecharle la

mano como si temieran romperla, y eso la ponía enferma.

Mark se echó hacia atrás y la miró fijamente.

«Otro punto a su favor. No me mira las tetas».

Tenía que dejar de analizar cada segundo de aquella cita. Mark no era Gideon, vale, y eso no tenía por qué ser una marca en la columna de los negativos.

Pero es que resultaba difícil centrarse pudiendo oler aún la colonia de Gideon de cuando la había empujado contra la pared unos minutos antes. No era tan almizclada y fuerte como la de muchos otros hombres que conocía, era ligera, limpia y le recordaba a... no sabía qué le recordaba.

«¡Céntrate!».

Sonrió educadamente.

—Gracias por acceder a esta cita.

—Cuando Gideon me llamó y me explicó la situación, admito que no me lo creí —sonrió—. Y luego le pregunté qué te pasaba.

Ella se tensó y se reprendió por hacerlo. Estaba bromeando. No pensaba de verdad que le pasara nada malo.

—Como puedes ver, no me falta ningún diente.

—Ni tampoco belleza ni éxito —su sonrisa fácil hizo que las palabras fueran más que un cumplido vacío—. He oído hablar de matrimonios de conveniencia, pero supuse que era solo cosa de ficción. Esta situación es un poco rara.

—Eso no puedo rebatirlo —supo que era mucho pedir en cuanto llamó a Gideon para poner el plan en marcha, pero eso no cambiaba el hecho de que no le quedase más opción—, pero tengo que preguntarte algo: si te parece tan raro, ¿por qué estás aquí?

Él suspiró.

—La charla insustancial no es lo mío, ¿verdad? He empezado demasiado fuerte.

—No me importa. Esta situación no es precisamente convencional.

Apreciaba su franqueza, aunque había algo que faltaba en aquella interacción y que no lograba identificar. Mark era un tío atractivo, eso no se podía negar, pero... No podía decir qué pasaba, pero algo no iba bien.

—En cualquier caso, he accedido a esto porque llevo años trabajando ochenta horas a la semana, y me temo que voy a seguir así. No sé si has ido tú a algún bar últimamente, pero conocer a gente en bares es un chiste. Todo el

mundo está con el teléfono, o con amigos, o a su rollo. Las webs de citas son algo aún peor, en gran parte porque las mujeres tienen tantos encuentros de pesadilla que se vuelven distantes y tensas. Resulta muy difícil conocer a alguien cuando esa persona está convencida de que le vas a dar la vuelta a la tortilla y vas a acabar enviándole una foto de tus genitales o a salir corriendo —se encogió de hombros—. Al final, todo es cuestión de tiempo. No dispongo de mucho tiempo para conocer gente nueva y andar entrando por el aro de las primeras citas y de las segundas sin parecer demasiado ansioso... —suspiró—. Lo siento. Es que es un tema muy delicado para mí.

Allí había una historia. Puede que incluso varias.

La camarera apareció para tomar sus comandas y rápidamente desapareció. Lucy se inclinó hacia delante.

—Cuéntame algunas de tus historias.

Él enarcó las cejas.

—Si hubiera un guion para las primeras citas, estoy seguro de que no incluiría hablar de los encuentros con otras mujeres.

—No creo que esta cita pudiese figurar en ningún guion —sonrió—. Mi hermana pequeña lo sabe todo de las web de citas, y cuenta historias increíbles.

—Ojalá pudiera decir que se lo inventa todo —Mark se relajó un poco. No se había dado cuenta antes de que estuviera tenso. Sonrió—. Si es la mitad de guapa que tú, habrá visto más de lo que quisiera.

—Seguro.

Lucy sabía que Becka se guardaba parte de lo que le había ocurrido, y que solo compartía con ella las historias divertidas. Eso era precisamente lo que la delataba, que solo parecía haber tenido historias divertidas. Nada oscuro, nada preocupante. Nada que indicase que había conocido a alguien que tuviera más que un interés pasajero por ella.

—Háblame de ello —lo animó.

Mark dudaba, analizando su expresión, pero debió ver solo interés porque se echó a reír.

—Preferiría saber más de ti. Gideon me ha dicho que eres abogada.

—Abogada defensora.

Se preguntó qué les habría dicho tanto a Mark como a los demás para que accedieran a conocerla. Sobre el papel debía tener buena pinta. Al menos en eso podía confiar, ya que no en otros aspectos más románticos de su vida.

Pero muchas mujeres tenían buena pinta sobre el papel y no se acercaban al matrimonio de un modo tan extraño.

Mark se inclinó hacia delante.

—Desde que era un crío, me he sentido fascinado por los tribunales. Demasiados maratones de *Ley y orden*.

—En la vida real no se parece mucho. Hay una pila de papeles que tramitar que no tiene nada de glamuroso, y la investigación previa puede ser tan tediosa que en más de una ocasión he creído morir, pero es cierto que estar en el tribunal es muy estimulante. Es como una partida de ajedrez pero con apuestas más altas. No lo cambiaría por nada del mundo.

Llegó la comida y la conversación continuó con fluidez. De su trabajo pasaron al de él como experto en seguridad cibernética, y hablaron un poco de su niñez. Mark era tan agradable como guapo, y Lucy esperó toda la cena a sentir que el corazón se le acelerase al ver su sonrisa, o que su mente divagara hacia cómo sería estar desnuda con él, pero solo experimentó la sensación de estar pasando el rato con una conversación agradable.

Nada apasionante.

Era algo que ella misma había pedido, pero no pudo evitar compararle con Gideon. Eran distintos en muchos sentidos. La constitución de Mark era delgada —aunque estuviera bien musculado—, mientras que Gideon parecía un vikingo que hubiera extendido el pillaje al mundo corporativo. Sus hombros creaban una uve que se cerraba en la cintura, y nunca podría comprarse un traje en una tienda cualquiera y que entrasen los músculos de sus muslos.

Mark era atractivo, pero le faltaba un componente vital que no terminaba de identificar. Le faltaba sensualidad. Estilo. Algo que desprendiera vida.

O quizás estaba intentando racionalizar algo que no podía ser racionalizado. No había conexión. No es que le pasara algo a ella, o a él. Simplemente no estaba presente.

Mark también debía haberse dado cuenta porque pagó la cena y se recostó en su silla con una sonrisa triste.

—Ha estado bien, pero no vas a pedirme una segunda cita, ¿verdad?

Le gustaba su franqueza. Ojalá hubiera alguna clase de atracción entre ellos.

—No puedo estar segura.

—Lo entiendo —se levantó y fue a apartarle la silla—. Me gustaría mucho que nos conociéramos más... como amigos.

Eso era exactamente. Había disfrutado de la cena, y no le importaría pasar

más tiempo con él, pero no se imaginaba a sí misma caminando hacia un altar en el que él la estuviera esperando.

—Gracias por una noche maravillosa.

Mark la besó en la mejilla.

—Eres especial, Lucy Baudin. Espero que encuentres lo que andas buscando.

—Tú también lo eres. Esa chica está ahí fuera. No desesperes.

Le estrechó la mano.

—Buenas noches, Lucy.

Lo siguió hasta la puerta y dejó que parase a un taxi para ella, y cuando iba ya de camino a su casa, sacó el móvil para escribir a Gideon. *Me voy a casa. Llegaré en treinta minutos*

El estómago le dio un vuelco y apretó las piernas. No había duda de lo que iba a ocurrir en cuanto él entrase por la puerta, y la piel se le acaloró solo con pensarlo.

No podía esperar.



## Capítulo 8

Gideon entró en tromba en casa de Lucy sin llamar y la encontró paseándose de un lado al otro del salón con nerviosismo, casi retorciéndose las manos, y se paró en seco.

—¿Qué ha hecho?

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Perdón?

—Mark. Ha tenido que hacer algo —dijo, moviendo una mano por el aire señalando su estado—. Dime qué ha pasado y yo me ocuparé.

Mark le había parecido lo bastante seguro para una primera cita, pero no debería haberse fiado. Si se hubiera quedado, podría haber intervenido.

Lucy lo miraba parpadeando y acabó echándose a reír.

—Ha sido el perfecto caballero.

—No tienes por qué andarte con paños calientes. Es mi trabajo asegurarme de que tienes citas sólidas, y si no es así, necesito saberlo.

No quiso recordar que casi había deseado que algo saliera mal. Mark era jodidamente perfecto. Si no hubiera estado prácticamente casado con su trabajo, ya habría encontrado a una chica y estaría casado y con un par de hijos.

Se acercó a él y le puso una mano en el pecho.

—Gideon, basta. No ha pasado nada. Hemos tenido una agradable conversación y hemos decidido dejarlo ahí.

Dejarlo ahí.

Como un idiota, no se había parado a pensar lo que iba a pasar durante y después de esas citas. Los celos le abrasaron la garganta y, a pesar de que intentó mantener el control, las palabras se le escaparon.

—¿Te ha dado la mano?

—Pues... no sé si puede llamarse así, pero...

—¿Te ha ayudado a ponerte el abrigo? —dio un paso hacia ella, acorralándola, incapaz de parar—. ¿Te ha besado?

Imaginarse a Mark en la misma posición que tenía él en aquel momento, inclinándose hacia ella para besarla en la boca, le estaba volviendo loco.

Y ella se estaba dando cuenta. Mierda.

—¿Qué pasa? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—Nada —respondió. «¡Y todo, joder!».

La besó para que no dijera nada más. Lucy respondió de inmediato, deslizándose las manos por su pecho y rodeándole el cuello, su cuerpo fundiéndose con el suyo. Que se plegara a él tan inmediatamente debería haberlo calmado.

Demasiados debería en su relación con Lucy Baudin.

Tiró de su vestido, se lo sacó por la cabeza y la tumbó en el sofá, y tuvo aún la presencia de ánimo necesaria para no dejar caer todo su peso sobre ella.

—Esto es lo que quieres.

—No ha sido una pregunta, pero sí —tiró de su camisa para sacarla de los pantalones y comenzó a desabrochar botones—. Quiero sentirte.

Metió las manos debajo de sus nalgas.

—Entonces, siénteme.

Le hizo abrir las piernas e introdujo un dedo en ella, a lo que Lucy respondió con uno de esos gemidos tan sensuales que él no podía resistir. Ella, de un tirón, separó los delanteros de su camisa para bajársela de los hombros, arrancando algunos botones en el proceso.

—Te necesito, Gideon.

Daría hasta su último céntimo por oírle decir esas palabras todos los días de su vida. No era su destino, pero desde luego iba a forzarla a que se las dijera con tanta frecuencia como fuera posible mientras estuvieran juntos.

—Guíame. Háblame.

—Yo... eh... —cerró los ojos un instante mientras él le frotaba el clítoris con el pulgar. Cuando volvió a abrirlos, había determinación en ellos—. Te quiero en la boca.

Se quedó inmóvil.

—Lucy...

«Esto es como un sueño. Una fantasía que ha sabido verme dentro de la cabeza».

Vio el momento exacto en que le flaqueó la confianza y contuvo una maldición. Estaba tan decidido a dárselo todo que estaba pasando por alto los signos.

Gideon se sentó junto en ella en sofá y le puso la mano en el hombro para que no se bajara al suelo.

—Abre mis pantalones.

Lucy no dudó. Bajó la cremallera y sacó su pene, lo acarició una vez y se lo llevó a la boca. Gideon esperaba que fuera una exploración cauta, pero fue a por él como si estuviera desesperada por tenerle.

Tan desesperada como él lo estaba por ella. Apartó su pelo para poder ver cómo su pene desaparecía entre sus labios púrpura, una imagen que nunca creyó que llegaría a presenciar. Ella abrió los ojos y le dedicó una mirada complacida, y él no pudo soportarlo más. Tiró de su vestido para dejar su culo al descubierto, apretar sus nalgas y hundir dos dedos en ella.

Primero abrió los ojos de par en par, luego los cerró y succionó con más fuerza, más rápido.

—¿Te gusta? ¿Te gusta que yo juegue con tu precioso coño mientras tienes mi polla en la boca?

No le bastaba. Estaba tan desesperado por ella que sentir cómo se corría en su mano no iba a ser suficiente. Seguía pensando en que había llevado puesto aquel vestido para Mark, que se había reído de los chistes de ese gilipollas y que le habría inspirado fantasías para llenar toda una vida.

—Dame un poco más.

Y alzándola por las caderas, la colocó de modo que las rodillas se frenaban en el respaldo del sofá, una pierna a cada lado de su cabeza. Esperó a que ella volviera a succionar para subir con los labios por la cara interior de su muslo hasta llegar a su coño.

—Qué preciosidad —murmuró, y la lamió una vez.

O ese era el plan.

Pero es que estaba tan mojada, y sabía tan dulce, que perdió el precario control que mantenía y agarró sus muslos para abrirlos más y al mismo tiempo acercarlos todavía más a su boca en un mismo movimiento. Lucy gimió con su pene en la boca y aquel sonido lo volvió aún más loco. Lamió y succionó sus pliegues, gimiendo contra su piel ardiente. «Tengo la cara hundida en su coño. Yo. No ese gilipollas con el que ha ido a cenar».

Lucy metió la mano entre sus piernas y agarró sus testículos, devolviéndolo

de golpe al presente.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Me vuelve loco. Me gusta absolutamente todo lo que me haces.

Su mundo se redujo a su sabor y a la sensación de su boca en él. Sus gemidos, sus ruidos lo excitaban, borrando cada pensamiento racional de su cabeza.

Necesitaba su orgasmo. Necesitaba reclamarla.

Lucy no podía decir si estaba arriba o abajo, y no solo porque Gideon la tuviera en la posición más imposible y erótica. Apenas había llegado a casa unos minutos antes que él y ahora la tenía del revés en el sofá, con la cara metida entre sus piernas mientras ella le hacía una mamada.

Se metió más hondo su pene. La volvía loca.

Por una vez, quería devolverle el favor.

Apretó sus testículos y él hizo un sonido que ella sintió en la garganta. Nada importaba, nada que no fuera el siguiente paso de su lengua por su clítoris y el modo en que sus dedos se le clavaban en las caderas, sujetándola.

El orgasmo la arrolló de un aliento al siguiente, y succionó con desesperación, necesitando que Gideon avanzase a su lado a cada paso. Sabía que se estaba reteniendo, intentando durar más que ella, como había hecho desde que habían empezado, así que o hacía algo drástico, o los trasladaría a ambos a otro sitio y no tendría la oportunidad de terminarlo.

Así que jugó sucio.

Presionó con dos dedos su perineo. Había leído en muchos libros que era un punto caliente para muchos hombres y mujeres, pero nunca había tenido el valor de probar.

La respuesta de Gideon hizo que valiera la pena el riesgo. Arqueó la espalda y sus testículos se retrajeron. La respiración le salió entre los dientes.

—Mierda... no puedo contenerme.

Succionó más. No quería levantar la cabeza para decirle que se dejase ir. Quería eso. Lo necesitaba.

Él dudaba, pero ella hizo movimientos circulares con el dedo corazón y con eso bastó. Gideon maldijo entre dientes y sus manos sufrieron un espasmo al tiempo que elevaba las caderas hacia su boca. Ella lo recibió y lo hizo entrar aún más. Murmuró su nombre al llegar al orgasmo. Lucy bebió y siguió

succionado hasta que él se estremeció y la bajó al sofá.

Solo entonces levantó ella la cabeza.

La expresión de la cara de Gideon solo podía ser descrita como de absoluta sorpresa. Abrió la boca, la cerró y movió la cabeza.

—Ven aquí.

Sin esperar a que respondiera, la tomó en su regazo y la apretó contra sí.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Ha sido...

—Sí.

¿Cómo ponerlo en palabras? No era la más experta de los dos, pero tampoco era tonta. No había sido como en otras ocasiones. No había lección alguna que Gideon quisiera enseñarle. Había entrado por la puerta como un novio celoso y le había regalado uno de los orgasmos más devastadores de su vida. Y ahora la tenía en brazos como si... sintiera algo.

«Pues claro que siente algo. No habría accedido a esto si no fuera así».

Que la considerara una amiga no quería decir que las líneas se hubieran borrado para él.

Se aferró a ese pensamiento con una terquedad nacida de la desesperación. Tenía un plan, y sabía a aquellas alturas que no debía desviarse. La última vez que lo había hecho, había terminado con Jeff, y esa experiencia la había destrozado emocionalmente.

Y la habría destrozado también profesionalmente si hubiera procesado el dolor de otro modo que no hubiera sido transformándolo en fuerza.

Gideon le acarició la espalda.

—¿Te he hecho daño?

—¿Qué? No.

Lo miró a la cara. Ya no parecía tan sorprendido, y ahora había un brillo de culpa en sus ojos oscuros que le dolió en el corazón.

Esa era la otra razón por la que no podía permitir que se desdibujase la línea que había entre ellos. Gideon era un amigo por el que albergaba un sentimiento, un amigo capaz de hacer vibrar su cuerpo, pero él nunca se perdonaría por el papel que había jugado en la mierda de Jeff.

Jamás podría mirarla sin verla como la prometida de su amigo. La chica a la que debería haberle contado que la estaban engañando. Algo que todo el mundo sabía.

Gideon frunció el ceño.

—Dime qué te ha hecho poner esa cara.

—Nada.

Lo último que quería hacer era meter a Jeff en aquella habitación. Ya era bastante borrar su recuerdo sin invitarlo a entrar. Había estado a punto de ovillarse allí con Gideon, pero el momento había pasado. Mimos y palabras dulces no era de lo que iba todo aquello.

Se levantó y le temblaron las piernas.

—Dame unos minutos, que me cambio.

—Claro.

Entró en su habitación y se puso unas mallas y un jersey largo. Era quizás demasiado cómodo, pero tal y como él había puntualizado antes, no se trataba de seducir. Si quería que se vistiera para el papel se lo pediría. Cerró la puerta tras de sí y volvió al salón.

—Tengo que ir de compras.

—¿En este momento?

—¡No seas tonto! Por supuesto que no.

Su risa sonó un poco forzada porque lo era. Sacó una botella de vino del armario y dos copas.

—¿Vino?

—Sí.

Sirvió sin mirarle.

—La cita con Mark no ha estado mal, pero creo que es mejor que conozca al resto de los hombres de tu lista. Quiero estar lo más preparada posible, y creo que ya te he dicho antes que no tengo nada seductor que ponerme.

Gideon soltó una única carcajada.

—Tú misma eres ya suficientemente seductora, Lucy.

No lo pillaba, aunque en realidad no esperaba que lo pillase. Le ofreció una copa y tomó un sorbo de la suya.

—Puede que te suene un poco raro lo que te voy a decir, pero yo visto bien.

—Ya me he dado cuenta.

Pasó por alto su respuesta.

—Vestirse para enfrentarse a un juez o a un jurado, o a ambos, es aterrador. También es muy emocionante, pero dar ese primer paso es como saltar de un avión solo con la esperanza de no haber olvidado el paracaídas. O para ser más exacta, es como presentarte en el lugar del duelo solo esperando haber preparado bien las armas y que funcionen como es debido. Sé que suena muy

dramático, pero así es como me siento yo. Mi ropa es tanto una armadura como el arma en sí. Me permite dar ese primer paso sin temor a abrirme la crisma. Y en el dormitorio voy a necesitar eso mismo.

Ya lo había dicho. Ahora podía reírse en su cara si quería, pero al menos estaba siendo sincera.

Pero no se rio. La miró con esos ojos tan oscuros meditando las implicaciones de lo que había dicho. Había revelado más de sí misma en aquel leve comentario de lo que había dejado al descubierto en mucho tiempo. Becka lo sabía, por supuesto —era ella a la que Lucy arrastraba siempre para ir de compras—, pero todo el mundo en el bufete daba por sentado que le volvían loca la ropa cara y la moda.

—¿Tienes tiempo libre dentro de dos fines de semana? —preguntó él tras tomar un sorbo de vino.

¿Dentro de dos fines de semana? Pero si era jueves.

—¿Dentro de ocho días?

—Soy bastante capaz de contar, Lucy —dejó la copa—. Mañana conocerás a Aaron Livingston en el evento semanal que organiza Roman. Yo voy a estar fuera de la ciudad casi toda la semana reunido con varios clientes potenciales.

La desilusión se le agarró en el estómago, pero hizo lo posible porque no se notase. Claro que Gideon no estaba centrado únicamente en ella. Si recordaba bien, solía llevar varios clientes el mismo tiempo y no había razón para esperar que fuese a hacer un cambio a su regla.

También significaba que iba a pasar toda una semana sin verlo.

Sin clase siete días.

«Basta».

Sonrió.

—Estoy libre dentro de dos fines de semana, a excepción de una comida que tengo con Becka.

—Iremos de compras después.

Lo que le daría la oportunidad de ingerir suficiente alcohol para no sentir tanto miedo de imaginarse eligiendo lencería con Gideon.

—De acuerdo.

—Mañana ponte algo apropiado —recalcó él, mirándola a la cara.

Y sus nervios desaparecieron de inmediato.

—¿Perdona?

—Sabes perfectamente que esta noche has estado jugando con fuego

poniéndote ese vestido. No sé cómo el imbécil de Mark ha podido tener quietas las manos. Un milagro. Ningún otro hombre lo habría logrado.

Lo que quería decir que él no. Algo que había demostrado de sobras entrando como una exhalación por la puerta y devorándola allí mismo en el salón. «Claro que yo también he devorado lo mío».

Pero no era de eso de lo que estaban hablando, y no le gustaba su actitud. El objetivo de todo aquello era ponerla en el mercado —a falta de otro término mejor—, y estaba actuando como si considerase que había estado fuera de lugar. No era un vestido que habría llevado a trabajar, pero no era ni mucho menos indecente, y él estaba reaccionado como si se hubiera colocado un minivestido con todos sus atributos al aire.

—Llevaré lo que me parezca oportuno.

—No. Llevarás algo que no sea sexy.

—¡No hablarás en serio! Soy más que capaz de vestirme. A excepción de la lencería, ni quiero ni necesito tu opinión.

Gideon dejó su copa y se acercó con expresión reprobadora para detenerse apenas a unos centímetros de ella.

—Como lleves algo parecido a lo que te has puesto esta noche, no te va a gustar el resultado.

Casi no podía respirar de tan cerca como lo tenía.

—¿Y qué vas a hacer, Gideon? ¿Darme una azotaina poniéndome sobre tus rodillas?

—Exactamente eso —bajó las dos manos y las colocó junto a su cuerpo, pero sin tocarla—. Y cuando te haya azotado ese culito que tienes, te colocaré en la superficie más cercana que encuentre y te follaré, salgas o no con otro tío.



## Capítulo 9

—Como sigas mirando así la puerta, vas a espantar a los invitados.

Gideon no apartó la mirada de la puerta. No podía relajarse. La verdad es que no había logrado hacerlo desde que la noche anterior salió del piso de Lucy con sus palabras resonándole en los oídos.

No habían hablado durante el día. Solo le había enviado un mensaje de texto con la dirección y la hora de la cita, y ella le había contestado confirmando su asistencia.

Pero cómo fuera a presentarse era lo que le estaba volviendo loco.

En realidad no sabía lo que quería que ocurriese. Lo mejor sería que le hubiera hecho caso y trajera algo que no llamara de esa manera la atención sobre su cuerpo.

Pero en parte también quería que lo desafiara, que lo obligara a cumplir su amenaza. Con ello cruzaría la línea y lo sabía, pero eso ya había dejado de importarle.

Si la cita de Lucy con Mark había dejado algo claro era que no podía soportar imaginársela con otro.

Se había hecho a un lado por Jeff, pero en aquella ocasión no iba a hacerlo. Otra vez, no.

Ninguno de aquellos gilipollas iba a sentir por ella lo que sentía él. La química que había entre ellos había estado a punto de prenderle fuego al apartamento, y ambos sentían algo el uno por el otro, y eso era algo que ella quería con el marido que escogiera.

Él era la mejor elección, y tenía que encontrar el modo de que se diera cuenta.

—Mierda... —murmuró Roman, y se colocó delante de Gideon para no dejarle ver la puerta—. No me montes un numerito, por favor. He invitado a

Aaron de buena fe y parece que fueras a arrancarle la cabeza a quien se atreva a mirarte mal.

—No voy a montar ningún numerito.

Siempre y cuando Lucy no lo pusiera a prueba.

—Pues por la cara que tienes creo que mientes —respondió, guardándose las manos en los bolsillos—. Ya has cruzado la línea con Lucy, ¿verdad?

Tantas eran las líneas que había cruzado que había perdido la cuenta, pero estaba claro que Roman no lo sacaba a colación gratuitamente.

—Quítate de en medio —le dijo, moviendo la cabeza hacia un lado.

—No. El numerito.

Roman se quitó del medio y Gideon se quedó inmóvil. Lucy atravesaba la zona de las mesas hacia la parte VIP, llevándose consigo muchas miradas. Traía un vestido negro corto, pero describirlo así no le hacía justicia. Era tan corto que hacía que sus piernas, ya largas de por sí, lo parecieran todavía más. No tenía hombros, y el cuerpo palabra de honor añadía curvas extras a su cuerpo. Llevaba el pelo suelto, cuidadosamente peinado en ondas despeinadas que le hicieron pensar en sexo, y los labios pintados de un rojo sangre que hicieron que la imagen que tenía en la cabeza llegase a las partes implicadas de su cuerpo.

Lucy saludó a la persona que controlaba el acceso a la zona VIP y caminó directa hacia él. Cuando la tenía ya más cerca, se dio cuenta de que el tejido del vestido llevaba pequeñas cuentas cosidas, lo que añadía aún más movimiento a sus pasos.

Sin apartar la mirada de ella, le entregó la cerveza a Roman.

—Enseguida volvemos.

Roman farfulló algo entre dientes.

—Sea lo que sea lo que le vayas a decir, hazlo rápido. Aaron llegará en treinta minutos.

Treinta minutos era tiempo más que suficiente para dejarle claro lo que pensaba. Se levantó y dio varias zancadas de depredador hacia ella.

—Sígueme. Ahora.

Ella se humedeció los labios.

—¿Y si no quiero?

—¡Hazlo!

Dio media vuelta y enfiló hacia el pasillo que conducía a los lavabos y a las dos habitaciones destinadas a reuniones y fiestas privadas. En una había una

mesa y sillas, y él la había usado en más de una ocasión. La otra tenía varios sofás que le conferían un aspecto más informal.

Eligió la sala de juntas.

Abrió la puerta y entró. Lucy también. Cerró la puerta a su espalda.

—¡Esto es ridículo! —protestó ella.

—Si lo pensaras de verdad, no estarías aquí.

La agarró por las caderas y tiró de ella. Su cuerpo se volvió maleable de inmediato, aunque los ojos le echaban chispas. Gideon metió las manos bajo el vestido y se quedó paralizado.

—¿Pero qué...?

—¿Mmm?

—Sabes perfectamente de qué te estoy hablando —dijo, y le levantó el vestido aunque no necesitase hacerlo—. Has venido con ese vestido de calienta pollas y no llevas bragas —los celos y el deseo se enredaron en su interior—. ¿Es que ibas a hacerle un numerito a Aaron?

—¡Vamos, Gideon! Lo que estoy es demostrándote una cosa, y es que tú, Gideon Novak, no vas a tomar ninguna decisión por mí. Te agradezco la ayuda, pero eso es todo.

No quería saber nada de él.

Era bueno para follar con ella, pero no lo bastante para lo demás.

Controló con mano de hierro su temperamento porque tener una pelea allí no era una opción para ninguno, por no hablar del hecho de que no tenía derecho a estar enfadado. Ella le había dejado bien claros los términos del contrato el primer día, y si decidía ignorarlos era cosa suya, no de Lucy.

Pero ser consciente de ello no hizo que aquella situación de mierda fuese más fácil de tragar.

Dio un paso atrás.

—La mesa. Inclínate.

—¿No hablarás en serio?

—Tan en serio como un ataque al corazón. Te advertí de lo que iba a pasar si aparecías así, y tú estuviste encantada de recoger el testigo. Las decisiones tienen consecuencias, Lucy. Y esta es una de ellas.

Ella dio un paso atrás hacia la mesa. Dos pasos.

—¿Las consecuencias son que me vas a poner el culo colorado y a follarme después?

«Quiere que lo haga».

Saberlo no aminoró su rabia. Más bien al contrario. Quería que lo hiciera, pero no lo quería a él.

—La mesa.

Lucy se dio la vuelta y, tan formalita como una princesa, se inclinó sobre la mesa. Debió pensarlo mejor porque, a continuación, se tumbó más sobre la pulida superficie de madera, quedando en una posición que dejaba su trasero al aire y que hacía que la falda de su vestido se subiera para que él pudiera ver lo mucho que le ponía la situación.

—¿Qué es lo que más te pone? —él estaba entre la puerta y ella, y le levantó uno poco más el vestido—. ¿La azotaina, el desafío o saber que estamos en una habitación abierta en la que puede entrar cualquiera...? Incluido el gilipollas que ha quedado contigo.

Ella subió un poco más el trasero y a él se le hizo la boca agua. Pero fueron sus palabras lo que sellaron su suerte.

—Todo.

«Fóllame».

Apoyó una mano a la altura de sus riñones.

—Prepárate.

No estaba para jueguitos, y no creía que Lucy quisiera más que un poco de juego rudo, así que le dio un azote que quería que picase pero sin dejar dolor más que un instante.

Ella gimió.

Gideon fue alternando los azotes hasta llegar a tres, lo bastante para enrojecer las nalgas pero nada más. Luego deslizó una mano entre sus piernas y gimió al encontrarla mojada.

—Me vas a matar.

Sacó de la cartera el condón que había guardado aquella mañana. El ruido del envoltorio al rasgarse sonó extraño en el silencio de la habitación, pero él apenas pudo oírlo por encima del rugido que tenía en los oídos. Separó sus piernas y colocó su pene en la entrada.

—La próxima vez, obedece.

—No es probable.

Con el antebrazo se tapó la boca cuando él entró sin contemplaciones.

Qué mierda... cuánto le gustaba ver que ella empujaba hacia atrás. Había sido tan tímida en sus primeros encuentros. Aquella intensidad era más propia de la Lucy que conocía. Se agarró a sus caderas y salió casi del todo antes de

volver a entrar. Era bueno —jodidamente bueno—, pero no satisfizo la rabia feroz que había estado acosándole durante veinticuatro horas.

Salió de ella y la volteó. Apenas se había apoyado ella en sus hombros cuando la sentó en el borde de la mesa. «Mejor así». Pero no era suficiente. Tiró del vestido y le desnudó los pechos.

—Joder, Lucy...

Volvió a separarle las piernas y se hundió en ella, con la mirada clavada en sus pequeños senos y en cómo se movían con cada envite.

Pero no bastó para borrar la imagen de ella con aquel vestido puesto mientras charlaba con Aaron.

«No tienes derecho a estar celoso».

«Me importa un comino si tengo derecho o si no».

—Acaríciate. Quiero que te corras estando yo dentro.

Y siguió agarrándola por las caderas cuando ella bajó la mano para tocarse el clítoris. Con cada movimiento se topaba con su mano, y la sensación era tan insoportablemente erótica como verla tocarse mientras la estaba follando.

Sintió cómo se tensaba antes de oírla gemir al correrse. Intentó aguantar, pero no había modo de resistirse a la intoxicación que era Lucy, y se corrió también él con una maldición. Se quedó sin respiración y tuvo que agarrarse a la mesa para que las piernas no le fallaran.

Nunca había sido así para él. Tenía sentimientos hacia las mujeres, incluso había llegado a querer a alguna, pero la locura que Lucy instalaba en él sin tan siquiera pretenderlo le estaba desquiciando.

Se quedó mirando sus ojos azules brillantes. ¿Cómo demonios iba a salir a aquel club y fingir que no acababa de estar dentro de ella?

En cuanto recuperó el control de las piernas, Lucy se bajó de la mesa y se arregló el vestido. Sabía que Gideon la observaba, pero lo ignoró mientras se ponía las braguitas que había guardado antes en el bolso. Se aseguró de que quedaran bien puestas, sin dejar nada a la vista, se incorporó y se quedó inmóvil.

—¿Qué?

—Has sacado unas bragas del bolso.

Sintió que se sonrojaba, pero no bajó la mirada.

—Pues sí.

Gideon no se movió, pero parecía a punto.

—No sé si sentirme impresionado o cabreado. Me has puesto un cebo.

—Pues sí —repitió—. Y además, quería demostrar algo. No voy a permitir que controles todos los aspectos de estas citas, pero lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con eso. Mientras dure, soy tuya.

Las palabras le parecieron hilarantes, como si estuviera declarando más de lo que pretendía en realidad, pero no podía retirarlas sin que pareciera ridículo, y sin que les diera más peso de lo que merecía. «Es la verdad. En exclusiva».

Pero solo sexualmente. No había, no podía haber más entre ellos. Tenía su plan, y Gideon no había tenido una relación que durase más de dos semanas durante los seis años que hacía que lo conocía. Aunque estuviera dispuesta a ceder en ello —y no podía permitirse hacerlo—, Gideon perdería el interés en el momento en que ella lo necesitase de verdad.

No iba a cambiar de plan. Aunque sexualmente encajasen más de lo que se habría atrevido a soñar, eso no significaba nada en el gran esquema de las cosas. Ya había permitido que una buena química la apartase del camino —o lo que le parecía que era buena química. Y no podía volver a hacerlo, aunque tuviera la sensación de que todo aquello era tan distinto a las ocasiones anteriores como la noche del día.

—Mientras dure, eres mía.

Sonaba gracioso dicho por él. O quizás fueron las mariposas que tenía en el estómago.

No podía sonreír, así que asintió.

—Y ahora, ¿podemos salir y conocer a ese tío? Además, no he visto a Roman en años, y me has hecho venir aquí tan rápido que solo he podido decirle hola.

Por ridículo que fuera, la cuestión era que lo que había terminado echando de menos de Jeff era estar con sus amigos.

Gideon había desaparecido en cuanto rompieron, y el resto del grupo no había hecho más que un esfuerzo mínimo para mantenerse en contacto. Para ser justos, ella tampoco había hecho mucho. Era duro mirarlos a la cara y saber que todos ellos habían sospechado de las actividades extracurriculares de Jeff antes que ella.

«Ya no importa. No voy a dejar que importe».

No esperó a que Gideon contestara. Salió por donde habían entrado. No

podía hacer nada con el rubor de las mejillas, pero deliberadamente se había arreglado el pelo con descuido, por si Gideon cumplía sus amenazas. No iba a admitirlo en voz alta, pero estaba encantada de que lo hubiera hecho. Las dos primeras veces que había estado con él habían resultado maravillosas, pero lo de la noche anterior y lo que acababa de ocurrir le había parecido que revelaban al Gideon auténtico. Al hombre que había tras aquel exterior cuidadosamente controlado.

Quería más.

De hecho, lo último que deseaba hacer era precisamente lo que estaba haciendo: volver a la zona VIP. Habría sido mucho mejor salir por la puerta de atrás con Gideon, irse a su apartamento o al de ella y aliviar la tensión que seguía creciendo entre ellos cuantas más veces se acostaban juntos.

Pero no era una opción.

Hizo caso omiso de la mirada que Roman lanzó por encima de su hombro hacia el punto en el que sin duda Gideon debía acabar de aparecer. Lucy le dedicó una brillante sonrisa.

—Roman, ¿qué tal estás?

—Bien. Muy bien.

Roman tomó su mano y se acercó casi demasiado. Estaba serio y parecía tenso, y sus palabras no sirvieron precisamente para disipar la sensación.

—Lo siento mucho —susurró—. Si hubiera sabido que iba a estar aquí, te lo habría hecho saber.

Su cerebro saturado de placer tardó unos segundos en caer en la cuenta. No hablaba de Aaron, sino de Jeff.

Se dio la vuelta tan despacio como en una película de miedo hacia el sonido de una risa que le era dolorosamente familiar. Jeff estaba sentado junto a una guapa pelirroja y toda su atención parecía puesta en ella. Hacía dos años que no lo veía —desde que le había lanzado hasta el último objeto de su propiedad por la ventana del apartamento del segundo piso que ocupaban—, y le molestó ver que estaba guapo. No había ganado peso de más, ni tenía hinchazón alguna en la cara que pudiera indicar un consumo abusivo del alcohol, ni tampoco su aspecto era desaliñado.

De hecho, estaba mejor que nunca.

Ella, sin duda, tenía exactamente el aspecto de alguien que acababa de dedicarse a actividades ilícitas en la parte de atrás. Porque eso era exactamente lo que había estado haciendo.

Miró a Roman. No sabía qué tenía que decir o hacer. Jeff aún no la había visto, pero no tardaría en hacerlo, y ella no estaba preparada. Había luchado para superar el daño que le había hecho, pero ocupar el mismo espacio que él bastaba para volver a ponerle la verdad ante los ojos.

Seguía tomando decisiones por culpa de él.

Sintió una mano en la espalda y el perfume fresco de Gideon la envolvió. Se colocó delante, bloqueando la vista de Jeff. Si ella parecía descolocada, él echaba fuego por los ojos.

—Oye, tío, como acabo de decirle a Lucy, yo no sabía que iba a estar aquí. De lo contrario, os habría avisado. Se ha presentado sin más.

Lucy se puso una mano en el pecho. «No puedo respirar». Una mano invisible la apretaba, cerrándose con cada exhalación, hasta que unos puntos negros bailaron ante sus ojos. Dos años habían pasado y seguía teniendo todo el poder del mundo sobre ella. Era odioso. Él era odioso.

—¡Vaya por Dios! Mira lo que el gato ha traído hasta aquí.

La voz de Jeff surgió directamente detrás de Gideon.

Roman y Gideon la miraron con idéntica expresión en la cara: preguntándole cómo quería manejar aquello. Bastaría con que parpadeara para que Gideon la sacara de allí sin dudar, y Roman impediría que Jeff los siguiera si intentaba hacerlo.

Pero precisamente era de eso de lo que estaba cansada: de dejar que Jeff dictase cómo tenía que manejar una situación determinada, así que se irguió y asintió levemente. Gideon frunció el ceño, pero tanto Roman como él se separaron, ocupando posiciones de frente a Jeff y dejando solo unos centímetros entre ellos, de centinelas entre ella y su ex.

A pesar de su tono complacido, los ojos de Jeff eran fríos. La pelirroja que se colgaba de su brazo tampoco parecía contenta, y Lucy perdió unos segundos preguntándose qué iba a contarle después sobre aquel encuentro. Pero no importaba. Jeff no importaba.

O no debería.

Aplicó toda su considerable fuerza de voluntad por parecer sorprendida.

—Jeff... no tenía ni idea de que siguieras viniendo por aquí.

—De vez en cuando.

La mirada que dedicó a los hombres que la flanqueaban fue letal.

Al parecer, su amistad había durado poco. Sabía que había ocurrido con Gideon, pero le reconfortaba pensar que Jeff se había sentido tan abandonado



como ella, aunque fuera a pequeña escala.

No añadió nada más, así que dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—Tienes buen aspecto.

—Estoy bien. Mejor que nunca, la verdad —miraba a Roman y a Gideon—. A los tres se os ve muy unidos.

No se podía malinterpretar el tono en que había dicho aquellas palabras. En realidad preguntaba ¿a quién de los dos te estás tirando?

«Le estás dando demasiada importancia. Contrólate».

Gideon la sorprendió acercándose a ella y poniéndole la mano en la espalda.

—Ya nos íbamos.

La máscara de Jeff cayó al fin y frunció el ceño, un gesto que siempre había sido el precursor de la bronca que se acercaba. Una bronca que ella nunca tenía posibilidad de ganar. Jeff pareció darse cuenta por primera vez del vestido que llevaba. La miró de arriba abajo despacio, deteniéndose en sus pechos y en sus labios inflamados.

—Gideon y tú, ¿eh? Muy indignada cuando rompiste nuestro compromiso, y ahora resulta que te estás tirando a mi mejor amigo. Eres una tía con clase, Lucy. Con mucha clase.

Por mucho que se dijera que su opinión no le importaba, sintió como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—No es así.

—Es exactamente así —intervino Gideon, pasándole el brazo por la cintura—. La cagaste y la perdiste, y eso solo es culpa tuya, así que deja de mover la mierda —y mirándola a ella con expresión dura, preguntó—: ¿Nos vamos?

—Por favor.

No quería quedarse allí más de lo estrictamente necesario. No haber salido corriendo a la puerta era todo un logro. Gideon asintió y miró a Roman.

—Hasta la próxima.

—Claro.

No le dio oportunidad de decir nada más antes de salir de la zona VIP y por la puerta principal, aunque, en realidad, ¿qué más había que decir? Cualquier cosa habría sonado a la defensiva, como si hubieran hecho algo malo.

«Bueno, me estoy acostando con él. Pero no estamos saliendo. Y aunque lo estuviéramos... ya han pasado dos años».

Dos largos y solitarios años.

—Ha sido horrible —dijo cuando dejaron el club atrás.

—Lo siento —contestó él, y sintió que tenía la mano tensa, como si no supiera si debía acercarla a ella o soltarla—. No sabía que iba a presentarse. Si lo hubiera creído posible no te habría llevado.

—No pasa nada.

Sí que pasaba, pero debía ser más fuerte. No podía permitir que un encuentro con su ex la pusiera de rodillas.

En realidad, ni siquiera Jeff era el problema, sino el hecho de que bastase una mirada suya, una frase construida con palabras escogidas podía desencadenar todas las inseguridades que tanto esfuerzo le costaba superar. Él no era el problema. Lo era ella.

—Sí que pasa —contestó él mientras paraba un taxi—. ¿A tu casa o a la mía?

Si ella se lo permitía, analizarían lo ocurrido. Gideon podía ser un poco áspero, o tener el temperamento de un vikingo, pero siempre era cuidadoso con ella.

Excepto cuando lo presionaba demasiado y se olvidaba de que debía manejarla con guantes.

Esta noche no iba a haber castigo. Le serviría una copa, la haría sentarse y le exigiría total honestidad sobre lo que tenía en la cabeza. Le haría hablar de sus problemas y haría cuanto estuviera en su mano para ayudarla a arreglarlos. O, peor aún, sería maravillosamente comprensivo.

Pero ella... no podía.

Lucy no lo miró cuando abrió la puerta del taxi.

—Si no te importa, preferiría irme sola a casa.

Tardó un instante en contestar, un segundo en el que le vio librar una batalla interior.

—Si eso es lo que quieres... —claudicó.

«No lo es».

—Sí.

Igual si ponía un poco de distancia, podría poner en claro sus pensamientos. Era tan difícil pensar teniendo a Gideon cerca...

Necesitaba tiempo.

Él dio un paso atrás, liberándola del debate interno sobre si le gustaría o no que insistiera.

—Escríbeme cuando llegues a casa.

—Bien.

Esperó a que se hubiera subido al taxi para decir:

—Nos vemos el sábado.

## Capítulo 10

Gideon consiguió llegar al miércoles. Tres largos días en Seattle mientras se reunía con el primero de los posibles candidatos para uno de sus clientes. El tío era un genio de la publicidad, aunque había resultado ser un espíritu demasiado libre para el cliente de Gideon, bastante serio. No es que ese detalle pudiera dar al traste con la negociación, pero había que tenerlo en cuenta.

Se quitó la chaqueta del traje y miró el teléfono. Lucy no había llamado ni había escrito después del breve mensaje informándole de que ya estaba en casa, y él se había marchado de Nueva York decidido a darle el espacio que obviamente quería, pero tres días fuera de la ciudad no le habían aportado claridad.

Lo que estaba era huyendo.

Ver a Jeff la había destrozado, eso podía comprenderlo, y no quería derrumbarse delante de su ex. Lo respetaba.

Pero a él lo estaba dejando fuera.

Tiró la chaqueta sobre la cama y marcó su número antes de que pudiera pensar en todas las razones que certificaban que era una mala idea. No lo había reclutado para que la ayudase con sus problemas, sino para que le encontrase un esposo y le diera lecciones de sexo.

«Pues lo siento por ella. Me ha buscado y me ha encontrado».

—Lucy Baudin —contestó.

—Hola.

Hubo una pausa larga.

—Hola, Gideon.

La incomodidad que se instaló en su conversación antes de que hubieran intercambiado media docena de palabras fue asquerosa, y si no hacía nada

para impedirlo, iba a llegar a ser dolorosa. Inaceptable. Nunca se había tropezado con un desafío que no estuviera dispuesto a enfrentar, y aquella simple conversación no iba a ser menos.

—¿Qué tal te va la semana?

—Larga, y solo es miércoles. Uno de mis clientes está siendo muy difícil, y estoy teniendo que dar muchas vueltas solo para ayudarlo, lo cual hace que todo sea un reto aún mayor.

—Encontrarás la solución.

—Siempre lo hago.

Se dejó caer en la silla que había junto al escritorio. Lucy se mantenía distante, educada, pero no había nada de la intimidad que habían empezado a construir. Ni siquiera se había dado cuenta de esa dulzura hasta que desapareció.

«Un modo de volver a ponerlos a ambos en tierra firme».

—¿Estás en casa?

—Sí. Aquí ando, con Garfunkel y revisando las cuentas del cliente con el que estoy trabajando ahora. Y tomándome una copa de vino. Esta clase de investigación necesita vino.

—Por supuesto —se recostó en la silla y se quitó los zapatos—. ¿Qué llevas puesto?

Su risa sorprendida fue música para sus oídos.

—¿Sexo telefónico? ¿En serio, Gideon? ¿No es un poco infantil?

—Ya hemos tenido esta conversación.

—Supongo.

—Ahora que lo pienso, no me digas lo que llevas puesto. Enséñamelo. ¿Tienes el ordenador a mano?

—Siempre.

—Dame dos segundos.

Encendió su ordenador y se conectó a internet. Unos cuantos comandos después, estaba comunicado con Lucy en una videollamada.

Ella contestó con cierta inseguridad.

—Ahora puedo colgar, ¿no?

—Sí.

Dejó el teléfono y se puso cómodo. Estaba sentada en el sofá, rodeada de expedientes sobre los que descansaba su gato, y llevaba un top ajustado y un pantalón corto de pijama. La parte de arriba era lo bastante fina como para

dejar entrever la sombra de sus pezones a través del tejido blanco y los pantalones cortos se ahuecaban a la altura de las ingles de un modo que se le hacía la boca agua.

—Hola.

—Hola —contestó con suavidad—. Bonita camisa.

—Gracias —se aflojó la corbata y la lanzó sobre la cama—. Tengo que dar el perfil, aunque este tío no es precisamente formal. Le encanta la franela, la gomina y los vaqueros ajustados.

—¡Pobre Gideon! —se rio—. Estarías guapísimo con una camisa de franela, pero te prefiero sin barba. Me reservo el juicio sobre los vaqueros ajustados, aunque ofrecen interesantes posibilidades.

El pene se le puso duro como una piedra al comprobar el deseo que calentaba su expresión, pero mantuvo el tono ligero.

—Me compraré algo así mientras esté aquí.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé.

Pero quería demostrarle que valoraba sus opiniones. Jamás había tenido una camisa de franela, pero si a Lucy le parecía que podía gustarle, se compraría una. Notó las dudas en su lenguaje corporal y redirigió la conversación.

—¿Siempre te vistes así para estar en casa?

—¿Esto? Sí, supongo —se encogió de hombros—. Es cómodo.

—Es sexy que te mueres —dejó el ordenador sobre el escritorio y se inclinó hacia delante—. Bájate los tirantes. Quiero verte.

—¿Ahora? —miró a su alrededor, casi como si esperase que saliera de un armario o algo así. Se quitó un mechón de cabello oscuro de la cara—. No sé si estoy preparada para esto.

Era muy posible que no lo estuviera, pero si no quería hablar con él, mantendría el papel que le había asignado.

—Cierra los ojos —le ordenó, y esperó a que lo hiciera—. ¿Cómo te sientes cuando sacas de la ecuación todo lo que crees que deberías sentir?

—Bien. Entonada —dudó—. Algo intimidada. Es distinto cuando estás aquí conmigo, tocándome. No hay sitio para tener conciencia de mí misma.

—Yo llevo cinco días largos de cojones pensando en todas las cosas que quiero hacerte cuando volvamos a estar solos.

—Cosas... —se humedeció los labios. Era uno de los signos. Ah, sí, le gustaba cuando dejaba de acordarse de las razones por las que no debía.

Él siguió hablando en voz baja e íntima.

—¿Sabes esa salida que tenemos que hacer a comprar lencería? He estado pensando en sentarme allí y verte salir del probador con uno de esos conjuntos. Igual me haces sufrir haciéndome esperar.

—Es probable —contestó, y con un solo dedo se bajó despacio un tirante y después el otro. La curva superior de sus pechos retuvo el tejido y él tuvo que morderse los labios para no dejar escapar un juramento.

—Exactamente así. Ya sabes lo mucho que lo deseo, que te deseo, pero creo que tienes algo de sádica, porque te gusta hacerme sufrir. Volverme loco.

—Sí —sonrió—. Eres siempre tan ordenado, tan comedido... me gusta ver qué pasa cuando saltan las correas.

Y a él le gustaba que le gustase. Se pasaba la mayor parte de sus días consciente de cómo se presentaba a todo, desde su tono de voz, su aspecto y su forma de caminar, podían ser interpretados por clientes y posibles representados. Nunca se permitía relajarse, porque incluso en un entorno social, nunca se sabía quién podía estar mirando.

Pero en aquel momento, no había nadie allí, nadie excepto Lucy y él.

—Si yo estuviera allí, te bajaría un poco más el top ese. Sí, así —con la boca seca vio cómo se lo bajaba justo por debajo de los pezones, y después, del todo—. Exactamente así.

—Esto suena tan sucio... —abrió los ojos y apretó los labios—. ¿Tú harías...?

—Dime lo que quieres y es tuyo —ansiaba sus palabras tanto como su contacto. Lo segundo iba a estar fuera de su alcance durante unos días, pero lo primero... lo primero se lo dio tras un breve instante de duda.

—Desabróchate la camisa —se inclinó hacia delante y sus pechos botaron un poco—. Me encantan tus hombros. Los trajes no dejan ver lo musculados que los tienes, y verte sin camisa es como un regalo de cumpleaños.

Se incorporó para poder quitarse la camisa y dejarla caer al suelo. Se miraron el uno al otro durante unos segundos, Gideon bebiendo de ella, y Lucy parecía hacer lo mismo. Habló en cuanto vio aparecer la duda en sus ojos azules.

—Me parece que tus pechos necesitan algo. Acarícialos por mí.

Ella obedeció al instante y dio un paso más, pellizcándose los pezones.

—Sí... justo así.

—¿Estás...? ¿Querías...?

Comprendió de inmediato lo que quería decir.

—¿Quieres mi pene?

—Sí. Enséñamelo.

Se revolvió un poco, acariciándose con más intención los pechos.

Inclinó la pantalla del ordenador para que la cámara recogiera su mitad inferior. Se movió despacio, provocándola, y se desabrochó los pantalones para sacar su pene erecto, que acarició lentamente, lo que le valió un gemido de Lucy.

—Te gusta.

—Me gusta mucho.

—Quítate los pantalones. Quiero ver cómo te acaricias ese precioso coño hasta que te corras para mí.

Aquella vez no dudó: soltó los pechos y se quitó los pantalones.

Él volvió a acariciarse lentamente.

—Abre las piernas... sí, así. Enséñame cómo te gusta, igual que hiciste la primera vez.

Ella colocó la mano entre sus muslos y separó los pliegues para poner un único dedo en su clítoris. Fue lo más devastador que había visto nunca.

Gideon observaba con avidez, absorbiendo cada detalle y grabándoselo en la memoria. Era una mierda no poder estar allí y tocarla, pero por otro lado lo estaba viendo todo perfectamente y la distancia le hacía apreciarlo de un modo diferente.

Era magnífica, joder.

Tras las primeras caricias tentativas, se rindió a su placer —al placer de ambos— y aceleró el ritmo. Dejó caer la cabeza en el sofá y su cuerpo se arqueó al hundir dos dedos en la vagina.

—Ojalá estuvieras aquí.

—El sábado. Haré que la espera haya valido la pena.

—No sé si hay algo que pueda hacer que la espera haya valido la pena —sus palabras sonaban entrecortadas y sus pechos temblaban a cada exhalación. Consiguió abrir los ojos—. Estoy a punto, Gideon. ¿Y tú?

Él llevaba estando al borde del precipicio desde que se había quitado los pantalones, y solo había conseguido contenerse por pura fuerza de voluntad.

—Yo también lo estoy —dijo entre dientes.

La presión subió en su espina dorsal, sus testículos se contrajeron y el pene siguió inflamándose al ver cómo se acariciaba ella hasta llegar al orgasmo.



Lucy dejó caer de nuevo la cabeza sobre el sofá, pero mantuvo los ojos abiertos mirándolo mientras se lo hacía con una mano. Su respiración se volvió aún más entrecortada.

—La próxima vez... —tuvo que volver a empezar—. La próxima vez, usaremos ese juguetito tuyo. Quiero ver cómo te lo metes, vibrando y volviéndote loca.

—Tú eres lo que me vuelve loca.

Arqueó la espalda y su cuerpo se quedó inmóvil cuando le llegó el orgasmo con su nombre en los labios.

Gideon no pudo contenerse más y se acarició más rápido y con más fuerza. Lucy levantó la cabeza justo a tiempo de ver cómo se corría en varios chorros que le caían sobre el estómago. Gideon vio cómo le marcaba el cuerpo y se preguntó cuándo demonios había pegado aquel cambio su vida. Tan solo un mes antes, se habría echado a reír si alguien le hubiera dicho que iba a participar en una videollamada en la que se iban a masturbar Lucy Baudin y él.

Y sin embargo... allí estaban.

Recogió la camisa para limpiarse con ella y la miró. Lucy se había tumbado en el sofá, y ella lo observaba con una sonrisa somnolienta.

—Tienes esa expresión en la cara.

Sonrió más.

—¿Qué expresión es esa?

—Una que dice que estás teniendo pensamientos sucios.

Y eso le gustaba. Mucho.

—Eso es porque estoy teniendo pensamientos sucios. ¿A qué hora vuelas el viernes? —preguntó sin pararse a pensar.

—Nuestra cita es... —no terminó. Una picazón de placer que nada tenía que ver con el sexo le acometió—. ¿Quieres verme el viernes por la noche?

—Si te parece bien. Sé que estarás cansado.

—Harían falta mucho más que unas horas de avión para que yo estuviera tan cansado como para no verte. Aunque no llego hasta después de las once.

Ella sonrió.

—Le dejaré la llave al portero.

«¡Sí!». Sabía de sobra que estaba leyendo más de la cuenta en esa decisión suya, pero es que era muy difícil no hacerlo. Una frase tan sencilla, más que cuanto habían hecho hasta aquel momento, indicaba su confianza en él.

—Me pasaré por mi casa para dejar los trastos y me voy para allá.

—Perfecto —se estiró—. Gracias por eso, Gideon. Por todo.

Era curioso, pero tenía la sensación de que debía ser él quien le diera las gracias a ella. Llevaba dejando pasar mucho tiempo y, para mal o para bien. Lucy lo había despertado. Quería seguir hablando con ella, pero un rápido vistazo al reloj le hizo darse cuenta de que eran bastante más de las diez en la costa este.

—No dejes que esos expedientes te tengan despierta mucho tiempo.

—Creo que ya he terminado por hoy —tiró de los pantalones y se volvió a colocar cómodamente como estaba antes—. Es que he recibido una llamada de un tío guapo que hablándome me ha hecho llegar al orgasmo, así que ahora estoy muy relajada. Voy a darme una ducha y me meteré en la cama para leer un rato. Uno de mis autores favoritos ha sacado un libro y tengo muchas ganas de leerlo.

«Ojalá estuviera allí». No volvió a decirlo. Una cosa era decir esas palabras mientras se hablaba de sexo y otra completamente distinta pronunciarlas en aquel momento, cuando el deseo se había enfriado.

Pero era la verdad.

Le encantaría estar allí para acompañarla a darse una relajante ducha, charlar un rato de naderías mientras se preparaban para acostarse, meterse en la cama los dos, ella para leer su libro y él para contestar los últimos correos del día. Deseaba tanto poder hacerlo que la necesidad casi le impedía respirar.

Pero no podía decir nada de todo eso sin asustarla.

—Tendrás que contarme de qué va cuando nos veamos.

Lucy lo miró extrañada.

—¿Quieres que te hable de mi libro?

—Claro.

No solo porque era algo que a ella le interesaba y que le apasionaba, lo había sido desde que se conocían, pero antes los escondía debajo de un cojín cuando Jeff y él entraban en la habitación. Jeff siempre hacía comentarios despectivos que camuflaba como bromas, y él debería haber prestado más atención a las reacciones de Lucy ante esos comentarios. Sabía que su amigo era un cerdo, pero no se había dado cuenta de la profundidad del daño que le estaba infligiendo a ella.

—Eres muy amable, pero no tenemos por qué hablar de mi adicción a las novelas románticas.

Mierda... ya estaba otra vez. Se inclinó hacia delante hasta que su cara llenó el monitor.

—No te lo preguntaría si no quisiera saber. Entre nosotros solo sinceridad, ¿recuerdas? Si te interesa, quiero conocerlo. Así de sencillo.

Lucy fue a decir algo, pero lo pensó mejor.

—Tiene sentido.

—Porque es la verdad.

Tuvo que contener su ira. Con fuerza. No era una ira dirigida a ella, y no era justo hacerle pagar a Lucy la ira que sentía hacia sí mismo y hacia Jeff.

—Disfruta del resto de la noche, Lucy.

—Tú también. Y si cambias de opinión respecto a lo del viernes, lo entenderé.

Dios... lo estaba matando.

—Nos vemos el viernes.

## Capítulo 11

Lucy tenía intención de quedarse despierta hasta que llegase Gideon. Estaba segura de que los nervios la mantendrían alerta hasta su llegada, pero no había contado con lo largo que iba a ser el día.

Había empezado a las cinco de la madrugada. Una llamada de la oficina le informaba de que había una clienta nueva que necesitaba atención inmediata. A partir de aquel momento, todo se había ido complicando. La clienta, acusada de blanquear dinero, era de las muy especiales, así que Lucy había tenido que reorganizar toda su agenda para atenderla.

Y para rematar, los socios del bufete la habían arrastrado a la sala de juntas para que informara sobre los avances del caso, de modo que estaba exhausta. Aun así, sus otros clientes no podían quedar abandonados, así que había tenido que trabajar hasta tarde para asegurarse de que todo estuviera preparado para los tribunales el lunes.

Todo ello junto le había generado tal cantidad de cansancio que ni siquiera el último episodio de su drama médico favorito había podido vencer. Los ojos se le quedaban cerrados cada vez más tiempo entre parpadeos y lo siguiente que sintió fue el contacto de unas manos que subían por sus muslos.

Debería haberse llevado un susto de muerte, pero el olor de Gideon la envolvió, relajándola incluso antes de estar totalmente despierta.

—Puedo caminar —dijo cuando él la tomaba en brazos para levantarla del sofá.

—Sí, ya.

Caminó por el pasillo sin encender ninguna luz y entró en su alcoba. No había dejado ninguna luz encendida en su habitación, y Lucy lo lamentó cuando Gideon la dejó en la cama y se desnudó con movimientos rápidos y eficientes. Ella iba a hacer lo mismo pero él se le adelantó y le quitó la camiseta grande

que llevaba. Como le estaba esperando, no llevaba nada debajo.

Oírle contener el aliento fue una recompensa en sí mismo.

—Eh —murmuró, deslizando una mano por su pecho.

—Eh —respondió él, guiándola a la cama. Rápidamente se puso un preservativo y se colocó sobre ella—. Parecías muy cómoda en el sofá.

—Y lo estaba —con las piernas le rodeó la cintura y lo beso en el cuello—. Así está mejor.

—Estoy de acuerdo.

Hundió las manos en su pelo y acercó su boca para besarla perezosamente, como si no tuviera ni idea de la necesidad que ella ya sentía crecer en el centro de su ser, una necesidad que solo Gideon parecía capaz de saciar.

—Iba a despertarte de un modo muy especial.

—Mmm... —respondió, colando una mano entre sus cuerpos para acariciarlo—. Este me gusta —colocó su pene en la entrada de su vagina—. Te necesito.

Entró en ella con un único movimiento y volvió a besarla estando los dos tan cerca como era posible estar. La presión creció entre ellos, pero su cuerpo más grande la retenía inmóvil, así que no podía hacer otra cosa que no fuera temblar. Incluso ese mínimo movimiento lanzó su deseo hasta que no pudo retener un gemido de necesidad.

—Gideon, ya...

—Sé que no debería decirlo, pero te he echado de menos un huevo esta semana.

La respiración se le quedó detenida en algún punto entre los pulmones y la garganta. Las palabras que se suponía que debía decir se le quedaron del lado equivocado de los labios. «Eso no es lo que somos tú y yo». Sería lo correcto, pero no era lo que debía decir... ni la verdad.

—Yo también te he echado de menos.

Por fin él comenzó a moverse contra ella. No era suficiente, pero la excitó aún más. Intentó arquear la espalda y luchar contra el peso de su cuerpo, y aunque no lo logró, cada segundo de la batalla fue magnífico.

—¡Más!

—Eres muy exigente —murmuró junto a sus labios—. He esperado siete largos días para volver a estar dentro de ti, y pienso tomarme mi tiempo para disfrutarlo —desplazó la boca por su cuello, y su barba de dos días le raspó sin herirla—. Me gusta tenerte así.

—¿Furiosa?

Él se rio, y el sonido reverberó en su cuerpo.

—Necesitada. Deseosa. A punto de suplicar.

—¿Lograría algo si suplicara?

Sus labios le rozaron el lóbulo de la oreja.

—No.

Lucy se estremeció. Era demasiado bueno, y quería más. Pero Gideon tenía razón. Estaba disfrutando cada segundo. Sus cuerpos húmedos del sudor que producía el movimiento que él seguía ejecutando y que la acercaba cada más al precipicio. Su pelvis estaba creando una fricción deliciosa contra su clítoris, y se descubrió hablando sin tener intención de hacerlo.

—Qué maravilla, Gideon. No te pares. No te pares nunca —apretó sus nalgas con las manos y disfrutó de oírle gemir en su cuello—. Me gusta...

—Lo sé.

Gideon deslizó una mano a la altura de sus omóplatos y la otra la puso debajo de su cabeza. Creía que estaban tan pegados como podían estarlo dos seres humanos, pero él le demostró que se equivocaba. Lucy estiró las piernas para enganchar los pies en sus gemelos, aferrándose a él, y Gideon la besó como si no pudiera hacer otra cosa. Su lengua la acariciaba, se hundía hasta el fondo, lo mismo que quería que hiciera con lo demás. Justo cuando se adaptaba a su ritmo él se detenía y al instante volvía a empezar. La estaba volviendo loca.

Y lo sabía. Siempre sabía exactamente hasta qué punto estaba cerca del precipicio.

Gideon comenzó a moverse. Sus caderas repitieron los mismos movimientos que su lengua había ejecutado antes, acariciando y retirándose para después volver a empezar.

Ella no podía pensar, no podía moverse, ni siquiera podía respirar. Toda su existencia se concentraba en los lugares en que Gideon acariciaba y en el punto en que estuviera su pene. La presión crecía y crecía, transformándola en una criatura salvaje incapaz de albergar otro pensamiento que no fuera la llegada de su orgasmo.

El éxtasis la golpeó como un tren a toda velocidad y dejó escapar un grito que no sonó humano. Lo único que pudo hacer fue agarrarse a él hasta que sus movimientos se tornaron más duros y eléctricos, y su propio orgasmo llegó. Se dejó caer un poco a su lado, pero sujetó su pierna para colocarla sobre su

cadera y no separare.

—Menudo despertar —musitó ella mientras su latido recuperaba la normalidad.

—Cuánto me alegro de verte, Lucy.

Un comentario muy educado, teniendo en cuenta la postura que tenían en aquel momento. «Creo que prefería lo de que me echabas de menos».

Con la bendición del orgasmo aún nublando su juicio, no pudo bloquear el pensamiento que puso en palabras y que traspasó la línea que habían trazado en la arena.

—Quédate.

—¿Qué?

—Quédate —repitió, acariciándole un brazo—. Es casi de madrugada y no tiene sentido que busques un taxi para volverte a tu casa y tener que salir de nuevo dentro de unas pocas horas. Quédate... aquí, conmigo.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

No había un solo matiz en su voz que revelase lo que deseaba él.

—Sí. Si tú quieres, claro.

«Igual lo he malinterpretado todo».

Gideon le dio un beso devastador y se levantó de la cama.

—Dame un minuto.

—Claro.

Esperó a que entrase en el baño y cerrara la puerta para suspirar, mirando el techo. «¿Qué estoy haciendo?».

Estaba de vuelta antes de que hubiese podido reunir la energía necesaria para empezar a hacerse preguntas. Gideon agarró el edredón y esperó a que ella se colocara para taparlos. Lucy esperó tensa, pero él se limitó a colocarse tras su espalda y a pegarse a ella. A continuación, la besó en la nuca.

—Duerme —dijo.

Le parecía imposible, pero el calor de su cuerpo y la sensación de seguridad que emanaba de estar cerca de su cuerpo hicieron que sus pensamientos se detuvieran. Entre una respiración y la siguiente, se quedó profundamente dormida.

A Gideon le despertó el olor del beicon. Durante un momento de desorientación no supo dónde estaba, pero lo ocurrido la noche anterior

acudió de inmediato a su memoria. Lucy. Su piso. Dormir allí. Se incorporó y se frotó la cara. «Le dije que la había echado de menos y me he quedado a dormir». Tantas buenas intenciones y estaba cagándola del todo.

Tan centrado había estado en sí mismo que no se había parado a pensar cómo estaría ella después de haberse encontrado de nuevo con Jeff. «Eres un cabrón». Pasó por el baño a lavarse los dientes lo mejor que pudo con un dedo y a ponerse los pantalones.

Encontró a Lucy en la cocina, abriendo una serie de envases de comida. Parecía fresca y feliz, el pelo recogido en una coleta baja, mallas negras y un jersey azul del color de sus ojos. Sonrió al verlo.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué es todo esto? —preguntó, señalando la comida.

—Creo que los dos estaremos de acuerdo en que cocinar no es una de mis habilidades, así que he salido un momento a buscar algo comestible —sacó dos tazas de uno de los armarios—. El café sí que soy capaz de hacerlo sola.

—Una habilidad de supervivencia.

—Exacto —le entregó una taza llena y se volvió de pronto, seria—. ¿Podemos tener el día de hoy para nosotros?

Gideon tomó un sorbo del café que prácticamente hervía y la miró. A pesar de que externamente parecía estar tranquila, había una innegable tensión en ella.

—¿Y después de hoy?

—Supongo que tenemos pendiente una conversación, pero hoy tenemos planes y no quiero estropearlos hablando de esto hasta el final. Soy feliz y quiero aferrarme a eso.

Lo cual quería decir que esa conversación no le iba a hacer precisamente feliz. Y al él tampoco. Gideon ya sabía lo que venía a continuación. Había revuelto las aguas presentándose anoche, y lo había llevado un paso más allá quedándose abrazado a ella mientras dormían. No habían vuelto a hablar de lecciones de sexo después de la primera vez, lo cual se suponía que era el objetivo de aquel ejercicio. Y además solo había tenido una cita.

Tenía que solucionarlo.

Preferiría arrancarse un brazo de un mordisco que organizarle más citas, pero le había dado su palabra. Lucy confiaba en él y no podía traicionar esa confianza. No podía volver a hacerlo.

Gideon se obligó a sonreír.



—Claro. Podemos hablar hoy.

Le apetecía tan poco esa conversación como parecía apetecerle a ella, de modo que no se iba a preocupar por pasar unas cuantas horas sin preocuparse en exceso por todo ello.

—Creía que comías hoy con tu hermana —añadió.

—Le han pedido que haga una sustitución y hemos tenido que cancelarlo —sonrió tímidamente—. Sé que habíamos hablado de vernos por la tarde, pero tengo todo el día libre si puedes.

—Yo también estoy libre.

Llevaba toda la semana esperando aquella cita, así que no había programado nada más.

Porque su encuentro era exactamente eso, una cita, aunque Lucy no se diera cuenta. «A lo mejor sí se da cuenta y por eso me está pidiendo que retrasemos la conversación hasta por la noche».

—Genial —respondió, esta vez con una sonrisa brillante—. Entonces, desayuna tú mientras yo me ducho —dijo, y empujó la comida hacia él antes de salir de la cocina con su taza en la mano.

Por un instante pensó en seguirla y hacer que la ducha fuera algo memorable, pero si no se equivocaba leyendo las señales, Lucy necesitaba tiempo. De hecho, así había sido desde que empezaron: daba un paso adelante y necesitaba tiempo para aclimatarse. Y eso podía respetarlo. E iba a hacerlo. Si presionaba demasiado, o demasiado rápido, ella daría un respingo y huiría, y aquella vez no volvería a verla nunca. No era un riesgo que estuviese dispuesto a asumir, en particular en un momento como aquel en el que estaban cerca de algo que podía llegar a ser real.

Si es que ella acababa dando el salto de fe con él.

Desayunó y recogió. Ya no se oía el correr del agua en la ducha, así que se llevó la bolsa que traía el día de antes al dormitorio.

Lucy miró desde la puerta del baño. Se cubría con una esponjosa toalla que, aunque escondía sus curvas, dejaba al descubierto hombros y pantorrillas, algo que a él le llenó de deseo por tocarla.

—No pasaste ayer por tu casa, ¿no?

—No —corroboró. No tenía sentido negarlo. Quería verla —necesitaba verla, y los cuarenta minutos que le habría costado ir hasta su casa eran demasiado—. ¿Te importa si uso tu ducha?

—Claro que no. Toda tuya.

Se duchó rápidamente y pensó que estaría bien tener tiempo para afeitarse, pero al fin y al cabo no iba a ver a nadie de su ámbito profesional. Se detuvo delante de la maleta. Lucy llevaba ropa desenfadada antes, y quizás se sintiera incómoda si él se ponía el traje del día anterior.

Y además, se lo había prometido...

Cuando lo vio salir del baño, se quedó paralizada.

—Tú... perdona, es que creo que nunca te había visto antes así, desaliñado, ni siquiera en la universidad.

Él se miró. Llevaba vaqueros de diseño y una camisa de franela encima de una camiseta blanca.

—No voy desaliñado.

—Sí que lo estás —se acercó sonriendo—. Podrías estar en el porche de una casa de montaña, con una taza de café humeante en las manos mientras contemplas lo que sea que contemplen los leñadores —deslizó las manos por su pecho y sus hombros—. Me gusta.

—El desaliño me queda bien.

—No hace falta que lo digas con voz tan ronca —se rio, inclinándose hacia él durante una fracción de segundo, pero retrocedió—. Cuando quieras, nos vamos.

Llevaba una variante de lo que se había puesto antes: mallas oscuras, una camiseta negra larga, un jersey suelto y botas altas. «Desaliño» no era una palabra que utilizaría para describirla, pero con el pelo cayendo en ondas sobre los hombros parecía relajada. Serena.

Y a él le gustaba.

Gideon se calzó y salieron.

Una vez en la calle, Lucy se detuvo en la acera.

—Hace un día estupendo.

Una pista tan evidente no se le escapaba ni a él.

—Podemos ir caminando. Son unas cuantas calles.

—¿Seguro? No hemos hablado de qué otros planes tenías para hoy y...

—No hay otros planes —cortó—. He trabajado toda la semana para tener el día libre para ti, Lucy.

—Ah, bueno... eh... —miraba para todos lados menos a él—. Lo siento... es un poco raro, ¿no? No me lo ha parecido cuando te lo sugerí antes, pero creo que el sentido común ha acudido al rescate.

—Más bien los nervios —respondió, poniéndole una mano en la espalda—.

Camina conmigo, Lucy. ¿Qué puede tener de malo?

## Capítulo 12

¿Qué puede tener de malo?

Lucy se obligó a mirar a Gideon. Su expresión era más abierta de lo que lo había visto nunca, invitándola a dar el primer paso con él. El primer paso ¿para qué? Sugerirle que pasaran el día juntos le había salido sin pensar, pero mientras se duchaba, la importancia de lo que le había ofrecido, de aquel plan, había crecido hasta alcanzar proporciones épicas.

Parecía una cita.

Y se suponía que no debía salir con él, sino con los hombres que él le seleccionara.

Gideon no parecía particularmente preparado porque hubieran salido de los límites de su relación acordada. Es más, le ofreció un brazo, el gesto tan antiguo y tan propio de él.

—¿Qué tal te ha ido el viaje? Aparte de sufrir estando en una ciudad llena de espíritus libres, claro. ¡Pobrecito!

—Es muy fácil hablar desde aquí, segura en Nueva York. La gente de aquella costa no se parece en nada a la nuestra. Ellos charlan —fingió un escalofrío—. No durarías dos días.

—Al contrario. No soy ni tan antisocial ni tan borde como tú. Me iría bien.

—Ha sido un viaje productivo. Una de las personas que iba a proponer ha estado de acuerdo, y he conseguido encontrar una segunda opción en Portland. Las dos ciudades están llenas de genios de la tecnología, así que si puedo traerlas a las dos aquí, tendrán trabajo esperándolas.

Un aguijón de algo parecido a los celos se le clavó en la garganta. Se había pasado una semana entera en interminables reuniones entre Seattle y Portland, y muchas de esas personas con las que se había reunido eran mujeres. No tendría que importarle. No tenía ningún derecho sobre él. Podían ser fieles el

uno al otro por ahora, pero lo suyo tenía una fecha de caducidad muy próxima. Y si le apetecía tener algo con una de esas mujeres, o con las dos, ella no tenía derecho a molestarse por ello.

Aunque saberlo no cambiaba el hecho de que le doliera el pecho al imaginárselo.

—Maisey Graham se casó con su novio del instituto un mes después de graduarse y él tiene negocio propio, así que cambiar de ciudad no es inviable para ellos. Jericha Hurley cumplirá dieciocho en dos meses y es un genio, así que hay un montón de empresas compitiendo por su atención.

«Lo sabe». El dolor del pecho empeoró.

—No es asunto mío.

—Sinceridad, Lucy.

No quería ser sincera. Lo que quería era esconder la cabeza en la arena. Cruzaron la calle y siguieron andando mientras ella intentaba aislar el verdadero problema. «Es fácil —me pone celosa imaginarlo con otras mujeres». Imaginarlo manteniendo largas reuniones, seguramente los dos solos, al otro lado del país...

—No es que piense que no vas a mantener tu palabra.

—Pero el temor sigue así —le apretó la mano—. Eso no es algo que se supera así como así.

Quizás debería haberlo hecho ya. Si hubiera puesto la mitad de esfuerzo que había invertido en su carrera en empezar a salir, lo habría superado ya. «O quizás ni siquiera me habría importado». No había modo de saberlo, y ya era irrelevante.

—Tenemos que arreglar esto —dijo Lucy

—¿El qué?

—Es un problema. No puedo casarme con alguien si la mera idea de que puedan estar a solas en una habitación con una mujer me va a meter en una espiral de celos. Son todos hombres de negocios, así que esa clase de situación va a ser habitual. No hay modo de evitarlo —se quedó dándole vueltas a la idea en la cabeza—. Podemos empezar en la tienda de lencería.

Guideon la dirigió hacia la fachada para no que no se quedaran en medio del tráfico de peatones y la sujetó suavemente de los hombros.

—Basta, Lucy.

—No utilices ese tono conmigo, que no estoy loca.

—Todo en esta situación está desquiciado. No, no te pongas a la defensiva,

que tengo razón y lo sabes, y yo estoy aquí por mi propia voluntad, participando —parecía que quisiera imbuirle el buen juicio—. Me estás pidiendo que... ¿qué? ¿Qué tontee con alguien delante de ti? ¿O algo más?

«¿Más?».

Todo su cuerpo se revelaba ante la posibilidad de que Gideon pudiera hacer algo más con otra persona. «Estoy fuera de control».

—Si eso es lo que hace falta...

—No —espetó.

—¿Perdón?

Gideon negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Si se te ocurre escoger a alguno de esos idiotas y flirtea con otra mujer delante de ti, o a tus espaldas, se acabó, Lucy, ¿me oyes? Esto no es normal, y nadie que respete a su compañera estaría dispuesto a ponerse en una situación semejante. Yo ni siquiera miraría a otra mujer si estuviera contigo, estando tú delante o sin estarlo.

—Pero...

—Pero nada. Hay un montón de zonas grises en las relaciones, pero esta no es una de ellas. A menos que haya circunstancias extremas en las que ambas partes estén de acuerdo, debe haber una línea clara que ninguno de los dos debe traspasar.

Ella lo miró fijamente. Todo aquello era teoría, una especie de prueba, pero él hablaba como si se tratara de un ataque personal. «Porque lo es». No sabía qué hacer, así que le rodeó la cintura con los brazos y se pegó a él.

—Lo siento.

Gideon murmuró entre dientes pero la abrazó también.

—No hay de qué disculparse.

—Estoy borrando las líneas.

En realidad ya no sabía dónde estaban. Tener sexo era una cosa, aunque ella lo había disfrutado tanto que no había logrado prestar atención a lo que fuese que él le quisiera enseñar. En la que iba a ser su segunda cita estaba más excitada por castigarle a él que por conocer a su pareja.

Y ahora, se ponía celosa.

—Habla de ello esta noche —dijo él, abrazándola con fuerza para después separarse y tomar su mano—. Vamos.

Lucy no sabía si esa conversación iba a ser enriquecedora o temible. Al sacar el tema, se engañó diciéndose que lo tenía todo bajo control. Apenas

llevaban veinte minutos de aquel nuevo día y ya había metido la pata media docena de veces, así que lo más probable era que Gideon la sentara y le explicase hasta qué punto había estado fuera de sí últimamente.

«Olvidalo. Ya te obsesionarás con cada palabra, con cada roce y con cada significado esta noche, cuando se haya ido».

Increíblemente eso le hizo sentirse mejor. O quizás fuera por caminar de la mano por la calle. Dos bloques más allá, la hizo detenerse frente al escaparate de lencería de una tienda.

—¿Sí?

El escaparate era una mezcla perfecta de buen gusto y sensualidad. Los maniquís se reclinaban en un sofá, dos de ellos con *bustiers* en tonos joya, pantaloncitos masculinos con volantes, ligeros y medias. Una llevaba un chal de encaje que parecía sacado de una película antigua en blanco y negro.

No podía esperar a meterse en el probador con Gideon.

Apenas entraron en la boutique, un torbellino de vendedora lo condujo a él a una zona privada de probadores y se llevó a Lucy.

El diseño del lugar estaba bastante bien pensado. Cada una de las tres puertas conducía a una pequeña zona de descanso y a un probador, todo ello diseñado para crear la sensación de un entorno íntimo para comprar la ropa más íntima.

De lo que no estaba seguro era de si aquel era el momento idóneo para jugar con la fantasía de Lucy de tener sexo en un probador. Era su intención en un principio, pero teniendo en cuenta la conversación que habían mantenido de camino a la tienda, las cosas habían quedado en aire. Ya la había presionado lo suficiente quedándose a dormir, y el hecho de que ella diera síntomas de celos era señal de que lo suyo iba más allá de la atracción sexual, pero era obvio que la desequilibraba y le hacía sentirse incómoda.

Se recostó y se pasó una mano por la cara. No sabía qué hacer. Su carrera se basaba en su capacidad de leer a la gente y de encontrar perfiles que encajasen, pero en lo tocante a Lucy, era como andar a tientas en la oscuridad. Se sentía como en el instituto, intentando expresar interés sin quedar en evidencia y sin pasar a ser el hazmerreír de todos.

Aunque las apuestas eran mucho más fuertes, claro.

La vendedora había metido a Lucy en el probador con tanta rapidez que no

había visto más que un fogonazo de colores brillantes en las perchas antes de que se cerrara la puerta. La empleada, una gótica que debía medir un metro cincuenta, salió unos segundos después. Llevaba mechass púrpura y un aro en el labio.

—Si necesita otra talla o si se quiere probar otra cosa, dígamelo —ofreció—. Ahí hay un botón para llamarme. Si no, les dejaré solos.

—Gracias —contestó la voz de Lucy.

La vendedora se acercó a él.

—Una mujer muy especial.

—Sí —no le estaba diciendo nada que no supiera ya—. Gracias.

—Si necesita algo, dígamelo. Tenemos café y agua.

Esperó un segundo y luego se marchó.

Gideon esperó repiqueteando con los dedos en la rodilla.

Y siguió esperando.

Cinco minutos después su paciencia se había agotado, así que se levantó y fue a la puerta del probador.

—Lucy.

—¿Sí?

Parecía intranquila.

—¿Necesitas ayuda?

—No.

Se quedó mirando a la puerta con ganas de abrirla, pero no lo hizo y Gideon suspiró.

—¿Hay algún problema?

—No. Sí. No sé. Es que me siento muy ridícula.

Consideró y descartó varias respuestas, pero ninguna valía la pena como para ponerlas en palabras.

—Abre la puerta.

—No importa, Gideon. Ha sido una idea absurda. Deja que me cambie y hacemos otra cosa.

—Abre la puerta —repitió.

Oyó sus pasos acercándose y contuvo el aliento. Cuando la puerta se abrió, la imagen de sus fantasías se le apareció ante los ojos. Llevaba unas medias muy transparentes sostenidas por un ligero color esmeralda. Su encaje decorativo casi ocultaba el hecho de que las braguitas no dejaran nada para la imaginación. Y el *bustier* era una obra de arte que ofrecía sus pechos detrás de



un delicado encaje que enmarcaba sus pezones como por accidente.

—Estás arrebatadora.

Ella puso los brazos en jarras, los dejó caer y acabó cruzándolos.

—Arrebatadora es una palabra fuerte.

—Encaja a la perfección —entró y cerró la puerta a su espalda, incapaz de apartar la mirada de ella—, pero si no te gusta, tenemos divina, exquisita y fascinante.

—¿Es que llevas un diccionario en el bolsillo?

—No lo necesito.

Hizo que descruzara los brazos para poder verla. Como con todo lo referido a ella, estaba aún mejor de cerca. Acarició sus costados y pasó un dedo sobre el ligero. Lo que descubrió le hizo arrodillarse delante de ella.

—Llevas las braguitas encima.

—Eh... sí —se sonrojó—. Ya había decidido quedármelo por el color, así que quería todo el efecto.

Solo había una razón por la que llevar las braguitas por encima del ligero, y era para poder quitárselas sin tener que desprenderse del resto de la lencería.

Metió dos dedos por dentro del elástico y la miró a la cara.

—¿Sí?

—Sí.

La palabra fue apenas un movimiento de aire entre ellos.

Se las bajó tomándose su tiempo.

—Esto te lo regalo yo. Y no me discutas.

—Es carísimo.

Él se agachó y ella levantó primero un pie y luego otro para poder quitárselo del todo.

—Vale hasta el último céntimo de su precio.

El ligero enmarcaba su coño a la perfección, un ofrecimiento al que no habría podido resistirse aunque lo intentara, y desde luego no estaba interesado en intentarlo. Se colocó una pierna encima del hombro, una postura que la dejaba por completo a su merced.

—Solo probar.

## Capítulo 13

En el primer roce de la lengua de Gideon, Lucy olvidó todas las razones por las que aquella idea era cuestionable. Dejó de importarle. Lo único que importaba era su lengua describiendo círculos en su clítoris, como si tuviera todo el tiempo del mundo y no estuvieran en un lugar público.

Un lugar público en el que cada gemido y sonido podía ser oído por alguien que estuviese en el probador de al lado.

Se estremeció y oleadas de calor le recorrieron el cuerpo al pensar en que alguien podía estar escuchando. Que alguien podía saber lo que estaban haciendo. Que alguien pensara que Gideon se había excitado tanto que no podía esperar a llegar a casa.

Que tenía que poseerla en aquel momento, allí mismo.

Su mirada oscura se encontró con la suya.

—¿En qué estás pensando?

Estaba pensando que quería más. Quería ser sucia. Quería romper las reglas.

Tiró de sus hombros. Gideon se levantó sin decir una palabra y dejó que lo llevara a sentarse en el banco que estaba pegado a la pared del probador. En silencio vio cómo ella le bajaba la cremallera del pantalón y se sentaba sobre él. Sacó del bolso un preservativo y se lo colocó. Él abrió la boca, pero ella le puso un dedo sobre los labios.

Sus ojos brillaron al comprender lo que quería y una sonrisa perezosa hizo que su vagina se contrajera. Lucy le guio y se unieron.

—Alguien podría oírnos —le susurró al oído.

—Sí —la palabra fue solo un susurro. Tiró del *bustier* hacia abajo y le desnudó los pechos—. Espero que hayas cerrado la puerta. Como llame, se abrirá y le daremos el susto de su vida.

Sus pezones se endurecieron al imaginárselo. Daba igual que supiera con certeza que la puerta estaba cerrada. Se agarró a los hombros de él y empezó a moverse. Cada vez que se levantaba hasta que su pene estaba a punto de salirse, sus pechos le rozaban la boca y él los besaba, primero uno y luego otro.

Movimiento. Beso. Movimiento.

—Mira qué preciosa eres —dijo, girándole la cara para que se viera en el espejo.

Qué cuadro formaban. Él totalmente vestido, a excepción de su pene, que aparecía y desaparecía entre sus piernas. Ella casi desnuda, montándolo, su piel arrebolada de deseo. No podía dejar de mirar sus manos, de ver su cara mirándola a través del espejo.

—Somos preciosos.

Entonces le giró la cara para que lo mirase a él.

—Fóllame. Métete mi polla, pero no hagas ruido o Agnes nos oirá.

Sus palabras desataron un orgasmo que se había ido construyendo desde el momento que le había quitado las bragas. Lucy hundió la cara en su cuello y trató de ahogar el grito cuando se corrió. Gideon la hizo sentarse en el banco y cambió de posición: ella sentada, él de rodillas, su pene aún metido en ella.

Manteniendo sus piernas abiertas la folló. Lucy tuvo que agarrarse al borde del banco para evitar golpearse contra la pared con la fuerza de sus acometidas. Gideon no dejaba de mirarla, sus ojos llenos de algo que no podía identificar. Una expresión casi de dolor apareció en su rostro al correrse ahogando un juramento, aún moviendo las caderas, como si no quisiera parar.

Lucy se dejó caer contra la pared y se miró en el espejo. Gideon encorvado delante de ella, los ojos desorbitados.

—A tu casa. Ahora.

—Podríamos...

Pero no continuó. «A mi casa». A pesar del sexo que acababan de tener. Deseaba más. Quería sentir su piel contra la suya, tener el sabor de Gideon en la boca. Lo quería todo.

Asintió.

—A mi casa.

Iba a terminar de quitarse el *bustier* pero Gideon lo hizo por ella, lo dobló y lo dejó cuidadosamente sobre el banco. Luego hizo lo mismo con el ligero, las medias y las braguitas.

Le acarició las piernas y Lucy contuvo el aliento y arqueó la espalda. Vio cómo se dilataban sus pupilas, lo cual fue una recompensa en sí mismo.

—Vístete —dijo, levantándose.

Recogió la ropa y salió.

Permaneció sentada un momento más, hasta que logró reunir la energía para moverse. Menos mal que él se había contenido, o no habrían salido de aquel probador durante horas.

Se vistió rápidamente y se miró al espejo. Mejillas sonrojadas, ojos brillantes, piel húmeda. Estaba claro que Gideon y ella no habían estado rezando tras la puerta. Empezaba a ser una costumbre, y no es que le importase. Le ponía el gusanillo de saber que había gente que podía llegar a oírlos.

Y le gustaba aún más estarlo experimentando con Gideon.

Se quedó parada. Allí estaba. Lo que había tratado de no pensar desde su primera cita, incluso desde antes de su primera cita, si era sincera consigo misma. Siempre había habido una atracción palpitando entre ellos, aun cuando estaba con Jeff, pero se había asegurado de que no se notara porque tenía una relación.

Porque Gideon era un amigo, y si algo ocurría entre ellos, lo perdería.

Ahora Jeff no estaba entre ellos, y sus sentimientos hacia Gideon eran mucho más complicados. Había lujuria, desde luego. Su cuerpo deseaba el suyo como nunca antes le había ocurrido.

Pero es que había... sentimientos.

Se obligó a despertar. No importaba si había sentimientos o no. Ella había expuesto los términos y él los había aceptado. Cambiar las reglas sin decírselo sería perderlo, y no había recorrido tanto camino para fracasar ahora. Lo había echado terriblemente de menos aquellos últimos dos años, y la idea de volver a su vida sin él era como si se abriera un agujero en su pecho.

Gideon no era de los que se quedaban. Habían cambiado muchas cosas, pero no podía permitirse creer que eso hubiera cambiado también. Algún día sentaría la cabeza con la mujer adecuada, pero aún no había llegado ese momento. Aunque quisiera intentarlo con ella por su bien, lo suyo se autodestruiría más tarde o más temprano.

Se mirara como mirase aquella situación, el resultado final era el mismo: si cambiaba las reglas ahora, lo perdería. Pero si continuaba con el plan original hasta el final, quedaba una esperanza de mantener a Gideon en su vida.

Y estaba dispuesta a luchar por ello, aunque para lograrlo tuviera que hacerse daño a sí misma.

Respiró hondo y se irguió. «Puedo hacerlo». Abrió la puerta del probador y salió. Gideon estaba justo a la puerta de entrada de la tienda y se dirigió a él, con cuidado de no cruzar la mirada con la de Agnes. No había más gente en la tienda, pero habían estado demasiado tiempo en el probador para hacer otra cosa que no fuera exactamente lo que habían estado haciendo. «Céntrate, Lucy».

—¿A mi casa?

—He cambiado de opinión.

—Ah.

—Esa comida ha estado bien, pero no nos va a sostener para lo que tengo pensado.

Y le dedicó una sonrisa lobuna que la caldeó, aun cuando no quería leer demasiado en sus palabras.

«No nos va a sostener».

—¿Y cuál es el plan? —preguntó, dirigiéndole ella su mejor sonrisa.

Él se la quedó mirando fijamente un momento, casi como si pudiera ver a través de su fachada. Al final asintió.

—Comer. Luego nos iremos a tu casa para terminar lo que hemos empezado.

Entonces no había cambiado de planes, aunque sí iban a dar un rodeo. Intentó que su postura no delatara su desilusión.

—No estaría mal comer algo.

—Bien.

Gideon le puso la mano en la espalda y la guio fuera del edificio. Tomaron la calle sin hablar, ya que ella tenía la cabeza demasiado liada para pensar en conversaciones. Nada de lo que pudiera decir en aquel momento cambiaría la verdad, y el peso de esa verdad amenazaba con mandarla de nuevo a su escondite para parapetarse allí con Garfunkel y los expedientes para los que tenía que sacar tiempo en el fin de semana.

Su destino resultó ser un pequeño restaurante en la segunda planta de un edificio de apartamentos reconvertido. Habían dejado la mayor parte de las paredes interiores y la iluminación era muy suave, de modo que daba la sensación de que, aun siendo de día, allí era de noche. La maîtresse los condujo a una sala que tiempo atrás debió ser un armario, aunque tenía dos puertas y espacio solo para dos en un banco.

Gideon esperó a que ella se sentara para hacerlo él. La maîtresse se marchó y Lucy se dio cuenta de que sonaba una suave música de jazz.

—No sabía que este sitio existiera —comentó, acariciando el áspero tablero de madera.

—Es que es nuevo. Un amigo mío compró el edificio hace un par de años y terminaron de reformarlo hace unos meses. La planta baja está dividida entre una zapatería y una tienda de ropa, y el tercero es privado.

Tendría que echarle un vistazo a la zapatería... iba a girarse para mirarlo pero él habló antes que pudiera hacerlo ella.

—¿Qué ha pasado antes?

—¿Perdón?

—Sabes exactamente a qué me refiero. En el probador estabas perfectamente y ha sido salir, y has levantado un muro entre nosotros.

No quería hablar de eso, pero su gesto le era demasiado conocido. No iba a haber modo de darle esquinazo como no fuera colarse por debajo de la mesa y salir corriendo.

—Tenemos límites claros —suspiró.

—Ajá.

Esa respuesta no le daba pistas sobre qué pensaba al respecto, así que insistió.

—Unos límites muy claros.

Gideon repiqueteó con los dedos en la mesa.

—¿El problema es que piensas que estoy poniendo en peligro esos límites, o son los límites en sí el problema?

Estupendo. Lo había expuesto todo sin tapujos.

—Valoro tu amistad. Sé que podría parecer lo contrario después de que hayan pasado dos años sin hablarnos, pero te he echado mucho de menos durante ese tiempo, y tengo la sensación de que estamos empezando a reclamar el terreno perdido.

—Y no quieres poner en peligro nuestra amistad.

—Exacto.

El camarero les trajo el agua y tomó nota de lo que quería beber.

—El tiempo que hemos pasado sin comunicarnos ha sido tan culpa mía como tuya. Dejé que la culpa me ganara la partida y me imaginé que no querías verme la cara del mismo modo que no querías ver la de Jeff.

—Bueno... no te equivocabas —al menos, al principio.

Se sentía tan herida y estaba tan furiosa y avergonzada que no había querido ver a nadie durante meses. La única persona que no le había hecho caso a eso había sido Becka, e incluso ella había tenido que ir en su busca. Si Gideon lo hubiera intentado en aquella época, le habría dado con la puerta en las narices.

Cuando recuperó fuerzas para volver al mundo, descubrió que sus amigos habían seguido adelante sin ella, lo cual tenía sentido. Había perdido a la mayor parte de sus mejores amigos cuando empezó a salir con Jeff, un síntoma al que debería haber prestado más atención. Él no se había visto afectado por su ruptura y la mayoría de los amigos comunes eran de él, así que se habían quedado a su lado.

En realidad, había sido a Gideon a quien había echado de menos, pero no había sabido cómo localizarlo.

O si debía hacerlo.

«Pero ahora estoy aquí. Ahora estamos aquí».

—De todos modos, me siento como si acabase de descubrirte de nuevo.

—Y no pierdas esa perspectiva —lo dijo casi como si estuviera hablando consigo mismo—. Yo tampoco quiero perderla, Lucy. Yo también te eché de menos. Sigo echándote de menos, la verdad.

Lo miró boquiabierta.

—¿Qué dices? ¡Pero si estoy aquí!

—Sí, ya lo sé —contestó, apretándola contra su costado—, pero no hemos tenido una conversación de verdad desde que pediste que me sentara en tu despacho para que te ayudara a encontrar marido.

Lucy fue a decir que no, pero se quedó pensando.

—Pero hemos... hemos hablado.

Aunque no como lo hacían antes. Había noches en las que Jeff se quedaba dormido, o estaba ocupado jugando al juego de la semana, y ellos dos se sentaban y simplemente charlaban. Hablaban de sus cosas, de sus sueños. Siempre le había parecido lo propio de dos buenos amigos, pero desde que habían vuelto a encontrarse, no habían reestablecido la intimidad que tenían entonces.

Sexo, sí. Intimidad, no.

—Es posible que tengas razón. Lo siento, Gideon. Te he estado tratando como si fueras un gigoló.

—Y no voy a quejarme por eso —se rio—, pero echo de menos nuestra complicidad, Lucy. Quiero que me hagas sitio en tu futuro, sea cual sea.

Entonces fue ella la que se rio.

—Eres tan seguro de ti mismo como lo eras entonces.

—Dos años pueden hacer progresar a una persona, pero no pueden cambiarla.

De eso tenía miedo ella. Había peleado por deshacerse de la mujer tímida que era cuando todavía salía con Jeff, y lo había conseguido casi por completo, si no se reparaba en su ausencia de citas. Pero no podía deshacerse del miedo a ser, en el fondo, aquel animalito asustado que le permitía a su novio decirle cosas horribles y, lo que es aún peor, que se las creía.

—Debería habérmelo imaginado —dijo en voz baja—. Lo dije antes y lo digo otra vez —sabía que Jeff era un cerdo, pero no hasta qué punto. De saberlo, habría intervenido.

Negó con la cabeza.

—Si alguien debería haber visto los signos y debería haber hecho algo era yo. Me dejé convencer, y estuve a punto de casarme con él porque era demasiado terca y demasiado tonta para verle tal como era. Si vamos a repartir culpas, hay mucho que hacer —puso una mano sobre la suya—. Pero no quiero hablar más de Jeff. Ya ha ocupado bastante de nuestras vidas y no quiero darle ni un segundo más.

—Estoy de acuerdo —se acercó aún más—. Tengo la mujer más guapa de todo Nueva York sentada a mi lado en un restaurante. Se me ocurren mil cosas de las que preferiría hablar y hacer que perder el tiempo con un mierda como ese.

Lucy dejó una mano sobre su muslo y disfrutó del modo en que se tensaron sus músculos.

—Se me ocurren un par de cosas que añadir a la lista.

Estaban solos en aquella minihabitación dentro del restaurante. Podían hacer lo que quisieran debajo de la mesa y nadie se enteraría.

—Gideon... —ronroneó, subiendo la mano.

—¿Sí?

—¿Qué has estado haciendo desde que te vi la última vez?

Parpadeó varias veces, como si fuera incapaz de reconciliar la mano que no dejaba de ascender con sus palabras.

—Desde que tú y... pues decidí que ya estaba bien de andar picoteando aquí y allá, y me lancé a por las cuentas grandes de empresas que tenían reputación ya antes de que tú y yo nacióéramos —sonrió—. Como no tenía nada



que perder, decidí probar a llegar a las estrellas.

—Pues te has labrado una reputación impresionante.

Aunque su empresa no tuviera costumbre de encargar a los cazatalentos la búsqueda de personal, habría tenido que vivir debajo de una piedra para no haber oído hablar de Gideon. Suyos habían sido los contactos de varios de los más reputados directivos. Siempre encontraba al hombre o a la mujer perfecta.

«Que Dios ayude a la mujer a la que le eche el ojo. No tendrá ni una sola oportunidad de escapar».

Aquel pensamiento le resultó agrisado en extremo. Quería que fuese feliz... pero imaginarlo con otra mujer le provocaba ganas de lanzar cosas.

«Basta».

«Será tuyo mientras dure».

Pero ¿y si no?

## Capítulo 14

Gideon insistió en el postre, aunque fuera solo por mantener las cosas un poco más. Ella debió pensar lo mismo, porque pidió un postre con un nombre particularmente delicioso.

—Antes has dicho que teníamos que hablar —dijo, enrollando un mechón del pelo de Lucy en su dedo.

—Sí.

Siempre le había gustado la franqueza de Lucy. Aun cuando se sentía incómoda con el tema —como con el sexo— hizo un esfuerzo por no andarse por las ramas y ser tan sincera como le fuera posible. Ahora, casi desearía que hubiera dejado pasar la tarde sin dar por buenas las palabras de aquella mañana. Tendría que haberlo sabido.

—Sí, tenemos que hablar.

—¿Empiezo yo o te arrancas tú?

Aunque se sintió tentado de dejar que empezase ella, era consciente de que eso era cobardía. Sabía lo que quería, y si quería tener una oportunidad, tendría que lanzarse a por ella sin dudar.

—Elígeme —espetó.

Ella parpadeó varias veces.

—¿Perdón?

—Olvídate de los otros tíos de la lista. No podrán hacerte tan feliz como yo, y lo sabes. Te conozco mejor que cualquiera, y encajamos a la perfección en la cama y fuera de ella. Elígeme.

«Te quiero. Siempre te he querido». No lo dijo. Ya había tentado demasiado a la suerte poniendo las cartas sobre la mesa. Si le decía algo así, saldría corriendo antes de que hubiese podido acabar la frase.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo sabes perfectamente. Te deseo. Me deseas. Estamos bien juntos, Lucy, eso no puedes negarlo.

Se esforzó por no tocarla. Acorralarla sería un error, y usar el sexo para nublarle el entendimiento, una cabronada. Si quería tener una posibilidad verdadera, tenía que hacerlo bien.

Lucy se tapó la boca con la mano.

—No sé qué decir...

Se había pasado de la raya. Ojalá pudiera separarse más, pero era imposible, así que sonrió.

—Está bien. Estamos bien.

—Yo creo que no —se pasó las manos por la cara y había tanta desolación en su mirada que el corazón se le rompió—. Gideon, aun con todo lo que nos ha pasado, y con la separación de dos años, eres uno de los mejores amigos que tengo. Te quiero, y no sé lo que haría si volviera a perder tu amistad... pero tenemos diferencias irreconciliables.

—¿A qué te refieres?

Controló su reacción hasta que pudiera escuchar lo que tenía que decir.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has salido con alguien más de unas semanas?

Se quedó inmóvil.

—¿Esa es la vara de medir que vas a usar contra mí? Vale. No he salido con nadie más de unas cuantas semanas. He estado centrado en mi carrera y, antes de eso, en la universidad —movió la cabeza. Estaba a punto de ebullición—. Es absurdo que esperes que encaje con tu limitado historial de citas, pero el mío no puede ser la razón de que no me consideres.

—Eso no es lo que quería decir —se sujetó un mechón detrás de la oreja—. Vale, sí que es eso un poco, pero el asunto sigue siendo el mismo. ¿Qué pasará si me olvido de los demás candidatos y te digo a ti que sí? ¿Piensas casarte conmigo? Porque ese es el objetivo. Incluso si estuvieras decidido a dar ese paso, ¿qué pasaría en unas semanas, en unos meses o en el tiempo que fuera, cuando te aburras... o que Dios no lo permita, conozcas a alguien de quien te enamores de verdad? No, no vale la pena correr el riesgo. Y tú también lo verías así si quitaras la emoción de tu reacción.

Ese era precisamente el problema: que no podía dejar la emoción fuera de la ecuación en todo lo que se refería a Lucy. Nunca había podido hacerlo.

—No voy a hacerte eso.

—Puede que no intencionadamente, pero al final lamentarás que te haya empujado a tomar esa decisión.

Respiró hondo.

—No me estás concediendo mucho crédito, Lucy.

Creía tenerlo todo controlado, y no podía decir nada para disuadirla porque podría utilizarlo como prueba de lo poco preocupado que estaba para esa clase de compromiso, o lo mucho que valoraba su amistad.

«Está angustiada porque siente algo por mí».

Eso lo animó.

Estaba siendo un poco codicioso, pero qué demonios... la idea de que pudiera estar con otro hombre le volvía loco. Tomó su mano. Estaba tensa.

—Me has planteado el peor escenario posible, y lo respeto. Ahora, déjame que yo te pinte otro cuadro.

Lucy dudó.

—Vale.

—Me escoges a mí. Nos casamos y nos vamos a vivir juntos. No ocurre nada malo. De hecho, nuestra calidad de vida mejora exponencialmente. Nos obligamos a tomar un respiro del trabajo cada año y viajamos un poco. Empezamos a trabajar en esa lista que sé que has confeccionado. Construimos un hogar. ¡Hasta puede que lleguemos a tener hijos! Y cada noche, solos tú y yo. Nada más.

Ella esbozó una sonrisa.

—Me gusta cómo has añadido el sexo a mi lista de deseos.

—Es que es importante —respondió, acariciando sus nudillos.

Quería tener la vida que había descrito. Quería poder escribirle un mensaje y salir con ella a cenar después del trabajo para luego volver paseando tranquilamente a casa y hacer el amor en cada superficie disponible. Quería disfrutar de las perezosas mañanas de domingo y de los fines de semana fuera. Quería poder llamarla cuando consiguiera una cuenta importante, o que lo llamara ella para celebrar su victoria en los tribunales.

Lo quería todo.

«¿Y si nos estalla en la cara?».

—¿Y si no? —siguió acariciándole los nudillos—. Pero vamos a plantear otro escenario. Escoges a otro. Nosotros dejamos de acostarnos, pero ya sabes que esa tensión no va a desaparecer. Tu nuevo marido —el término le hacía hervir el estómago— se da cuenta de la tensión y le hace sentirse incómodo.

Porque ocurrirá, Lucy. Aunque el tío esté convencido de que es un matrimonio de conveniencia, le supondrá un problema.

—Pero...

—Confía en mí. Trazará una línea en la arena y te hará escoger de qué lado te quedas.

No le gustaba ver su expresión preocupada, pero no quedaba más remedio.

—Y lo elegirás a él. Tendrás que hacerlo.

El camarero llegó con los postres y los dejó sobre la mesa, vio la cara que tenían ambos y se retiró.

—Yo no... esto es demasiado —dijo Lucy, y con el tenedor pinchó distraídamente su crujiente de manzana—. Acabas de dejarme caer una bomba y ni siquiera sé cómo protegerme le cabeza.

—Entonces, no lo hagas.

—¿Qué dices?

—Que no tienes que tomar una decisión en este instante —apartó su postre—. Pero tienes que dejar de pensar que no soy una opción porque lo soy. Soy la mejor opción, joder.

—Arrogante hasta el final.

—Es que conozco mi valía. Y estoy todavía más seguro de lo bien que nos iría juntos. Lo hemos demostrado de sobras estas últimas dos semanas.

—Una de las cuales ni siquiera estabas en el mismo punto cardinal del país —adujo, pero se relajó apoyándose en su hombro—. Lo pensaré, Gideon. No sé... no sé si puedo prometerte algo más.

—No dejes que te derrote el miedo, Lucy. Ya has viajado antes por ese camino y sabes cómo termina.

El camino de vuelta a casa de Lucy pasó en una nebulosa. No podía quitarse las palabras de Gideon de la cabeza y su presencia a su lado eclipsaba todo lo demás. Lo hacía parecer tan sencillo... la cosa más fácil del mundo. Elígeme.

Pero no era tan fácil.

El cuadro que le había pintado era muy atractivo. Más que atractivo. Ansiaba esa vida, ansiaba la conexión que ya existía entre ellos. Pero había visto de primera mano lo mal que podían salir las cosas cuando dejaba acercarse a alguien y luego esa persona la dejaba colgada. Gideon nunca la engañaría —de eso estaba segura—, pero había tantas maneras de hacer daño

a una persona por la que sentías algo...

Si se casaba con un desconocido y ese extraño hacía algo cruel, podía responder sin tan siquiera despeinarse porque no estarían lo suficientemente unidos para que pudiera hacerle daño, pero Gideon... podía destrozarla.

«¿No estás cansada de vivir con miedo?».

La voz que oía en su cabeza se parecía demasiado a la de él. Con una inclinación de cabeza saludó al portero de su edificio. El miedo había controlado todas sus decisiones desde que Jeff la engañó. El miedo de no ser capaz de salir del hoyo la había empujado a poner punto final a las cosas. El miedo al fracaso la había empujado a una carrera que sí, le gustaba, pero que había escogido por su potencial económico. El miedo a resultar herida de nuevo le había impedido volver a salir con hombres más que de un modo testimonial.

¿Y si... daba el salto?

Abrió la puerta y se volvió a él.

—¿Entras?

—Claro.

Su presencia llenó su piso, dándole una vida de la que parecía carecer cuando estaba sola con Garfunkel. El felino apareció como si acabase de materializarse en la habitación al mismo tiempo que ellos. Se inclinó para tomarlo en brazos.

—¿Y si hacemos una prueba?

—Una prueba.

Ni su tono ni su lenguaje corporal indicaban que tuviera ni la más remota idea de lo que le estaba pasando por la cabeza.

—Sí, una prueba —la idea le fue resultando más atractiva al ponerla en palabras—. Tengo unos cuantos meses antes de cerrar esto del matrimonio, así que una semana o dos no se notarán.

—¿Y qué crees que vas a saber en un par de semanas que no sepas ya? —preguntó.

Tenía razón, pero no iba a admitirlo. Tomar una decisión en aquel momento le parecía demasiado y demasiado pronto. Lo sabría en un par de semanas. Estaría segura... o tan segura como estaba últimamente sobre las cosas que no tenían que ver con el trabajo.

—¿Qué me dices?

—Sí —con cuidado le quitó al gato de los brazos y lo dejó en el suelo. A

continuación tiró de sus caderas hasta que quedaron a centímetros—. Te digo que sí, Lucy. Si necesitas dos semanas para aclararte, eso es lo que vas a tener.

—Eres demasiado bueno conmigo —dijo, quemándose la garganta.

—Y eso tienes que devolvérmelo —respondió él, hundiendo las manos en su pelo—. Voy a llevarte a la cama.

El cambio de tema la pilló desprevenida, pero ¿era en realidad un cambio? Cualquier cosa que quedara por decir sería repetir otra vez lo ya dicho. Si Gideon la dejara, acabaría volviéndolos locos a los dos con sus dudas. Mejor dejar que su evidente conexión tomase las riendas y empujase sus preocupaciones al asiento de atrás que sabotear las cosas antes de que hubieran tenido la oportunidad de empezar.

Gideon no esperó a obtener una respuesta antes de tomarla en brazos y entrar con ella en su alcoba. Cerró la puerta con el pie y miró al suelo.

—Esta mañana me he levantado y el puñetero gato me estaba observando.

—Suele hacerlo —respondió, besándolo en el cuello—. En su defensa diré que estás absolutamente maravilloso mientras duermes.

—¿Me has observado dormido? —la dejó en la cama y retrocedió para quitarle las botas y las mallas—. Me das miedo.

—Estás en mi casa, así que no creo que te dé miedo —se quitó la camisa y la lanzó lejos—. Si estuviera en la escalera de emergencia fuera de tu ventana, sí que daría miedo.

—Vale —respondió, y siguió desnudándola despacio.

Lucy se apoyó en los codos.

—¿He mencionado últimamente lo mucho que me gustas con esa camisa de franela?

—Puede que una o dos veces —dejó su camisa en el suelo y empezó con los vaqueros—. Ten cuidado, o un buen día me mirarás y verás que me he dejado crecer la barba y que llevo una gruesas gafas de montura negra.

Ella se rio.

—¡Pero si tú no necesitas gafas!

—Da igual —la empujó hacia el centro de la cama y Lucy creyó que se iba a tumbar junto a ella en el colchón, pero Gideon dio un paso atrás—. No te muevas.

—Vale... —se quedó inmóvil al verlo abrir el cajón inferior de la mesilla. Cuando se incorporó tenía su vibrador rosa en la mano. Se estremeció—. Oh.

—No estoy muy familiarizado con este diseño.

—¡Serás...!

—Vamos, dame un respiro, que seguro que sé cómo funciona —lo acarició con un dedo—. Genial —se tumbó junto a ella en la cama con la cabeza apoyada en una mano—. Abre las piernas.

—Esto es... —como él no dijo nada, tuvo que buscar con qué llenar el vacío—. Perverso.

—¿Más o menos que inclinarte sobre una mesa y ofrecer el trasero?

Todo su cuerpo ardió al recordar.

—No sé. No es lo mismo.

No había nadie allí salvo ellos dos. Nadie que pudiera verlos. El sabor era diferente.

Gideon recorrió sus pechos con la mirada.

—¿Más o menos que acariciarte durante una videoconferencia conmigo?

Lucy fingió enfadarse.

—Vale, vale. Ya ha quedado claro.

—¿Ah, sí? —pasó el pulgar por la parte circular de silicona del vibrador—. Aún tengo algunas cosas más que aclarar. Abre bien las piernas.

Esperó a verlo fruncir el ceño para obedecer. El calor que desprendían sus ojos oscuros no era nada comparado con el infierno que se había desatado bajo su piel. Colocó el vibrador encima de su clítoris. Su silicona encajaba perfectamente y las vibraciones arrancaron un gemido de sus labios. El hecho de que fuera Gideon quien lo blandiera solo hacía que la situación fuera mucho más ardiente.

—¿Con qué frecuencia lo usas?

Ella arqueó la espalda cuando Gideon lo apartó.

—A menudo. ¡No me hagas esto! Estaba tan cerca.

Él sonrió.

—Lo sé.

—¡Gideon!

—La próxima vez que salgamos —colocó el vibrador de nuevo en su clítoris para crear placer y volvió a apartarlo—, quiero que te pongas lo que te he comprado hoy debajo del vestido. Cuando estemos en la mitad de la cena, te pediré que te quites las bragas y que me las metas en el bolsillo.

Lucy se había quedado sin aliento.

—Complicado.

—Tengo una idea mejor —dejó a un lado el juguete y siguió acariciándole



con los dedos—. Hay un restaurante que llevo tiempo queriendo probar, uno de esos en los que cenas completamente a oscuras. Muy íntimos.

¿Cómo podía estar hablando tan tranquilamente cuando ella estaba en peligro de salirse de su propia piel?

—Gideon...

Hundió dos dedos en ella, lo que le arrancó un gemido.

—Me pasaré toda la cena follándote con la mano en la mesa. Tendrás que estar callada, o los demás comensales podrán oírte —con la humedad de su vagina le mojó el clítoris antes de volver a entrar en ella—. Aunque, si son ellos los que se están callados, podrán oír lo que te esté haciendo.

Fue a agarrarse a él, pero Gideon aprovechó el momento para usar su mano disponible y colocarle a ella el vibrador en la suya.

—Enséñamelo.

Le costó tres intentos ponerlo en marcha de tanto que le temblaban las manos porque él seguía follándola con los dedos del mismo modo que había descrito que haría. Se imaginaba cómo sería estar sentada en una completa oscuridad, el vestido subido y la mano de Gideon en su coño mientras le pedía la cena al camarero.

—¿No llevarán gafas de visión nocturna los camareros?

Gideon guio su mano con el vibrador al clítoris, esperando a que lo hubiera colocado en su sitio antes de responder.

—Sí. Van a poder ver absolutamente todo lo que te haga.

Su orgasmo explotó. Lucy arqueó la espalda y movió con torpeza el juguete, pero Gideon estaba allí, con los dedos aún dentro de ella y fue él quien volvió a colocarlo en su sitio, lo que le desató otra oleada de placer.

—Dios mío... —se movía en sacudidas, aunque no podría decir si era para intentar alejarse o acercarlo—. Dios, Gideon... por favor. Para. Sigue.

Se oyó un golpe. El vibrador había caído al suelo y su boca ocupaba su lugar, calmando la zona ultrasensible del clítoris con la lengua. Ella se agarró a su pelo.

—¿Qué me estás haciendo? Yo no... me siento completamente fuera de control.

—Yo tampoco tengo control sobre ti, Lucy. Me siento como un jodido animal. No puedo saciarme de ti.

—Entonces, ven aquí —dijo, tirando de su pelo—. ¿Me quieres? Entonces, tóname.

Gideon no se había molestado en trazar un plan para seducir a Lucy y que viera las cosas como él. Todos sus planes se iban al traste en cuanto se quitaban la ropa. Pero en aquel momento, viendo su cuerpo y cómo brillaban sus ojos azules pidiéndole que la tomara, deseó tener uno. Aquel día estaba siendo muy especial. Era el principio de su periodo de prueba, pero por encima de todo, era la primera vez que estaban juntos sin que hubiese nadie entre ellos.

Solos Gideon y Lucy.

Quería que supiera lo importante que era para él, lo perfecto que había sido el día. Lo mucho que sentía por ella. Lo mucho que quería tenerla en todos los sentidos, cuerpo y alma.

Al final, hizo lo único que podía hacer: trepar por su cuerpo y besarla. Ella lo recibió deseosa, moviéndose para acomodarlo, envolviéndole la cintura con las piernas y descendiendo por su espalda con las manos para apretar sus nalgas. Como si hubieran hecho aquello mil veces antes y fueran a hacerlo otras mil.

—Condón —masculló.

—Estoy limpia —sus labios rozaron los de él a cada palabra—. Y... tomo anticonceptivos.

Se quedó parado.

—¿Qué dices?

No había lugar para malos entendidos. No allí. No en aquel momento.

Lucy lo besó en la comisura de los labios.

—Si...

—Yo también estoy completamente limpio. No he estado con nadie desde la última vez que me hicieron las pruebas.

No le había contado nada porque no lograría hacerle cambiar de opinión sobre él, pero es que en los dos últimos años no le había interesado andar por ahí acostándose con nadie. No es que hubiera sido célibe exactamente, pero el demonio que lo empujaba había desaparecido justo cuando Lucy desapareció también de su vida.

—No quiero barreras entre nosotros. Lo quiero todo de ti.

Él también lo quería. Lo deseaba tanto que podía saborearlo.

—¿Estás segura?

Metió la mano entre ellos y acarició su pene una vez, dos, y la guio a su entrada.

—Lo estoy.

No volvió a preguntar. Mientras la besaba fue penetrándola centímetro a centímetro. No había palabras para expresar lo que sentía al saber que confiaba en él. Desde el principio había confiado, pero aquello era distinto. La besó con todo lo que tenía dentro, todo lo que no podía poner en palabras. Y comenzó a moverse.

Ella se alzaba para recibir cada acometida, sus cuerpos moviéndose en una danza tan antigua como el tiempo, él hundiendo las manos en su pelo, ella apretándole las nalgas, animándolo a moverse más rápido, con más fuerza.

Fue como accionar un interruptor.

Se detuvo durante un segundo que fue eterno.

—Deja de ser tan cuidadoso conmigo. Puedo con lo que tú quieras.

Lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Tiró de su pelo para ladearle la cabeza y tener acceso a su cuello. Recorrió la línea con la boca y la mordió en un hombro.

—¿Morder?

—Sí —se rio—. Pero no me marques donde pueda verse.

Lo que equivalía a decir que quería que la marcara en algún sitio.

Se tumbó bocarriba llevándola consigo, y la encajó en su pene.

—Fóllame.

Se incorporó para agarrarse a sus pechos y hacer lo que le había pedido. Succionó su pezón con urgencia, animado por cómo se agarraba a su pelo y cómo sus caderas caían sobre él una y otra vez. Se metió en la boca cuanto le cupo de su seno y mordió. Lucy gritó y su vagina se contrajo con su orgasmo.

Pero no había terminado.

La puso boca abajo, tiró de ella hasta el borde de la cama y hundió su pene de nuevo en ella. Empezó a moverse.

La folló. No había otra palabra para describirlo. Ella quería jugar duro, y verla agarrarse a la colcha y oír los gritos que salían de sus labios lo animaban. Se volvió salvaje, chocando contra ella una y otra vez, buscando una liberación que no podría haber detenido aunque lo hubiera intentado.

Pero no tenía suficiente. Estaba muy cerca, pero aún no era suficiente.

Se inclinó sobre ella, puso una mano en su garganta y la otra la metió entre sus muslos para pellizcarle el clítoris.

—Eres mía, Lucy. Mía.

El movimiento la hizo echarse hacia atrás y se giró para ofrecerle la boca.

—Sí. Sí —contestó, apretándose contra su mano.— Tuya. Siempre. Dios, Gideon, no pares.

—Nunca. Nunca me pararé.

## Capítulo 15

Disfrutar de una perezosa mañana de domingo era cuanto Gideon quería, pero había quedado a desayunar con Roman hacía semanas. Dejó una nota para Lucy y le preparó una cafetera antes de salir. Una hora, dos a lo sumo, y volvería con ella.

Sencillo.

Aun así tuvo que obligarse a no dar media vuelta en siete ocasiones durante el trayecto en taxi, ocho, contando cuando se bajó. El plazo tan limitado que Lucy le había dado le retumbaba en la cabeza, y estaba sintiendo un miedo irracional a que, si no pasaba cada segundo disponible con ella, no sería suficiente y acabaría marchándose.

«Aún no se va a marchar. Tengo tiempo».

Pero no era suficiente. Nunca sería suficiente.

Roman le esperaba fuera del bar diminuto en el que habían quedado, mirando a un par de tíos que fumaban. Gideon se paró a su lado.

—Lo has dejado.

—Lo sé, pero lo echo de menos de vez en cuando.

—Echarías mucho más de menos la capacidad de respirar cuando acabases con cáncer de pulmón.

Roman elevó la mirada al cielo.

—Sí, vale. Gracias, mamá.

—¿Qué tal está tu madre?

—Como siempre. Viento en popa, cariño —remedó la voz aguda de su madre y abrió la puerta—. Mi padre y ella están en ese yate suyo. Esta semana creo que andaban por el Caribe, en Santa Lucía o en Jamaica.

—Se me ocurren cosas peores que hacer en tu jubilación.

Siguió a su amigo al restaurante. Si es que se podía decir que Frank's era un

restaurante. Había exactamente dos mesas y tres sillas, y en todo el tiempo que Gideon llevaba yendo allí, nunca las había visto vacías. La mayoría de los clientes se llevaban a casa la comida, que era lo que Roman y él hicieron. Al salir, giraron a la izquierda sin necesidad de ponerse de acuerdo, era lo que siempre hacían cuando conseguían arañar un tiempo a sus agendas para disfrutar de una comida juntos.

Ambos se acabaron el sándwich cuando apenas habían llegado al final del primer bloque, y Roman no esperó siquiera a haber cruzado la calle.

—¿Qué estás haciendo con Lucy? —espetó.

—No es asunto tuyo.

—No, no lo es, pero me conoces lo suficiente para saber que no lo voy a dejar pasar. Expílicate, y cuanto antes, mejor.

Gideon dejó de caminar y se volvió a mirar a su amigo. No le gustaba cómo apretaba la mandíbula o su forma de pararse.

—¿Por qué estás cabreado?

—Cualquiera que tuviera ojos en la cara pudo ver cómo la mirabas cuando llegó al grupo. Has estado colado por ella desde que la conoces.

Él se cruzó de brazos.

—Tienes razón. Sigue.

—Lo que quiero decir es que has accedido a buscarle un marido. Un marido que ella tiene que escoger de una lista que yo te ayudé a confeccionar — Gideon no contestó—. Soy guapo, pero no soy estúpido. Te la llevaste a una habitación en Vortex y os enrollasteis, lo que significa que has cruzado tantas líneas y estás tan metido en ello que no eres capaz de darte cuenta de hasta qué punto la has jodido.

No lo había jodido. Había cambiado las reglas con ella, pero seguían estado en la misma página. Más o menos. Era el menos lo que preocupaba a Gideon. Lucy lo había sacado todo la noche anterior —sus miedos por el futuro y lo que podía significar para ellos— y él prácticamente la había arrollado.

Admitirlo ante sí mismo era una cosa, pero admitirlo delante de Roman era otra.

Roman lo sabía. Mierda. Movié la cabeza.

—Te abrió una rendija y te lanzaste, ¿eh? No te molestaste en pararte y pensar en el daño que podía hacerle porque estabas demasiado ocupado pensando con tus genitales.

¡Ya era suficiente!

—Yo jamás le haría daño a Lucy.

—¡Ya le estás haciendo daño! —Roman se pasó una mano por el pelo—. Nadie hizo nada cuando ese pedazo de mierda le rondaba, y ahora tenemos que vivir con ello. Lucy te ha pedido ayuda, Gideon, y si haces algo que no sea darle la ayuda que necesita, estarás siendo exactamente igual que él.

No hacía falta que le dijera quién era ese él.

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? Tú y yo —incluso él, aunque me jode incluir a Jeff en algo— no hemos llegado tan lejos como hemos llegado en la vida sin echar a alguien bajo las ruedas del autobús por el camino. Yo he hecho las paces con eso, y creía que tú también, pero siempre has tenido complejo de caballero de brillante armadura con Lucy. Y Lucy es buena, tan buena que como ella hay pocas, y se merece algo mucho mejor que lo que ha tenido hasta ahora. O sea, que estamos en deuda con ella.

—Joder, tío... ¿te estás oyendo?

Todo eso ya lo sabía. ¿Cómo no, cuando se había pasado años dándole vueltas? Pero oírsele decir a Roman era diferente. Resultaba real. Como si se hubiera estado engañando todo aquel tiempo pensando que las cosas podían funcionar entre Lucy y él.

—Estamos bien juntos.

La mirada de Roman no contenía ni un ápice de comprensión.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo va a pasar hasta que se despierte una mañana y se dé cuenta de que la has engañado? Ella te pidió ayuda y tú, en lugar de hacer lo que le habías prometido, utilizaste su necesidad para hacerte un hueco en su vida. Eso es una putada, Gideon. Si yo estuviera en tu lugar, tú me dirías lo mismo.

—Lo que yo haría es saltarte los dientes.

—Tienes un gancho de derecha que es para pensárselo —respondió, tocándose la mandíbula.

No sonrió, aunque era evidente que su amigo estaba intentando suavizarlo un poco.

Gideon lanzó la basura a la papelera y miró la calle.

—No es algo que haya preparado.

«La quiero». Pero ¿qué importaban sus sentimientos cuando no había tenido en cuenta los de ella? Lucy había pasado años a la sombra de un cerdo, y lo

que menos necesitaba era que él abriese la puerta a que la historia se repitiera, fueran cuales fuesen sus intenciones. Jamás la engañaría. Haría lo que fuera para hacerla feliz.

«Ella no me ha elegido a mí».

A eso se resumía todo. Si le hubiera dado la más leve indicación de que había comenzado aquel proceso albergando algún sentimiento hacia él más allá de la amistad, habría tenido derecho a pedir más. El día anterior le había explicado que no quería perderlo como amigo, y él había utilizado esa información para convencerla de que probasen.

—Joder... tienes razón.

—No estoy diciendo que seas un capullo —por una vez, Roman parecía compadecerse—. Eres mi amigo, y si ella fuese cualquier otra mujer, te diría que mandarás al cuerno sus planes y que jugaras sucio, pero no es una mujer cualquiera. Estamos hablando de Lucy.

Y que fuera Lucy lo cambiaba todo.

Gideon sacó el móvil y se quedó mirándolo un momento. Sabía lo que tenía que hacer. Sabía qué era lo honorable: lo que había prometido que haría.

Tenía que unirla a otro hombre.

Lucy se despertó desorientada. El día anterior había sido una verdadera montaña rusa, y estaba deseando pasar el domingo tranquilamente con Gideon, y que el tiempo que pasaran juntos borrara la preocupación sobre el todo el conjunto.

Pero se había despertado sola.

Tocó el lado de la cama en el que había dormido Gideon, pero estaba frío. No había de qué preocuparse, se dijo, y después de pasar por el baño, fue a la cocina. Una cafetera llena la aguardaba, además de una nota escrita rápidamente. *Desayuno con Roman. Vuelvo pronto.*

Lucy sonrió y se sirvió un café. Si él iba a estar ocupado un raro, podía aprovechar para revisar sus correos y asegurarse de que no había nada que requiriera atención inmediata.

Aún no había vuelto cuando terminó, así que se hizo unos huevos revueltos y siguió trabajando. Normalmente no tenía problemas para concentrarse en los hechos que estuviera recopilando, pero no podía dejar de mirar el reloj cuando una hora pasó a ser dos.



¿Se sentiría raro Gideon con lo que había ocurrido el día de antes?

A lo mejor se arrepentía.

Ojalá estuviera allí para impedir que analizara todo lo que había dicho y hecho el día de antes. ¿Habría sido demasiado sincera en la cena? Había dicho que quería sinceridad, pero había verdades y verdades. El sexo había sido incluso más sobresaliente de lo que había aprendido a esperar, tanto la parte tierna y de susurros como la dura y posesiva...

—¡Para!

Se sirvió una tercera taza de café y salió al salón. Obsesionarse con lo que Gideon había podido o no lamentar solo serviría para volverla loca. Bueno, más loca.

El trabajo le devolvería el equilibrio. Siempre lo hacía. El trabajo le había ayudado a superar las etapas más difíciles de su vida. La capacidad de perderse en los hechos y cómo utilizarlos para crear la historia que quería que el juez o el jurado creyeran.

Pero aquella vez, no estaba funcionando.

No hacía más que mirar el teléfono, esperando una llamada, un mensaje o aunque fuera una señal de humo. Lo que fuera de Gideon. Algo que demostrara que aquello no le parecía un terrible error. Algo que la convenciera de que no necesitaba intentar otro modo de alcanzar su objetivo.

Cuando por fin sonó su teléfono, dejó el papel que tenía los últimos cinco minutos delante de los ojos sin entender nada de lo que leía y lo miró. Venía de Gideon, pero solo eran unas cuantas palabras. *La Laguna Azul a las 7 de la tarde.*

Dudó, preguntándose si se había perdido algo, y escribió rápidamente su respuesta: *¿Cena?*

Gideon respondió: *Ponte algo bonito.*

Esperó, pero no llegó nada más. Miró el reloj. Faltaban dos horas. ¿Adónde se había ido el día? Podía seguir fingiendo trabajar, pero los nervios que le daban saltos en el estómago lo hacían inútil. Algo había cambiado en Gideon, y no estaba segura de si era un buen síntoma.

Le consideraba un hombre demasiado directo para dejar plantada sin más a una mujer, pero debería habérselo imaginado. Ya le había visto hacerlo antes.

De hecho, Jeff y ella bromeaban sobre el Especial de Gideon. Se iba

distanciando de la mujer con la que salía e iba apareciendo en su casa con más frecuencia, y si la mujer no le permitía desaparecer paulatinamente, quedaba con ella para cenar y cortaba para siempre.

Algo parecido a la cena que había organizado para ella.

Se levantó de golpe.

—No. Estoy paranoica.

Gideon no habría dicho lo que había dicho si estuviera pensando en dejarla plantada. No habría cambiado sus reglas tan perfectamente bien organizadas para obligarla a poner en jaque su corazón.

«Ay, Dios. Mi corazón está en juego».

Se sentó pesadamente. Sabía ya que sentía algo por él, sin duda —difícil tener amigos y no quererlos—, pero su corazón estaba en peligro por algo muy distinto a la amistad. Algo que tenía que ver con sentimientos profundos.

Sentimientos verdaderos.

La misma clase de sentimientos que cegaban a una persona a los defectos de otra y que podían dejarla malherida. No quería eso. Había trabajado activamente para evitarlo.

Y sin embargo, ahí estaba.

Se preparó, sobre todo para escapar de la duda que la acosaba. Era el miedo lo que hablaba por ella. Tenía que serlo. Algo tenía que haber surgido que requiriese su atención y que le había impedido volver y pasar el día con ella, y por eso precisamente le había impedido también volver a enviarle algún mensaje. Había dispuesto la cena y había hecho una pausa para decirle que tenía planes, lo cual era un signo alentador.

Estaba reaccionando en exceso.

Simple.

Pero no se sentía mejor dos horas más tarde, cuando estaba delante de la Laguna Azul, temblando aun con el grueso abrigo que llevaba. «No pasa nada. Todo va bien». Entró y dio el nombre de Gideon. La condujeron a un rincón semiprivado.

Lucy vio que había un hombre sentado a la mesa, pero sus pasos redujeron la marcha cuando se dio cuenta de que no era Gideon. «¿Pero qué demonios...?».

No podía hacer otra cosa que no fuera seguir al maître. Iba a tocarle el brazo para decirle que había un error, cuando reconoció al hombre: Aaron Livingston.

«¡No! Oh, Gideon, ¿por qué?».

Tuvo que esforzarse por mantener neutra su expresión cuando Aaron se levantó con una sonrisa.

—Lucy, cuánto tiempo.

—Me sorprende que lo recuerdes.

Dejó que apartase su silla. La cabeza le iba a mil por hora. Gideon había organizado aquello. Doce horas antes, le había dicho que lo eligiera a él, solo a él, y ahora la habría preparado para otro hombre.

Aaron se sentó.

—Han pasado años, pero no eres una mujer que se olvide fácilmente.

Sonrió encantador, y aunque podía comprender por qué lo habían etiquetado como el soltero más sexy de Nueva York, sus facciones perfectas no le atraían.

Y tampoco servían para explicar por qué estaba allí.

«Tú sabes por qué está aquí, igual que sabes lo que significa».

Si fuera una mejor persona, se sentaría a charlar con Aaron sin perder de vista su objetivo, la razón por la que había puesto en marcha su plan: un marido.

Pero Lucy no podía centrarse en nada que no fuera el hecho de que Gideon lo había preparado todo. Aguantó cerca de treinta segundos antes de levantarse.

—Lo siento mucho, Aaron, pero... tengo que irme.

—¿Irte? —repitió, mirándola—. No sabías que ibas a encontrarte conmigo, ¿verdad?

—Lo siento muchísimo.

Se dirigió a la salida tan rápidamente como le fue posible sin echar a correr.

En la calle, marcó el número de Gideon y lo dejó sonar y sonar hasta que saltó el buzón de voz. Colgó.

Estaba claro que Gideon no la quería, que la había engañado horriblemente. Pero no iba a dejar que la pusiera en aquella posición y que luego evitase enfrentarse a las consecuencias.

Buscó en los contactos el número de Roman. Lo había usado apenas una vez, y habían pasado ya años, cuando preparaba una fiesta sorpresa para el cumpleaños de Jeff.

«Era una idiota. Al parecer, sigo siéndolo».

Marcó y contuvo el aliento. Seguramente habría cambiado de número.

Pero reconoció la voz masculina y educada que le contestó.

—¿Lucy?

Levantó un brazo para detener un taxi.

—Me vas a decir dónde está, Roman, y me lo vas a decir ahora mismo.

## Capítulo 16

En cuanto Gideon oyó que el timbre sonaba dos veces, supo que era Lucy. Ni siquiera había intentado esconderse. Aunque el estómago se le pusiera patas arriba, Roman tenía razón: era lo correcto. Hacerle sufrir un poco ahora, y volver a ponerla en el camino que había elegido por sí misma.

Pero saberlo no le preparó para la furia que vio en su cara al abrir la puerta.

—Lucy.

—No. No me digas «Lucy» como si no hubiera pasado nada —entró y se dio la vuelta para enfrentarse a él—. ¿Qué demonios ha sido esto, Gideon?

Mantuvo su expresión neutra, aun sabiendo que podía empeorar las cosas.

—Tienes que estar de broma. ¿Ahora te vas a poner así? ¿Qué ha pasado con lo de que querías que yo te escogiera?

—Me había equivocado.

Le dolía oírle decir esas palabras, y todavía más le dolía ver su dolor. Se obligó a seguir hablando.

—Ha sido divertido, pero tenías razón cuando dijiste que no soy de los que se quedan.

Había sobrevivido a una ruptura con Jeff, así que se recuperaría mucho antes de aquel episodio con él.

Porque así lo vería dentro de unas semanas: como un error, una bala esquivada.

—¿En serio? ¿Qué narices ha pasado desde que te levantaste de mi cama y me dejaste una nota, hasta que...? —no terminó—. ¿Qué te ha dicho Roman?

Siempre había sido lista.

—No me ha dicho nada. Ha bastado con poner un poco de distancia para darme cuenta de que no estamos bien juntos.

—Que no estamos bien juntos —se llevó una mano al pecho como si acabase de golpearla allí, y él se sintió como si lo hubiera hecho. Al final la vio respirar hondo y levantar la cara.

—Eres un cobarde, Gideon Novak.

—¿De qué narices me estás hablando?

—Eres... un... cobarde —estaba recomponiendo sus antiguas piezas delante de sus ojos, aunque el labio inferior le temblaba un poco—. Esta noche ha sido demasiado buena y, si quieres que te diga la verdad, a mí también me ha asustado, pero la diferencia entre tú y yo es que yo he luchado contra ese miedo y me he centrado en lo bueno que podría ser —lo traspasó con la mirada—. No voy a pelar por esto. Me he pasado demasiado tiempo peleando con alguien que ni siquiera lo intentó, y no voy a volver a hacerlo. Esto ha sido solo un bache en el camino y tú ya lo has esquivado. Bien. Que así sea —el labio inferior volvió a temblarle ligeramente, pero ella se esforzó por controlarlo—. Yo te elegí a ti y tú no me has elegido a mí.

Le había hundido la hoja de la navaja y ahora estaba removiéndola.

—Lucy...

—No. Tus actos hablan tan claro como tus palabras, y yo no soy estúpida. Entiendo —se irguió—. Considera nuestro contrato terminado. Quédate con lo estipulado. Me importa un comino, siempre que no vuelva a verte.

La vio salir de su piso... y de su vida. Cerró la puerta y entró en la cocina para mirar por la ventana. «Ya está». Algo que tanto esfuerzo había necesitado para llegar a ser, destrozado en el curso de un solo día.

Apoyó las manos en la encimera para evitar salir corriendo tras ella. No había manera de explicar nada que pudiera reconciliar su ruptura y el hecho de que pudiera llegar a no cabrearse tanto que no quisiera volver a verlo. Oírlo había sido odioso, pero Roman tenía razón. No había sido capaz de pensar en condiciones desde que ella se puso en contacto porque, de haberlo sido, le habría sugerido que contactase con otra persona. Él no estaba cualificado para ninguna de las cosas que ella requería, y desde luego él no era neutral.

Permitir que sus propias necesidades egoístas ensombrecieran las de ella, y luego convencerla para que lo viera todo desde su punto de vista...

Sí, dejarla era lo mejor que podía hacer por ella.

Dejó caer la cabeza. Era lo mejor para Lucy, pero iba a estar cabalgando aquella ola de dolor durante un largo futuro. Marcharse de la ciudad podía ayudar, pero los recuerdos de lo que habían hecho allí y en otros lugares le

estarían esperando cuando volviera.

No, mejor quedarse y pasar lo peor ya.

Una banda se le ciñó al pecho, ardiente y tan apretada que exhaló de golpe. Había puesto punto final a las cosas con Lucy.

Se apoyó en la encimera. La conocía desde hacía seis años. Había sido respetuoso con su relación con Jeff, y nunca había dicho ni una sola palabra fuera del guion. Había respaldado al cerdo y la había dejado sola después de la explosión para que no tuviera que ver su cara y pensar constantemente en las mentiras que había tenido que tragar.

Pero durante todo aquel tiempo, una pequeña parte de sí mismo había estado siempre convencida de que encontraría un camino hasta ella. Que la conquistaría si tenía la paciencia necesaria. Debería haber sido más listo. Tan ocupado había estado poniéndola en un pedestal que no se había parado a preguntarse qué querría ella. O peor aún: había ignorado lo que pudiera querer en favor de alcanzar sus propios deseos.

Lucy no lo había elegido a él.

Si no hubiera forzado la situación, si se hubiera quedado en el lugar que ella le había asignado, podría haber mantenido su amistad. ¿Sería doloroso ver cómo se casaba con otro? Joder, pues claro. Le habría destrozado. Sería como arrancarle el corazón del pecho tener que felicitarla y por haber elegido a otro hombre como marido.

Pero menos doloroso que tener que quedarse allí, sabiendo que no iba a volver a verla nunca.

Lucy caminó sin rumbo por las calles durante horas. Tenía intención de irse a casa, pero la idea de ver cómo las paredes la encerraban era demasiado en aquel momento. No es que en las calles se sintiera mucho mejor: la ciudad en sí la encerraba en una caja, impidiéndole correr, hasta que no pudo respirar, ni pensar, tan agotada como estaba del proceso de asimilar la traición de Gideon.

Él se culpaba a sí mismo por no haberle revelado la traición de Jeff antes. Eso lo sabía. Incluso lo había utilizado para asegurarse de que no rechazara su petición de ayuda.

Y absurdamente también había dado por sentado que, cuando la situación apretase, lo superaría.

Lucy alzó la mirada y suspiró, aunque no encontró alivio. Sacó el móvil y

marcó un número. Su hermana respondió tras el primer timbrazo.

—¿Qué hay?

—¿Estás en casa?

Toda la alegría desapareció de la voz de Becka.

—Sí. ¿Qué pasa?

Una quemazón se le instaló en la garganta.

—¿Me abres?

—Claro. Ahora mismo.

Colgó antes de que la preocupación de su hermana la empujase a bajar a la calle. La subida por las inestables escaleras que conducían al apartamento diminuto que tanto le gustaba a Becka fue una auténtica tortura. Como si su cuerpo supiera que estaba a salvo y decidiera que había llegado el momento perfecto de venirse abajo.

Becka abrió justo cuando levantaba la mano para llamar. Su hermana llevaba unas mallas de brillante estampado y un sujetador deportivo con más hombreras de las que eran necesarias. Lucy se quedó parada.

—Tienes clase.

—Le he pedido a alguien que me cubra, así que ni se te ocurra dar media vuelta —dijo un paso atrás—. Entra y cuéntamelo todo mientras preparo un té que he recogido este fin de semana.

Lucy estuvo a punto de sonreír.

—¿Es mejor que el último?

—El último fue una excepción a la regla, aunque muchas gracias por recordármelo —hizo una mueca—. No pude quitarme su sabor de la boca durante días.

—Se aprende viviendo.

Su voz se volvió temblorosa, porque vivir y aprender era exactamente lo que no había hecho ella.

—Siéntate. Ahora mismo.

Becka recogió su abrigo y su bolso y los lanzó al sofá. A continuación guio a Lucy a una silla del pequeño comedor y encendió el fuego. Dado que el *loft* era pequeño, solo tenía que darse la vuelta un poco para ver a su hermana.

—Siento presentarme así.

—¿Para qué están las hermanas si no? —llenó dos tazas y las puso en la mesa—. Se trata de Gideon, ¿no?

Iba a negarlo pero, ¿para qué? Cuando el fiasco con Jeff, lo había ocultado



todo, y lo único que había conseguido era aislarse del mundo. Quizás hablarlo con su hermana sería lo mejor.

—Yo... me cambió las reglas. Tenía el plan perfectamente diseñado, y la intención de llevarlo a acabo, pero no le tuve en cuenta a él. A nuestra conexión. Me dio pruebas de que quería más conmigo —incluso hablamos de ello y me lo dijo con palabras— y esta mañana, cuando me desperté, me encontré con que se había marchado.

Tuvo que hacer una pausa para respirar.

—Esta noche habíamos quedado, pero cuando me presenté en el lugar, me había preparado una cita con otro hombre.

Los ojos azules de Becka, tan parecidos a los suyos, se abrieron de par en par.

—Creo que vas a tener que rebobinar hasta la parte en la que te despertaste sola. ¿Es que te habías acostado con Gideon?

No había mencionado esa parte del plan, ¿no? Lucy carraspeó y clavó la mirada en el agua del té, que se oscurecía rápidamente.

—Nos hemos estado acostando desde que cerramos el acuerdo. Empezó como un medio para ayudarme a recuperarme sexualmente, a recuperar la confianza en ese sentido, pero las cosas... cambiaron.

—Suelen hacerlo si el sexo está de por medio —miró a su hermana y abrió los ojos de par en par—. No es que yo lo sepa, claro. Tu hermanita es virgen cien por cien.

Lucy resopló.

—Me lo creería sino te hubiera pillado con... ¿cómo se llamaba?

—Johnny Cash —contestó, riendo—. No me mires así. Sé que no era su nombre verdadero, pero yo tenía dieciocho años y él estaba buenísimo —su sonrisa se desvaneció—. Así que ¿Gideon te ha puesto un caramelo en la boca para luego quitártelo? Eso es una putada. No pensaba que fuera un tío de esos, pero a lo mejor me equivocaba.

—La verdad es que las mujeres de la familia Baudin no tenemos un gusto muy certero con los hombres.

—Y que lo digas.

—Me prometí a mí misma que no volvería a enamorarme —confesó, acercándose la taza—. Que ni siquiera me pondría en disposición de que ocurriera. Los sentimientos a ese nivel solo traen dolor, pero es que no me lo esperaba de él. No he podido luchar contra la conexión, ni contra el modo en

que me hacía sentir —la quemazón de la garganta empeoró—. Creía que teníamos una oportunidad, Becka. De verdad. Que a lo mejor no había perdido la oportunidad de tener un final feliz, o que a lo mejor podía ser con él.

—Ay, Lucy...

Se rio, y su risa sonó ahogada por las lágrimas no vertidas.

—Qué idiota, ¿verdad?

—No. Era una esperanza. Tener esperanza no es malo.

Pero era la esperanza lo que la había llevado a aquella situación. La esperanza había provocado que sintiera cada latido del corazón como si alguien se lo atravesara con un punzón. La esperanza la había empujado a poner su corazón desnudo delante de Gideon, y que hubiera resultado aplastado.

Tomó un sorbo. El agua demasiado caliente le escaldó la boca, una incomodidad menor comparada con sus heridas emocionales.

—A la mierda con la esperanza. No quiero volver a sentirla.

## Capítulo 17

Gideon no levantó la cabeza cuando la puerta de su despacho se abrió de golpe.

Una puerta cerrada debería haber bastado para impedir que alguien entrase... a cualquiera, menos a Roman, claro.

Pero cuando por fin alzó la mirada, no era Roman quien la estaba cerrando con el pie. Era Becka Baudin.

Se quedó mirándola un momento antes de negar con la cabeza.

—No. Da igual lo que tengas que decirme porque ya se ha dicho, así que márchate.

—Puede que ya se haya dicho, pero no he sido yo.

Y se acomodó en la silla que había al otro lado de su mesa. Llevaba deportivas y unos pantalones cortos color verde neón con los que debería inquietarle la posibilidad de que se congelara. Cuando se quitó el grueso abrigo que traía, descubrió que llevaba un top de un rosa con la misma intensidad que el verde. Que no resultara un choque de trenes con su pelo azul brillante era algo que se le escapaba.

—¿Qué demonios haces en Nueva York, en enero, y con esa ropa? Te vas a congelar.

Ella parpadeó varias veces.

—Desde luego, tienes mucho valor, y yo podría apreciarlo si no fueras un cerdo egoísta e insoportable.

Se levantó de golpe y Gideon vio que varios de los hombres de otros despachos se volvían a mirar. Se levantó para bajar las persianas.

—Vístete un poco.

—Tú siéntate y escucha lo que tengo que decirte. Luego me marcharé y me llevaré mi cuerpo que tan mal vestido te parece —se apretó la goma de la

coleta—. ¿Qué leches estás haciendo con mi hermana?

—Nada.

—¡Y una mierda! —parecía tener ganas de lanzarle algo—. Puede que yo no estuviera con ella con tanta frecuencia como tú cuando salía con Jeff, pero sí lo suficiente. Sé que llevas colgado de mi hermana años, y también sé que fuiste tú quien le dijo que el cerdo de Jeff se la estaba pegando.

Fue a decir algo, pero ella volvió a hablar.

—Debió ser difícil, ¿no? Romper su relación, aunque fuese lo correcto, porque tú estabas enamorado de la novia de tu mejor amigo. Eso enturbia un poco las cosas, ¿no?

—Lo cierto es que...

—No he terminado —espetó. Sus ojos azules parecían casi luminiscentes—. Cuando haya terminado, podrás decir lo que quieras pero, hasta entonces, siéntate y cállate.

Sentarse no se sentó, pero asintió. Obviamente no iba a poder impedir que dijera lo que quería decir, así que, después de lo que había hecho con su hermana, lo menos que le debía era quedarse quietecito y aguantar el chaparrón.

—Está bien.

—Bien —contestó, y volvió a caminar de un lado al otro de su despacho—. O sea, que vas por ahí con un cargamento de culpa y haciéndote el mártir, y decides dejar que siga adelante con su vida —lo miró en silencio un instante. — Por cierto, lo de ir de mártir no es nada sexy.

—Tomo nota.

—Cuando mi hermana me contó el acuerdo de locos que habíais firmado, no pude evitar preguntarme cuál había sido tu motivación para aceptar. Para tirártela, puedo entenderlo. Era vivir un sueño para ti.

Eso no podía dejarlo pasar.

—No.

—¿No? ¿No, qué parte? ¿La de tirarte a mi hermana, o la de que era un sueño para ti?

—No vuelvas a decir eso, Becka. Yo no manipulé a tu hermana para que se acostara conmigo. Fue ella la que vino a mí.

—Ya —replicó, con los brazos en jarras—. Entonces, no fue el sexo, sino la culpa. Pues la culpa es tan poco sexy como el martirio.

—¿Por qué has venido, Becka?

Necesitaba que llegase donde quería llegar para que se marchase. No le estaba diciendo nada que él no se hubiera dicho ya tantas veces que no podía contarlas.

—La cuestión es que estás hasta las trancas por mi hermana, y llevas años estándolo, pero has decidido ir de mártir y decidir por ella lo que debe hacer —resumió—. Ahora dime que me equivoco.

—Lucy debería...

—¡Por amor de Dios! —estalló—. Te voy a dar una pista: quita el debería de tu vocabulario cuando hables de mi hermana y su futuro. Puede que sientas algo por ella, pero no tienes voz ni voto. Es una mujer adulta que puede hacer sus propias elecciones. Y te ha elegido a ti, pedazo de idiota —sacudió la cabeza—. La cuestión es si tú estás dispuesto a elegirla a ella en lugar de la visión idealizada que tienes de ella —recogió su abrigo—. Yo ya no tengo más que decirte, pero creo que te ha quedado claro. Haz lo que tengas que hacer, pero a menos que estés dispuesto a arrastrarte, ni se te ocurra volver a ponerte en contacto con mi hermana.

Y salió de su despacho, dejando un reguero de miradas a su espalda.

Gideon se dejó caer en su silla y clavó la mirada en el monitor de la pantalla, en negro. Becka no había dicho nada que él no supiera, y sin embargo...

Sin embargo.

Repiqueteó en el tablero de su mesa. Las últimas veinticuatro horas desde su ruptura con Lucy habían sido las peores de su vida. No había dormido. La comida no había despertado su interés. Ni siquiera había sido capaz de emborracharse. Cada vez que se daba la vuelta, percibía un rastro de su olor estival, y las pocas ocasiones en que había salido a la calle, buscaba su forma de caminar aunque supiera que era absurdo.

Había tenido su sueño en carne y hueso —Lucy en su cama y en su vida—, y había sido mejor de lo que podía haberse imaginado. Ya sabía que era decidida, tierna y que tenía sentido del humor. Sabía que le encantaban la comida china para llevar y descubrir diminutos restaurantes de los que nadie había oído hablar. Sabía que sus padres estaban perdidos en combate, pero tenía una relación maravillosa con su hermana.

No podía haber anticipado la pasión que había estallado entre ellos. Ansiado, sí, pero ni siquiera se parecía tímidamente a la realidad. Lucy estaba a su altura a cada paso del camino. Aportaba diversión a la alcoba, aunque lo

volvía loco de la mejor manera posible.

Y ahora no iba a volver a tocarla nunca. Ya no podría enseñarle un sitio nuevo que había descubierto. No podría llamarla solo para charlar porque estuviera pensando en ella. No podría pasar esos maravillosos domingos perezosos de los que habían hablado.

Y el único responsable era él.

«No hay ningún culpable aquí. Solo yo. Lo tenía todo y lo he echado a perder».

Aunque intentase ahora hacerlo bien, Lucy lo mandaría a paseo. O debería hacerlo.

Se quedó parado un momento. «¡Joder! ¡Becka tenía razón!». Les iba bien juntos hasta que empezó a obsesionarse con lo que debería estar pasando, en lugar de con lo que estaba ocurriendo en realidad.

Lo había hecho. Lo había echado todo a perder.

La certeza acababa de llegarle como un golpe en el pecho. Se sentía como el mayor pedazo de cabrón sobre la faz de la tierra: había estado tan cerca de todo aquello con lo que había soñado, y él solito le había prendido fuego.

Movió más rápido los dedos.

¿Podría arreglarlo?

¿Debería...?

No. No quedaba sitio para más «debería». Estaba enamorado de la cabeza a los pies. Si ella lo aceptaba, si lo perdonaba una vez más, haría cuanto estuviera a su alcance para asegurarse de que jamás volvería a hacerle daño.

No así. Nunca así.

Se incorporó. Iba a arreglarlo. Aquella misma noche.

En aquel mismo momento.

## Capítulo 18

La había cagado pero bien en el tribunal. No había otro modo de describirlo. Su apertura había sido una chapuza, y luego había terminado de fastidiarla enredándose con el abogado de la acusación hasta que el juez había pedido un receso. El juicio continuaría al día siguiente. Salió de la sala con la garganta ardiendo de vergüenza, lo mismo que la piel. «La he jodido bien».

Daba igual lo frustrante o descabellada que pudiera volverse su vida personal. Siempre había encontrado refugio en el trabajo. Siempre. Con sus clientes, el mundo tenía sentido. Daba igual cómo hubieran montado el caso en su contra, que ella siempre era capaz de hallar el hecho acertado para poner las cosas a su favor. Ese era su momento favorito.

Y lo había perdido.

Dos días habían pasado desde que Gideon la dejara plantada, y ella se había pasado las cuarenta y ocho horas en compañía de una caja de pañuelos de papel, viendo una película tras otra y abrazada a Garfunkel. No había tocado los expedientes. No había revisado el correo. No había hecho otra cosa que no fuera sentir lástima de sí misma.

No tenía sentido. El trabajo lo era todo para ella.

El trabajo era incluso la razón por la que se había puesto en contacto con Gideon en primer lugar. No haber estado a la altura era inexcusable.

«¿Por qué? ¿Por qué no puedo centrarme?».

Conocía la respuesta, pero no quería enfrentarse a ella.

No obstante, no podía seguir así indefinidamente. Si no se recuperaba aquella noche y era capaz de arreglar el desaguizado que había hecho en la sala, ya podía despedirse del ascenso y todo el esfuerzo habría sido en vano. Enfrentarse a la dolorosa verdad requería más valor del que tenía.

Salió a la calle y tomó una dirección al azar. Simplemente necesitaba

moverse para desenredar sus pensamientos.

Tres manzanas después, no estaba más cerca de identificar la verdad.

«Eres una cobarde. Lo mismo que le dijiste a él».

Demonios... Se paró en seco.

—Lo quiero.

Sus palabras le valieron varias miradas sorprendidas de las personas que pasaban cerca, pero volvió a caminar antes de que alguien se enfadara por considerarla un bloque humano que interrumpía el tráfico.

«Lo quiero».

También había querido a Jeff, pero era... distinto. Aunque ya estaban preparando la boda cuando se enteró de que la engañaba, su conexión con Jeff nunca se había parecido ni de lejos a la que tenía con Gideon. El fracaso con Jeff no le había hecho dar siquiera un traspies en el trabajo. Si acaso, sin el estrés de intentar controlar sus emociones sobre los desagradables comentarios de Jeff, se había sentido libre para centrarse únicamente en lo que era más importante: su trabajo.

¿Qué problema había tenido después? Pues que el trabajo no le había servido de parapeto contra lo que sentía por Gideon. Cada vez que intentaba ponerse a trabajar, se encontraba preguntándose dónde andaría, o qué estaría haciendo, o con quién.

Lo último era culpa de su propio demonio personal, porque no pensaba ni por un minuto que Gideon la hubiera dejado plantada para irse con otra. Daba igual lo que hubiera dicho sobre que no era la clase de tío que se comprometía a largo plazo. Eran sus demonios los que hablaban, no la realidad.

Sentía algo por ella. No habría tomado el camino más noble de no ser así. Era una decisión estúpida, sí, pero entendía que lo hacía por protegerla. Simplemente no confiaba en que fuese capaz de tomar las mejores decisiones por sí misma.

Y ese era el problema.

Esa era la cuestión que no sabía si podría superar.

«Mentirosa».

Gideon había apretado el gatillo para poner fin a las cosas, pero solo porque había sido más rápido que ella. No había luchado por él, por ellos. Él había intentado hacer lo más noble y en lugar de decirle por dónde podía meterse su elevada actitud, se había alejado sin más. Mucho más fácil dar un paso atrás que darlo hacia adelante y arriesgarse al rechazo.



Se abrió paso entre la maraña de gente y se detuvo junto al siguiente edificio, contemplando la fila de taxis amarillos. Lo que había hecho era protegerse. Ni siquiera podía echarle la culpa a su pasado. Lo que sentía por Gideon la aterraba. Sabía que él sentía algo por ella; que la quería incluso. No habían compartido tanto para que fuera menos que amor. No le habría dicho que lo eligiera a menos que fuera en serio al cien por cien. Gideon no funcionaba así. No le iban los juegos.

Sinceridad. Demandaba sinceridad total. Y la ofrecía también. Recordó todo lo que le había dicho. En ningún momento le había dicho que lo único que quería era sexo. No. Lo que pasaba es que no era lo suficientemente bueno para ella, y por eso había cortado los lazos con ella. De un modo un tanto arbitrario, pero muy propio de Gideon. Había elegido la felicidad de ella en lugar de la suya propia.

Necesitaba hacerle comprender que ella era su felicidad. Los dos últimos años había tenido una vida bastante decente. Se había sentido contenta, pero también se había alejado de cualquiera que pudiera hacerla feliz para no abrir la puerta a que le hicieran daño. Prácticamente no había salido con nadie y tampoco había intentado recuperar el contacto con los amigos de los que se había distanciado.

Ella había sido la cobarde.

Y eso ya se había acabado. Si Gideon no la quería, si no la amaba, podía decírselo a la cara. Esa era la única razón aceptable para que la dejase. Lo demás ya lo solucionarían cuando estuvieran juntos. Ya se encargaría ella. Tenerle delante le hacía atascarse un poco con las palabras, pero lograría superarlo para decir la verdad.

Su teléfono vibró y estuvo a punto de no contestar, pero el único modo de empeorar el fiasco que había organizado en el tribunal era ignorar una llamada de su cliente o de uno de sus socios. Pero cuando sacó el móvil del bolso, el número que aparecía en la pantalla era el último que habría esperado ver. ¿Roman?

Lucy frunció el ceño y respondió:

—¿Diga?

—Te debo una disculpa.

Parpadeó. Aquella situación se iba haciendo cada vez más rara. Roman nunca la había llamado antes, y no podía pensar en una sola razón por la que necesitase llamarla, a menos que... el corazón se le subió a la garganta.

—¿Gideon está bien?

—¿Qué? —su sorpresa pareció auténtica y se echó a reír—. Vaya... creo que entonces te debo dos disculpas. Gideon estaba bien la última vez que lo vi, que fue ayer. Debería haberme dado cuenta de que ibas a pensar lo peor.

Lucy soltó el aire que había estado conteniendo.

—Vale. Lo siento. Es que he pensado que...

—Lógico. Tendría que habérmelo imaginado —carraspeó—. Mira, la he cagado, Lucy. Nunca te he pedido perdón por no decirte lo de Jeff, y para colmo la he liado más dejando que la culpa me empujase a darle a Gideon un consejo de mierda.

Ya sabía ella que algo tenía que haber ocurrido mientras estaba con Roman, pero no se lo iba a tener en cuenta.

—Gideon es un tío seguro de sí mismo, y nunca habría dejado que le obligaran a hacer algo que él no estuviera considerando hacer.

—Aun así.

Sonrió. Roman era tan terco como su amigo. Por eso se llevaban tan bien.

—Considérate perdonado.

—Quiero compensarte. Y antes de que me digas que no es necesario, quiero que sepas que ya sé que no lo es, pero que así funcionan las disculpas.

Volvió a sonreír, aunque ojalá fuera al grano para poder colgar y llamar a Gideon.

—¿Qué has pensado?

—¿Qué haces? Tengo un amigo que va a hacer una inauguración de la apertura de su restaurante y he reservado mesa para que podamos hablar.

—¿Ahora? —miró a su alrededor—. Bueno... vale —lo que quería era ver a Gideon, pero si iba a lograr convencerlo de algo, mejor tener a Roman de su lado. Igual podía sacarle algo de información útil—. Envíame la dirección.

—Bien. Nos vemos allí.

Y colgó antes de que pudiera hacerle alguna otra pregunta.

Frunció el ceño. Qué raro. El teléfono emitió un bip casi de inmediato y siguió frunciendo el ceño, porque reconoció la dirección. Miraba a Central Park, aunque antes era de otra persona. Debía haberle costado una fortuna.

Dejó todo eso a un lado y paró un taxi.

El camino fue muy corto. No dejó de mirar el móvil, pero ahora que iba a encontrarse con Roman, no quería llamar a Gideon aún, no fuera a ser que quisiera hablar de inmediato. El estómago se le encogió. «Dios, que quiera

verse conmigo».

El restaurante resultó estar en el último piso del edificio. Cuando salió del ascensor, se quedó plantada en el vestíbulo, deslumbrada por la opulencia del lugar. Rezumaba dinero por todas partes, con sus suelos de mármol blanco pulido y sutiles acentos dorados.

Un hombre bien vestido y con una sonrisa muy ensayada se acercó a ella.

—Tú debes ser Lucy. Por aquí, por favor.

Lo siguió, dejando atrás mesas vacías.

—Creía que esto era una preinauguración.

Debería haber alguien allí. «Dios, ¿me habrá invitado para empujarme desde la ventana?». Apartó aquel pensamiento. Se estaba poniendo histérica.

—Lo es —se rio—. Pero muy pre.

¿Qué clase de respuesta era esa?

Lo siguió hasta una especie de invernadero. El aire era cálido y se desabrochó la chaqueta. Flores de todos los colores y formas llenaban las paredes. Había incluso árboles en las esquinas, lo cual le hizo sonreír a pesar de todo.

Estaba tan ocupada contemplando la vegetación que no se dio cuenta de que el hombre se había marchado hasta que se dio la vuelta y se encontró con que Gideon estaba en la puerta.

—Pero...

—Siento el engaño, pero no estaba seguro de si accederías a verme si te llamaba.

Sus ojos oscuros clavados en ella le hicieron sentir lo mucho que la echaba de menos aun estando a distancia.

—Gideon, tienes que parar —contestó, negando con la cabeza—. Si quieres verme, llámame y dímelo en lugar de manipular las cosas para que ocurran en el marco perfecto.

Lo cierto era que se alegraba de que estuviera allí, para no tener que mantener la conversación por teléfono.

—Y si me quieres, quédate. No se te ocurra sacrificarte porque pienses que sabes lo que es mejor para mí. Haz el favor de sentarte, que vamos a tener una conversación.

Su sonrisa no desprendía demasiada felicidad.

—La he cagado.

—Y que lo digas.

No estaba dispuesto a dejarle ir de rositas, por mucho que quisiera cruzar la distancia que los separaba y sentir sus brazos alrededor del cuerpo.

—Lo siento. No hay una razón que explique por qué me asusté, pero la culpa hace que las personas cometan locuras... como alejarse de la persona a la que aman porque piensan que es lo mejor para ella.

—Yo decido qué es lo mejor para mí.

—Lo sé. Y los dos sabemos que no merezco besar el suelo que pisas, y no porque esté enamorado de una versión idealizada de ti, sino porque tú eres tú. Eres una buena persona, Lucy. La mejor clase de persona. Eres divertida, dulce y sexy a rabiar, y puede que no te merezca... —dio un paso hacia ella. Y después, otro—. No, sé que no te merezco.

—Deja de decir eso —susurró.

—Puede que los dos lo hayamos hecho mal. El miedo empuja a cometer toda clase de errores, y lo que tenemos entre nosotros es un fuego salvaje —Gideon se paró delante de ella y clavó una rodilla en el suelo—. Lucy, me gustaría pasar el resto de mi vida ardiendo por ti —sacó una pequeña cajita del bolsillo interior de la americana—. Te quiero. Te he querido durante seis largos años, y me convencí a mí mismo de que lo que te merecías era que yo me hiciera a un lado para que pudieras estar con alguien que merecieras. Cada día tenía que contenerme para no ir y secuestrarte.

Ella alargó el brazo y rozó con mano temblorosa la cajita.

—Gideon...

—Sé que querías un matrimonio sin riesgos con algún tío que te importase un comino. Yo eso no puedo ofrecértelo, Lucy, pero lo que sí puedo ofrecerte es un marido que te querrá más allá de toda razón, aunque de vez en cuando la cague. Puedo ofrecerte un puerto seguro, una vida plena y tanto sexo que no sabrás qué hacer con él. Todo eso te lo ofrezco.

No podía respirar. En todos los escenarios que se había imaginado en los últimos días, no había podido concebir algo como aquello: Gideon, con la rodilla clavada en tierra, ofreciéndole todo aquello que llevaba dos años aterrada por admitir que era lo que quería.

—Gideon...

—¿Sí?

No parecía asustado mientras aguardaba su respuesta. Parecía completamente en paz por primera vez desde que podía recordar. Como si estuviera exactamente donde quería estar... en su sitio.

Lucy se acercó más y hundió los dedos en su pelo.

—Secuéstrame.

—¿Eso es un sí? —preguntó, con los ojos abiertos de par en par.

—Es un sí. No lo dudes.

Se levantó de un salto y la tomó en brazos.

—Te amo de arriba abajo, Lucy, y quiero pasar el resto de nuestra vida compensándote por los seis años que he perdido.

Ella lo besó con todo su ser.

—Igual ha sido bueno que hayamos tardado seis años en llegar a este punto, y que hayamos cometido unos cuantos errores por el camino. Hay un momento y un lugar adecuados, y este es nuestro momento y nuestro lugar —volvió a besarlo—. Te quiero, Gideon. Te quiero tanto...

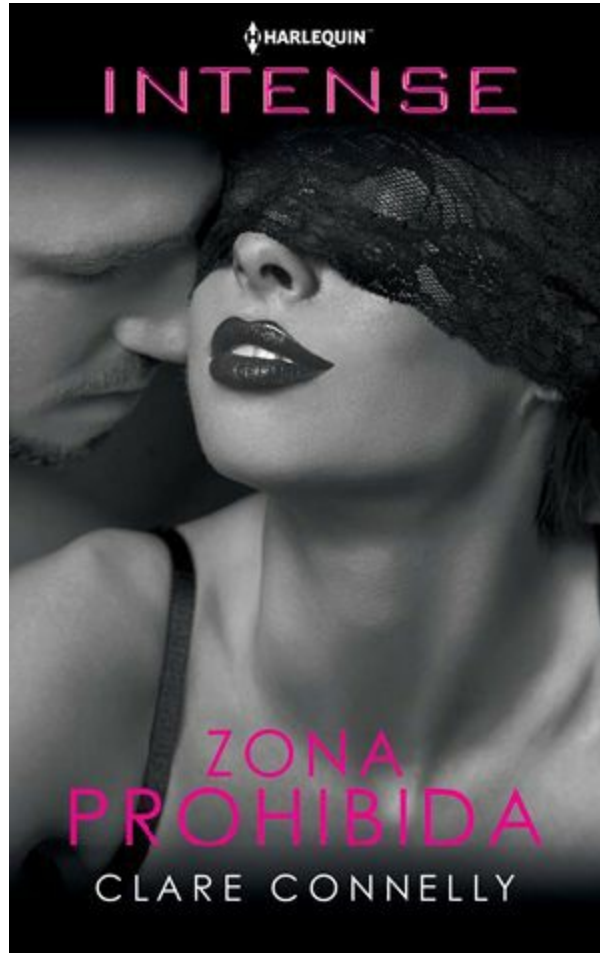
Él retrocedió un poco para colocarle el anillo en el dedo. Era... perfecto. Una sencilla alianza plateada sostenía un diamante en corte princesa que era tan grande que la hizo mirarlo sorprendida.

—Guau...

—Eso es lo que yo digo siempre que te veo —volvió a abrazarla—. Guau. Esta mujer es mía, y yo soy suyo.

—Sí y sí —sonrió—. Siempre.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)

HQN™

**SARAH**  
Autora best seller del USA TODAY  
**MORGAN**

*Atardecer  
en  
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"  
—Booklist

# Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah  
9788491881452  
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón... Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

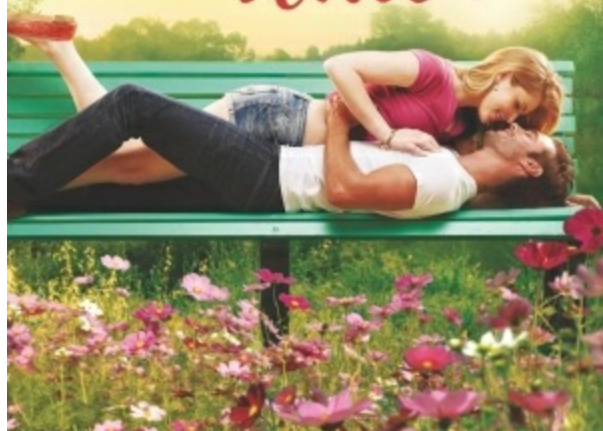


HQN™

*Autora best seller de The New York Times*

SUSAN MALLERY

*Lo mejor  
de mi  
amor*



# Lo mejor de mi amor

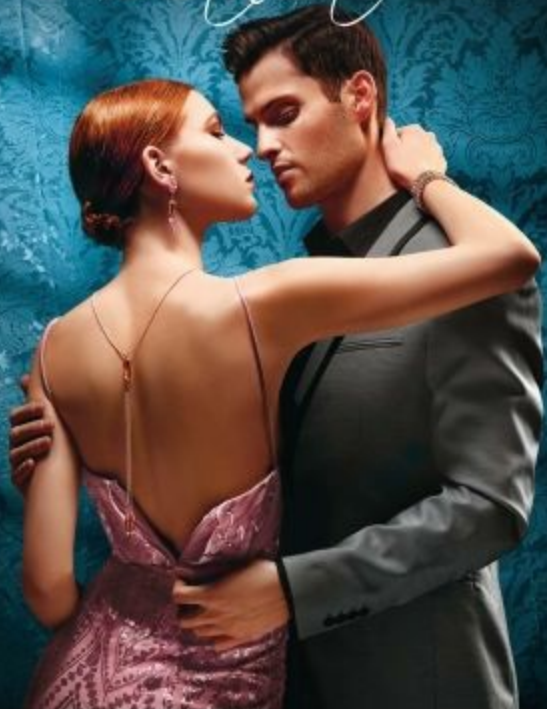
Mallery, Susan  
9788491881469  
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarle a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN *Bianca*



**EL AMOR NUNCA DUERME**  
CAROLE MORTIMER

# El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... idispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



EXQUISITA  
TENTACIÓN

NICOLA MARSH

# Exquisita tentación

Marsh, Nicola  
9788491889458  
224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una noche debería haber saciado su deseo...¡Pero después de probarlo una vez, se quedó enganchada! Abby adoraba su nueva vida como repostera en la mejor pastelería de Sídney. Trabajar junto al nuevo y taciturno encargado, Tanner, era un inesperado y delicioso reto... sobre todo porque cada noche su mutua atracción no hacía sino incrementarse. Sin embargo, el pasado de Tanner era tan oscuro como la tinta de los tatuajes que cubrían su piel. En el dormitorio, le dejaba acercarse a él tanto como era posible, pero ¿se atrevería Abby a profundizar más?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



HARLEQUIN

Destino

KATHERINE  
GARBERA

CAUTIVOS DEL DESTINO

AMANTES & ENEMIGOS

# Cautivos del destino

Garbera, Katherine

9788491886945

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El arrogante empresario Allan McKinney siempre le había caído mal a Jessi, especialmente después de que le arrebatara la empresa familiar. Pero cuando la tragedia les golpeó y fueron designados tutores de la hija de sus mejores amigos, Jessi vio su lado más sensible, pasando de ser insoportable a irresistible. A Allan le estaba resultando cada vez más difícil concentrarse en el trabajo porque no podía quitarse a Jessi de la cabeza. Para colmo de males, se avecinaba una tormenta que amenazaba con destruir el frágil vínculo que los unía.

[Cómpralo y empieza a leer](#)